BIBLIOTECA NACIONAL
0455103



BIBLIOTECA NACIONAL
DE CHILE

Volúmenes de esta obra.....	1
Sala en que se encuentra...	11
Tabla en que se halla.....	946
Orden que en ella tiene	33

Volun
Tabla
Orden

LITO. NACIONAL

Poemas del Hogar.

Educativos, Morales, Patrióticos.

— por —

Alberto Morán y Delfina María Hidalgo de Morán.

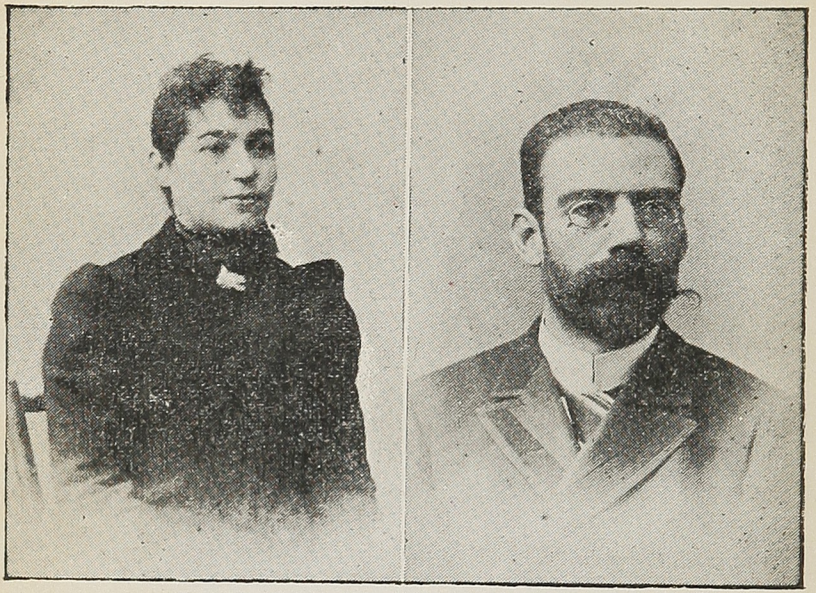
1914



BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

SANTIAGO DE CHILE.

EDICION CON GRABADOS.



Delfina M. Hidalgo de Morán

Alberto Morán

Poemas del Hogar

Educativos, Morales, Patrióticos

— por —

Alberto Morán y Delfina María Hidalgo de Morán.

BIBLIOTECA NACIONAL
SANTIAGO
CHILE



BIBLIOGRAFIA
DE CHILE

SANTIAGO DE CHILE.

EDICION CON GRABADOS.

Es propiedad. Queda hecho el depósito
que ordena la ley.

Primera Parte.

Poemas Infantiles.



BIBLIOTECA NACIONAL
SANTIAGO
CHILE

MATERNIDAD.

¡Oh misterio divino sobre la tierra!
¡En tí todo lo grande del sér se encierra:
Maternidad bendita, luz soberana,
¡Por tí tan solo es grande el alma humana!

Tú irradias los fulgores de un amor santo
En el alma del niño, con dulce encanto,
Y al hombre comunicas— ¡grato consuelo!—
Por medio de una madre la luz del cielo!

Aquí está el pequeñuelo que Dios la envía;
Se oye un grito profundo:—¡Ven, alma mia!
Y desde entonces queda ya consagrada
Una vida de madre, por Dios sellada.

¡Cuántos gozos la esperan, cuántos dolores,
Criando al angelito de sus amores!
Lágrimas y agonías, besos y cantos
Vendrán todos mezclados... ¡y serán tantos!

En horas angustiosas de amargo duelo
Sus oraciones llegan al alto cielo;
Y en rescate del hijo, que ya perece,
Hasta su vida misma a Dios ofrece.

¡Oh madre! Te contemplo con tu hijo amado
Cual la obra más bella del Increado.
Hijos, dadle la honra que le es debida:
¡Amad a vuestra madre, que os dió la vida!



COSITAS NUEVAS.

Cositas nuevas, cositas bellas,
Que aparecísteis tan solo ayer;
Flores del cielo, lindas estrellas,
¡Sois el encanto de nuestro sér!

Con vuestras risas, juegos y amores
Todo es dulzura, dicha, esplendor;
Al lado vuestro ya no hay dolores:
¡Solo hay un himno de eterno amor!

Hay en vosotros, los pequeñuelos,
Un nuevo mundo por descubrir;
Venís del Padre, sois de los cielos;
Sois el enigma del porvenir.

Promesa viva de algo grandioso
Que el alma espera con dulce afán,
Prenda del alma, niño precioso,
Los años, díme, ¿qué te traerán?

¿Cuál tu destino será en la tierra?
¿Cuál tu carácter y tu misión?
Algo ya muestras que en tí se encierra;
Hoy ya revelas tu corazón.

Y en tanto vives en la alegría,
En tanto de ella corres en pos,
Por tí de noche, como de dia,
Velan tus padres, vela tu Dios.

EL SUEÑO DE LA INOCENCIA.

¡Feliz idilio de la humana vida!
Duerme la niña el sueño de inocencia,
Mientras la madre en dulce complacencia
Contempla aquella prenda tan querida.

Ella es su propia imágen... ¡cuán hermosa!
Y también su propia alma, que ha nacido
A una nueva existencia venturosa,
A la prueba que Dios le ha concedido.

"¡Hija mia! ¡mi bien! ¿cuál tu destino
Será en el mundo cruel y tenebroso?
¿Será noble, elevado, venturoso?
¡Solo lo sabe el Hacedor Divino!"

Así exclama la madre con anhelo,
Mientras asoma a su pupila el llanto...
Mas luego siente aquel consuelo santo...
Y una oración ferviente eleva al cielo.

En ese instante el ángel adormido
Sonríe dulcemente, balbuceando:
"¡Mamá!... ¡Jesús!"... ¿Diréis que esta soñando?
¡Es que contempla al Salvador querido!

Y la madre murmura:—"Sí, alma mia,
El te guiará por toda tu existencia.
Hoy eres del Señor en tu inocencia,
Y de Él serás hasta el eterno dia!"

ÁNGELES QUE VIENEN Y ANGELES QUE VAN.

De los cielos preciosos mensajeros
Traen al mundo dicha y dulce paz;
Y en los aires se encuentran
Los ángeles que vienen,
Los ángeles que van.

Vivieron solamente una alborada,
Y al mundo celestial
Se vuelven, y allí cantan al Cordero
Los ángeles que vienen,
Los ángeles que van.

Ríen las madres cuando aquellos vienen;
Lloran las madres cuando al cielo van...
Y así alternan las dichas con las penas
Los ángeles que vienen,
Los ángeles que van.





FELICIDAD INFANTIL.

¡Qué delicia los chiquitos
Gozan en su vacación!
Se les ve en toda ocasión
Brincando como cabritos.

Por la campiña florida,
Por el bosquecillo umbroso
Forman un coro armonioso
Lleno de encanto y de vida.

Al juego del "Corderito,
Sal de mi huerta," o mejor,
Al de "La Tambirabor"
Juegan parejo y durito.

Los encabeza Lucía,
Y con su genio prudente
Todo marcha suavemente
Y con perfecta armonía.

¡Oh! quien con Lucía ande
Sin duda que la amará
Y de ella siempre dirá:
"Parece persona grande."

Las aves canto sonoro
Mezclan al de los chiquitos;
¡Si todos son pajaritos
Y forman un lindo coro!

Mas ya las sombras y el frío
Los hacen huír ligero
Cual pollos que al gallinero
Van haciendo ¡pío! ¡pío!

Y allí el buen Dios, que señala
Sus vidas con tanto amor,
Cual polluelos bajo su ala
Los aduerme protector.



EL DÍA DE INOCENTES DE RUTH.

Ruth estaba en su camita
Como paloma gorjeando,
Porque ya se iba alistando
A esconder la cabecita.

—Por tres veces, tía Elena,
No has podido adivinar
Qué es lo que me hace gozar
Tanto.
—No acierto, mi *nena.*

Pienso que ha de ser, hijita,
Por lo que vas a gozar
Una semana al estar
Conmigo y con tu abuelita.

—Algo de eso hay, ciertamente,
Mas no es todo. Te diré
Que hoy a un señor lo pasé,
Tiita, por inocente.

¿Conoces a don García?
—¿El caballero baldado?
¿Acaso lo has molestado?
—¡Oh qué cosas tienes, tía!

Si yo lo *aguaito* al pasar
Sentadito en una silla
De ruedas, y con manilla
Haciéndola caminar.

Pero me escondo al momento
Cuando ya venir le veo,
Y en seguida taloneo
Detrás de él con mucho tiento.

Y me voy echa un ovillo
Empujándole el sillón
Con toda resolución
Hasta lo alto del cerrillo.

—¡Ah, Ruth! Verdaderamente
Mereces que yo te quiera
Por tu bonita manera
De pasar por inocente

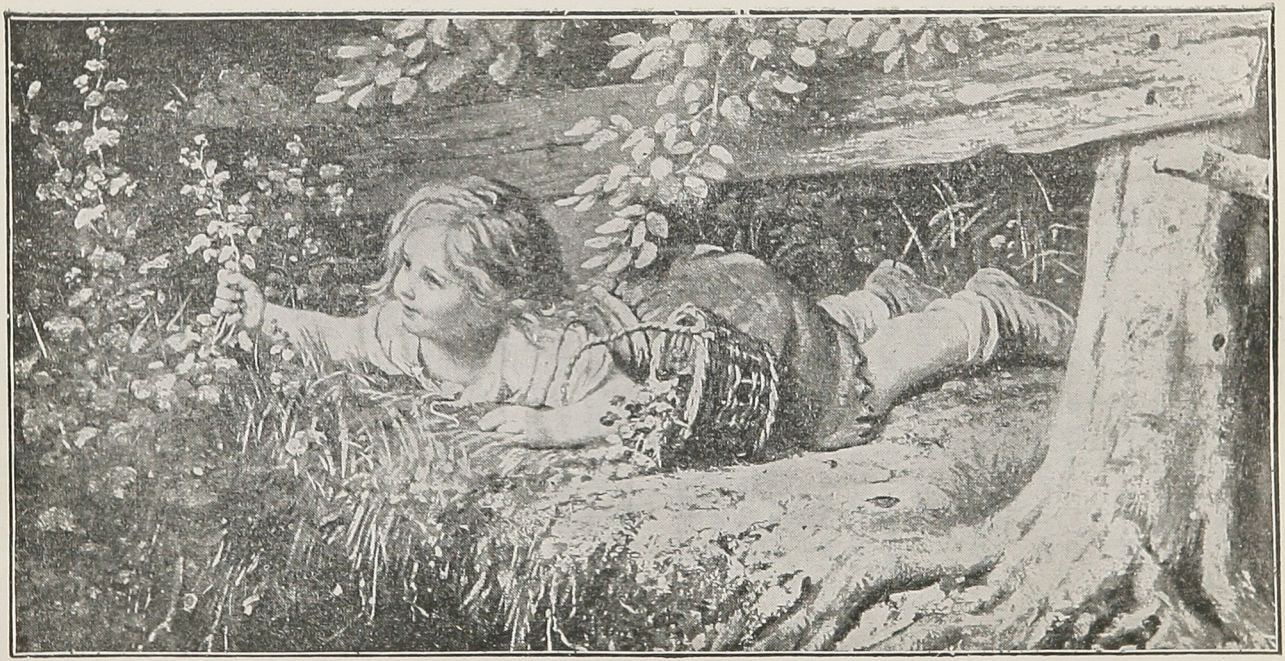
—Pues me causa hilaridad
Como él se maravilla
Al ver que marcha su silla
Con tanta facilidad.

Habla sólo, y dice: "Pues
A mi silla ¿qué le ha dado?
Todo este rato ha marchado
Como si tuviera piés."

¡Já, já, já! Es lo más chistoso
Que yo haya hecho en mi vida.
¿No es verdad, tía querida?
—Es más que eso: es muy hermoso.

—Y mi primita Lucía
Seguirá, cuando me ausente,
Pasando por inocente
A mi buen señor García!

—Eres tú la inocentita,
Mi Ruth... ¡Y quién no quisiera
Que todo engaño así fuera
Una cosa tan bonita!



MARGARITA.

Corre, vuela Margarita
En busca de lindas flores,
Porque ellas son sus amores
Y ella misma es florecita.

De una barranca a la orilla
Corta, corta que es un gusto;
De hundirse ¿no tiene susto
Esa intrépida chiquilla?

¡Ah, inocente! Hay un Guardian
Invisible, que está allí
Velando siempre por tí
Que estás en tu loco afán.

Tú eres feliz, Margarita,
Con tus flores olorosas;
Son como joyas preciosas
Con que llenas tu cestita.

¿Por qué? Porque a tu mamá
Vas a llevarlas de prisa;
Y ésta, con una sonrisa
Y un beso te pagará!

¡Amor filial, dulce anhelo!
More en tí toda tu vida,
Y estarás, niña querida,
Siempre muy cerca del cielo.



LAS PLUMAS DE LA ABUELITA.

¡Qué linda es la nietecita
En su infantil inocencia!
Y en su tierna complacencia
Linda es también la abuelita.

Son dos polos de la vida
Que se unen por el amor:
La infancia, una tierna flor;
La ancianidad, bendecida.

"Una pluma en su gorrita
Le pongo porque la quiero,"
Dice la niña, "y espero
Que se verá muy bonita."

"Así se verá, María,
Porque tú la has puesto allí,
Que lo hermoso para mí
Es el amor que te guía.

"Y así la pluma mejor
Que pondrás en tu sombrero
Será un acto verdadero
De abnegación y de amor.

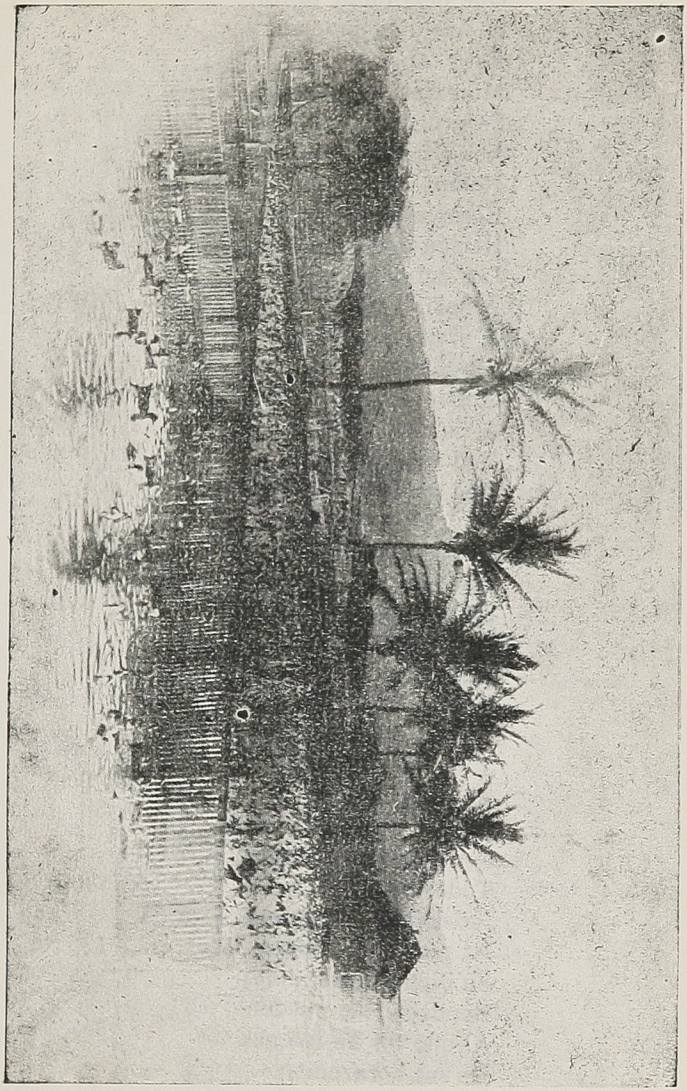
"Acuérdate de esto, hermosa,
Durante toda tu vida,
Y has de ver siempre cumplida
Tu esperanza más preciosa.

"Tu sombrero lucirá
Plumas de ignota hermosura:
Las galas de un alma pura
Que Dios te concederá."

"Abuelita, todo eso
Que me dices, es muy lindo,
Y en pago ahora te brindo
Un fuerte abrazo y un beso."

PRIMAVERA.

Venid, hijos míos,
Vamos a los campos;
Corramos a ver
Los floridos prados
Y a plenos pulmones
Respirar el bálsamo
Del aire oloroso
Que nos gusta tanto.
Prestemos oído
Al arrullo grato
De las avecitas
Que pasan gorjeando,
Y sobre la yerba
Nueva de los prados
Buenos revolcones
Démonos un rato.
El invierno ha huído
Sin dejar ni rastro;
En todos los árboles
Ya nacen los vástagos;
Manzanos y guindos,
Almendros, duraznos
Se miran floridos
Y con verdes ramos;
Las cercas cubiertas
Se ven de rosado
Por las primaveras



Que perfuman tanto;
El suelo de juncos
Está tapizado,
Mientras la violeta
Se oculta en el pasto;
Los gansitos nuevos
Nadan por el lago;
Rompieron el huevo
Recién muy ufanos;
Los cubre un pelito
Amarillo claro,
Y si uno se acerca
La gansa, silbando,
Acude con rabia
A darles amparo.
Ved las avecillas
Que pueblan los campos:
Son recién nacidos
Que van tambaleando
Con patitas flojas
De su madre al paso.
Las mariposillas
Andan voltejeando
Entre los zarzales
Sin hallar descanso,
Y abren sus alitas
Al calor deseado
Del sol de Septiembre
Con sus dulces rayos.
Todos esos seres
Se agitan con ánimo
Al rededor nuestro
Su dicha mostrando;
Bendecir, sí, pueden
Al que los ha creado
En sus corazones;
Nosotros en tanto
Bendecir podemos

Al Dios todo sabio
Con nuestra palabra,
Que es don soberano,
Pues somos mejores
Que todo lo creado
Y mejor debemos
A Él alabarlo.
¡Oh! las aves pueden
Sus preciosos cantos
Elevar al cielo
Como un himno sacro,
Y los corderillos
Se expresan balando;
Mas nosotros, hijos,
Abriendo los labios
Debemos honrarle
Grandezas hablando
Del Dios bondadoso
Que nos ama tanto.

IDILIO DE INOCENCIA.

Es en la linda Suiza
Con sus montañas
Blancas, resplandecientes
Como la plata;
Con sus florides valles
Y sus cascadas
Que alimentan los lagos
De azules aguas.

Es el vergel soñado
Que al mundo encanta
Y que atrae a los hombres
De todas razas;



Tierra de bendiciones,
Privilegiada,
Tierra de luz y vida
Para las almas.

Un cuadro de inocencia,
De amor y gracia
Tienen aquí los niños
Como enseñanza.
¡Hermanitos! sublime,
Santa palabra,
Como aquí se revela
A nuestras almas.

Cuída el niño la vida
De ella, la *guagua*,
Y le dá su alimento
Cada mañana,
Gracias a la cabrita
Que en abundancia
Les regala su leche
De buena gana.

Mirad cómo se quieren,
Cómo se aman:
¡Se ve asomar el cielo
En sus miradas!
Hermosos pimpollitos
De las montañas,
Poned vuestro cariño
En nuestras almas.

Idilio de inocencia,
Dichosa infancia,
Sus días se deslizan
En dulce calma;
De sus amantes padres
En la morada

Solo hay risas y besos,
Juegos y gracias.

Es que en su humilde vida
Contentos se hallan,
Y una contínua fiesta
Hay en sus almas.
¡Oh! pueda Dios guardarte,
Dichosa infancia,
Por toda tu existencia
Siempre en su gracia.

LIBIA Y SU MUÑECA.

Sentada está la regalona Libia
Peinando a su muñeca,
Y le dice con aire de mamá:
—¡Rosita, estáte quieta!

Trenzándole el pelito como un oro
Muy ufana se muestra;
Pero la muñequita vuelve en torno
La peinada cabeza.

Libia se enfada, y dícele:—¡Chiquilla,
No te mires! Y fuerza
A quedarse como ella le ha mandado
A la linda muñeca.

Empieza su tarea nuevamente
Con marcada impaciencia,
Pero mueve Rosita con porfía
Otra vez la cabeza.

Ya no hay remedio: Libia con gran ira
Pégale a la muñeca



Tales palmadas, que saltar le hace
Por allá la cabeza.

Entra luego mamá, y al verla exclama:
—¡Mataste a la muñeca!
—No quería, mamá, que la peinara:
¡Movía la cabeza!

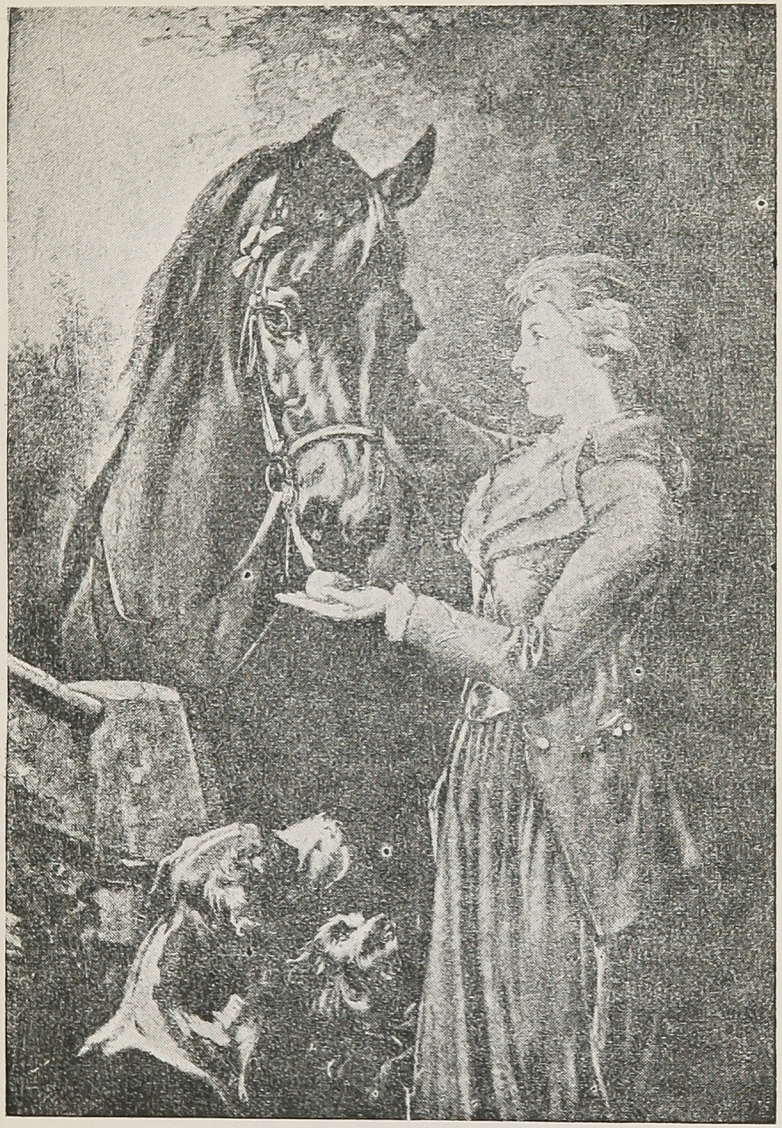
—Bueno, Libia, me alegro que conozcas
Cuánto vale en los niños la obediencia;
Mas Rosita te habría obedecido
Si no fuera *de gonce* su cabeza.

—Mamá, ¿qué dices? ¿no podía, entonces,
Rosita estarse quieta?
—Nó, mi hijita, y has sido muy injusta
Con esa pobre nena;
Ella no piensa, como tú, ni sabe
Mantenerse derecha.

—¡Ay, mamá! ¡Si yo acaso de algún modo
Pudiera componerla!
—Hija mía, cuanto hagas es inútil:
El mal no tiene vuelta;
Pero con esto, Libia, tú ya sabes
Gobernar sabiamente tu cabeza.

CABALLITO COLORADO.

Caballito colorado,
Regalón de tu señora,
Qué orgulloso estás ahora
De verte tan bien tratado.



Te dá manzanas maduras
Que ni huelen muchos niños,
Y te prodiga cariños
Cual se hacen a las criaturas.

En pago de tanto esmero
Me parece que le dices
Por ojos, boca y narices:
"Amita, mucho la quiero."

No te dejas cabalgar
Sino por ella ¡tronera!
Y sin que use chicotera
No cesas de galopar.

¡Si llevas carga tan bella!
Y su peso tal te abruma
Como lo hiciera una pluma...
¡Feliz ella! ¡feliz ella!

.....

Caballo, bridón, corcel,
Tú eres—y nadie se asombre—
De los amigos del hombre
El más útil y el más fiel.

LAS AVECITAS DEL CIELO.

Enferma había pasado
Durante todo el invierno
Adela, la hija menor
De Tomás el jardinero;
Pero se sintió aliviada
Desde que ya dió comienzo
La primavera preciosa,

Y por el bosque risueño,
Apoyada en su buen padre,
Se atrevió a dar un paseo.
El sol ya iba calentando,
Las flores iban abriendo
En los jardines y prados
Como joyas de los cielos.
La yerba cubría el campo
Con su manto verde y fresco;
El follaje ya brotaba
En los árboles escuetos,
Y los insectos zumbaban
Con alegre runruneo;
En tanto el aire purísimo
Era cual vital aliento.
Sentíase renacer
Adela en aquel concierto
De la gran Naturaleza;
Y al oír el canturreo
Bullicioso de las aves
Y el balar de los corderos,
Ella saltó de alegría
Y a su padre le dió un beso.
Después cogió algunas flores
Para su madre, y con tiento
A su casa regresó
Con su ánimo muy repuesto.
Cada mañanita hacía
La niña un nuevo paseo,
Y así recobró muy pronto
Sus lindos colores frescos.
Un día Adela encontró
Metido dentro del cerco
Un nido de codornices
Con cuatro pequeños huevos
Blancos con manchas obscuras;
¡Oh, qué bonito embeleco!

A su casa se lo trajo,
Pero la madre al momento
Reprendió a la muchachita
Y el nido volvió a su puesto.
No había ella comprendido
Al principio el negro duelo
Que podía originar
Al ave su torpe hecho;
Pero cuando su mamá
Le explicó bien los afectos
Que sienten los animales
Por sus queridos hijuelos,
Y cómo pueden morir
Desesperados por ellos,
La niña se arrepintió,
Amargamente por cierto,
De su imprudencia infantil,
Y ya desde ese momento
Jamás pudo ver un nido
Sin pensar en los consejos
De su madre, y a la vez
En aquel cuidado tierno
Que es necesario tener
Con las aves de los cielos.

LOS ANIMALES EN LA CASA.

Es repelente, es odioso
Ser cruel con los animales,
Y pues que son indefensos
Quien los tortura es cobarde.
El asesino a menudo
La vida arriesga en sus lances;
El torturador de bestias

Nada arriesga ¡miserable!
Cuando el corazón ha muerto
Muere con él cuanto vale;
Ten instrucción y talento,
Exito y poder... mas sabe
Que nada eres, si no tienes
Bondad; ¡esto solo es grande!
Para ser feliz se debe
Ser alegre, es indudable;
Pues bien, los animalitos,
Esos amigos leäles,
Nos dan, mediante sus juegos
Y sus gracias singulares
Alegrías que alborozan
El corazón y lo expanden.
Cada cual se ocupa de ellos;
Se les habla como a iguales;
Son amigos de los niños,
Y los viejos, por su parte,
Ven en ellos compañeros
Que les quitan sus pesares,
Y todo el mundo los quiere
Y gusta de acariciarles
Porque producen bondad
Y alegría en los hogares.

PRIMAVERA.

Símbolo de primavera
Son la madre y sus hijitos,
Tan frescos y tan bonitos
Cual la florida pradera.

Hay en ellos armonía
Con la naciente Natura;



Lucen su misma hermosura,
Muestran su misma alegría.

Ellos son flores vivientes
Y pintadas mariposas;
Y son más: almas preciosas
Y seres inteligentes.

Corre en sus venas la vida
De los campos y las flores,
Y hay en sus almas amores
Y una belleza escondida.

Crecerán bajo el cuidado
De su madre cariñosa,
Cual bajo la encina añosa
Crece el rosal delicado.

"¡Hijos míos! ¡mis amores!"
Exclama ella en su embeleso,
Dando a cada cual un beso
Mientras ellos le dan flores.

¡Oh primavera fugaz
De nuestra existencia humana!
Niñez dichosa y galana,
Tú ya nunca volverás!

¡AMOR!

Paloma blanca, vírgen hermosa,
Coronas régias de la creación;
La una, avecilla tierna y graciosa;
La otra, alma pura, cándida flor.



Se aman: un lazo de simpatía
Las tiene unidas con fuerte imán.
La niña exclama: "¡Paloma mía!"
El ave arrulla con tierno afán.

Y el campo verde, la selva umbría,
El arroyuelo murmurador
Se unen a ellas con su armonía
Cantando un himno de eterno amor.

¡Amor! misterio sublime y santo,
Eres del mundo la vida y luz;
Tú das al ave su dulce canto;
Tú das al hombre gloria y virtud.

Y de esa niña sencilla y pura
Haces un ángel en el hogar:
¡Cuánto cariño, cuánta dulzura
Derrama en torno como un raudal!

De ancianos padres es el consuelo,
El solo amparo, la vida y luz...
¡Oh amor! tú eres hijo del cielo;
Tú das al hombre gloria y virtud.

LOS NIÑOS HERMANOS.

"Dos niños hermanos,
Jacobo y Juan,
Tomados del brazo
Al bosque se ván."

No siempre podemos lograr que la gente
Haga lo que es recto, se inspire en el bien;
Pero sí podemos obrar sabiamente
Dando buen ejemplo, cumpliendo el deber.



Jacobo y Juanito, dos niños hermanos,
¡Cuán distintos eran en su condición!
El uno, muy noble, de instintos humanos,
Muy dado al trabajo: este era el mayor.

Sus padres podían con toda confianza
Mirar a Jacobo, el niño gentil:
El era una dulce, preciosa esperanza,
El era promesa de un gran porvenir.

Juanito... ¡qué cosa! Para él la flojera
Era su divisa, su fuerte pasión;
Jamás nada útil en su vida hiciera;
Mostrábase en todo un gran trapalón.

Pero algo existía en bien de aquel niño
Que le refrenaba de hundirse en el mal:
Era de su hermano el tierno cariño,
Su influencia benigna y recta a la par.

No era que Jacobo usara el reproche
Contra los pillullos del chico precoz,
Ni lo sermoneara de día y de noche—
Porque esto endurece más el corazón;

Era que en su vida tan fiel, tan hermosa,
Le daba un ejemplo feliz que imitar;
Y lo avergonzaba de su vida ociosa,
De sus picardías, de su mal obrar.

Un día marchando los dos a la escuela
Le dice Juanito:—Quisiera cual tú,—
Por más que me pique, por más que me duela,--
Amar el trabajo, amar la virtud.

—Lo puedes, hermano; no es cosa tan ruda,
Con tal que te esfuerces en el bien obrar;
Mi padre nos dice que Dios siempre ayuda
A aquel que a sí mismo se sabe ayudar.

Hasta hoy, hermanito, tú no has conocido
Los grandes poderes que existen en tí;
Pruébalos, te ruego, y verás cumplido
Tu noble deseo de un noble vivir.

Tan sobrias palabras hasta la conciencia
Del niño llegaron, cual rayo de luz.
¡Si de ellas tenía la grande evidencia
En la de su hermano humilde virtud!

MÚSICA DEL ALMA.

Linda niña, la suave melodía
De tu violin, con sin igual dulzura
Enagena, arrebata el alma mía
A una región de mágica hermosura.

¿Cómo puedes lograr, tierna Corina,
Pulsando tu magnífico instrumento,
Producir esa música divina
Que nos sumerje en dulce arrobamiento?

Es que nos das un cántico intuitivo,
La música que brota de tu sér;
Es de tu alma el sentimiento vivo
Que logra nuestras almas conmover.

Es tu voz argentina, arrulladora;
Son tus risas de timbre musical;
Son los besos que das, encantadora,
Cuando buscas el seno maternal.

Una sonata es: *Claro de Luna*,
Me dicen, con acento entusiasmado;
Yo respondo: es sonata cual ninguna:
Un ángel en su seno la ha creado!



¡Oh, del hogar incomparable encanto!
Niña querida, sigue con anhelo
Cambiando en alegría nuestro llanto
Con música inspirada por el cielo!

LOS BOY SCOUTS.

¡La Diana! Por la pedrada
De un muchacho palomilla
Hoy se vé la pobrecilla
Con su patita quebrada.

¡Cómo aulla sin consuelo!
Mas para ella no hay clemencia:
Ni la Pública Asistencia
A alzarla viene del suelo.

En este trance tan fiero
Alguien llamó a Galvarino,
Que es *boy scout* de lo fino
Y vino más que ligero.

Claro que es un cirujano
De primera (sin patente)
Y así curó a la paciente
Con su primorosa mano.

"¡Esta sí que no la yerras!
Tu plancha debes poner
Para darte a conocer
Como el *Doctor de las perras!*"

Dícenle esta necedad;
Mas, fiel a su disciplina,
Así el *scout* raciocina
Con tranquila dignidad:



"Como seres racionales,
Como seres superiores,
Debemos tener, señores,
Piedad con los animales.

"La misma Divina Ley
De Sinaí—y no os asombre—
Cual compañeros del hombre
Menciona al asno y al buey.

"Ellos—y mucho se olvida—
Nos alimentan, nos visten,
Con su fuerza nos asisten.
En suma, nos dan la vida."

"Por lo que hace a esta perrita,
Sé que me ama como a hermano;
¿Voy a que me da la mano,
Como hace una señorita?"

Se acerca el chico travieso
A Diana, y esta gemía,
Y las manos le lamía
Y tiraba a darle un beso.

"¿Veis? Me paga en gratitud
Lo que el hombre con su plata;
¿Y me diréis que esta ñata
No tiene también virtud?"

En el instante estalló
Un grito así como un trueno:
"¡Viva el noble *scout* chileno
Que a la perrita salvó!"

"¡Viva la Patria Chilena!"
Les respondió Galvarino;
¡Viva Baden Powell, que vino
A traer cosa tan buena!"


C.T.G.

LA CORONA DE LA VIDA.

En Año Nuevo visita
La niña a la pobre anciana,
Trayéndole muy ufana
En su cesta una cosita.

También flores olorosas,
Primicias de primavera,
Y una sonrisa hechicera
Y palabras cariñosas.

Es el amor, que palpita
En su tierno corazón
Y la hace una bendición
Para la pobre viejita.

"Nadie se acuerda de mí,"
Dice ésta, con desconsuelo;
"Tan sólo este ángel del cielo
Se aparece por aquí!

"Oh! niña, niña querida,
Tú eres hija del Señor.
Quien puso ya en tí su amor,
La Corona de la Vida.

"Tú serás grande en verdad
En el reino de los cielos,
Porque en tí están los anhelos
De la santa caridad."

Y con maternal ternura
Y una lágrima de amor
Abraza a esa tierna flor
Y besa su frente pura.

¡Cuán hermosa y bendecida
Es toda alma inmortal
Que lleva como señal
La Corona de la Vida!



LA MODESTIA RECOMPENSADA.

Vino un tío acaudalado
Sus sobrinitos a ver,
Trayendo consigo obsequios
De una grande esplendidez.
Todos saltaban de gozo
Y algo querían coger,
Gritando como unos locos
Y empujándose a la vez.
—¡Quiero esto! dijo el mayor
—¡Yo, aquello! dijo el *bebé*.
—¡Denme eso! dijo el mediano:
¡Todos ansían roer!
El buen tío, que era un hombre
Dulce y tranquilo a la vez,
Se quedaba casi sordo
Con todo ese somatén.
La pequeña Alicia, en tanto,
Detrás de todos se ve
Con sus ojitos azules
Que le brillan de placer;
Pero ella nadita pide,
Ni bulla piensa en hacer.
—¿Y tú, mi querida Alicia,
Le dice la tia Inés,
Una de esas lindas cosas,
Dí, ¿no quieres poseer?
Despáchate, que tus primos
Lo tomarán todo, pues.

—¡Oh! dice al punto la niña,
Gracias, yo no tomaré
Sino aquello que mi tío
Obsequiarme tenga a bien.
El tío oyó la respuesta
De Alicia con gran placer,
Y su olvido de sí misma
Y su modestia a la vez
Impresionaron su alma,
Que sabía amar el bien.
Tomó de sobre la mesa
Un cestillo de coser,
Se lo pasó por el brazo
Y abrazándola a la vez,
Le dijo:—Querida hijita,
Esto mereces, a fé.
Todos los primos dijeron:
—El cesto, no hay más que ver,
Es el más lindo regalo
Que el tío ha hecho, ¡pardiez!
Y vivamente sintieron
El tener tanto *tupé*
Y haber querido (es un dicho)
A dos carrillos comer.

DIOS ESTÁ EN EL PRINCIPIO.

—Niña, ¿quién te dió esa capa
Tan buena y abrigadora?
Preguntóle cierta dama
A la pequeñita Lola.
—Dios me la ha dado, dijo ésta.
—Pero ¿que no fué la Mónica,
Tu mamá, quien te la hizo?

—Mamá la cosió, señora.
—¿Y no compró ella el paño
En el almacen de modas?
—Sí, pero mamá me ha dicho
Que el comerciante lo importa
De la fábrica extranjera
En donde se confecciona;
Y el dueño de aquella fábrica
La lana adquirió por compra
Hecha a un señor hacendado
Que cada año la toma
Del lomo de las ovejas,
Que lana le dan de sobra.
Pero es Dios el que la hace
Crecer en la oveja hermosa
Para tenerla abrigada
Y a nosotros darnos ropa.
Las ovejitas no saben
De costuras ni de modas;
Pero Dios es quien las viste
Y contra el frio las forra.
Así Dios está al principio,
Cual mamá lo corrobora,
Y así a ese buen Padre debo
Esta capita preciosa.
Usted sabe que la Biblia
Al empezar lo menciona:
Dios en el principio creó
El cielo y la tierra y todas
Las cosas que ella contiene
Y que revelan su gloria.
Así, todo lo que vemos,
Nuestras posesiones todas,
Si ascendemos a su orígen,
A su comienzo, señora,
Allí hallaremos a Dios
Por todo y en toda cosa.

LAS MANZANAS Y EL NIÑO.

Un niñito de tres años,
Viendo un cesto de manzanas,
Le pidió una a su padre,
Que la dió al punto a su guagua.
Pero como era muy grande,
Apenas la sujetaba
En su pequeña manita,
Y sin embargo con ansia
Pedía otra, y la tomó
En la otra mano aferrada.
Quiso aún una tercera,
Y el padre se la dió; ¡cáspita!
Que al cogerla, se le caen
Las dos primeras manzanas.
Entonces se echó a llorar
A sollozos su desgracia.
¿No hubiera hecho mejor
En contentarse con ámbas?
Aprended aquí, niñitos,
Que el mucho bien embaraza,
Y no somos más felices
En la excesiva abundancia.

TARDE DE ESTÍO.

Mirad, niños, como el sol
Ya se oculta lentamente
En el lejano confin;
Todo calla y se adormece.
En sus nidos abrigados
Las avecitas ya duermen;

Las gallinas no cloquean,
Al gallinero se meten;
La mariposa ha cerrado
Sus doradas alas ténues,
Y ya cesa en su trabajo
La hormiguita diligente.
Los árboles de la selva
En la calma permanecen
Y no agita su follaje
Ni áun la brisa más leve.
La luna en pocos instantes
Va a mostrar su blanca frente;
Todo está tranquilo y plácido;
Solo a intervalos se sienten
Las campanas de la tarde
Y las canciones alegres
De los buenos labradores
Que a sus cabañas ya vuelven.
¡Oh, cuán bello es disfrutar
De tan apacible ambiente!
¡Naturaleza, tu encanto
Nos dá un supremo deleite!
Se querría prolongar
Esa paz tan excelente,
Esa dicha incomparable;
Pero el tiempo pasa en breve
Y los días se deslizan
Como rápida corriente,
Y la paz de nuestras almas
Con los años ¡ay! se pierde.
¡Oh! no crezcais, niños míos,
Cual váis, tan rápidamente,
O a lo ménos no crezcais
En el mal, que dá la muerte!
Permaneced como ahora
Siempre puros e inocentes,
Y así habréis de conservar

Para vuestras almas fieles
De un bello día de estío
La serenidad solemne!

ZORZALITO CANTOR.

(Himno.)

No huyas, nó, mi zorzalito:
¿Por qué de mí tienes temor?
Yo quiero solo tu cantito,
Rival del noble ruiseñor (*bis.*)

Tu nido no te robaré,
Do están las prendas de tu amor;
Ni tus alitas heriré,
Del bosque espléndido cantor (*bis.*)

En el verano te daré
Frutas maduras con primor;
Y en el invierno te echaré
De carne y pan buena ración (*bis.*)

¡Oh! canta, sí, mi zorzalito,
Rival del noble ruiseñor;
Yo quiero solo tu cantito
Que me deleita el corazón (*bis.*)

LA GUIRNALDA DEL NIÑO.

(Himno.)

Una guirnalda de lindas flores
Cogeremos para tí;

Con sus perfumes embriagadores
Serás, niñito, feliz.

Será de lindas rosas del pensil,
De lirios y claveles,
Junto con frescos ramos de jazmín
Y cogollos de laureles.

Vamos a correr, vamos a brincar
Por el bosque encantador;
Allí uniremos nuestro cantar
Al avecita y la flor.

Una guirnalda vamos a formar
De vida, gozo y amor.

BONITO OCTUBRE.

(Danza.)

Niñas:

Arriba, azul el cielo;
Flores a nuestros piés;
Los pájaros cantando
Toditos a la vez.

Coro:

¡Bonito mes, bonito mes!
Cantad su gloria, llenos de placer!
¡Bonito mes!
Flores y aves te cantan también.

Niños:

Todo, todo proclama
De Dios el gran poder;

Su amor incomparable
Por el humano sér.

Niñas:

El mes de Octubre encierra
Mensaje celestial:
"Si es tan linda la tierra,
¿Cómo el cielo será?"

Coro:

¡Bonito mes, bonito mes! etc.

FELIZ EDAD.

Feliz edad aquella de la infancia
En que la mente sueña
Con hadas y palacios encantados,
Con héroes y grandezas.

Feliz edad aquella en que la vida
Parécenos tan bella;
Cuando henchidos de gozo y entusiasmo
Marchamos a la escuela.

Cuando damos lecciones al maestro,
Quien, frunciendo las cejas,
Exclama: "La pereza os ha vencido;
La lección no está buena."

Y asustados al punto prometemos
Aprendida traerla,
Para que no nos llame perezosos,
O nos dé penitencia.

Cuando mamá nos mima y dice a padre:
"Ya el chico deletrea;
Merece que le compres un regalo."
"Será lo que tú quieras."

Cuando de todo hacemos un juguete;
Cuando hay flores no más en nuestra senda.
¡Ah! ¡quién volver pudiera a ser un niño
Para ir a la escuela!

EL HOMBRE Y LOS ANIMALES.

El sér más inteligente
De la creación, es el hombre,
Y su superior dominio
Se extiende por todo el orbe.
Muchos animales son
Fuertes, astutos, feroces;
Pero el hombre a todos ellos
Bajo sujeción los pone.
Por guía ellos solo tienen
Su instinto, mientras que el hombre
Inteligencia y razón
Posee como sus dotes.
Por lenguaje ellos no tienen
Sino gritos, contorsiones;
Pero al hombre pertenece
De la palabra el don noble.
Ellos entre el bien y el mal
La distinción no conocen;
Pero la conciencia enseña
Esta distinción al hombre.
Ellos tampoco no saben

Quién les puso en este orbe;
El hombre conoce al Dios
Que le creó y le da sus dones.
Del animal la existencia
Termina aquí, se conoce;
Pero para el sér humano
Hay otra vida más noble.
Bendice, oh hombre, al Autor
De estas gracias y favores,
Y guárdate de abusar
De su bondadoso nombre.

EL CORDERITO.

Una hermosa oveja blanca
En la pradera pacía
Junto con su corderito
Que allí triscaba en la brizna
Al rededor de su madre,
Quien lo miraba solícita.
Mas hé aquí que se le antoja
Hacer una correría
Por el bosque allí cercano,
Y se escapa a toda prisa.
Cuando la oveja percibe
Que ha partido, grita y grita
¡Be-e-e, be-e-e! muy inquieta
Para llamar a su cría.
El corderito escuchó
La voz de su madrecita,
Pero no quiso volver
Y más léjos se retira.
Mas hé aquí que de repente

Sale un ladrón y lo *pilla*,
Y amarrado se lo lleva
Por la floresta sombría.
En tanto la pobre oveja
Lo llama siempre afligida:
¡Be-e-e, be-e e! mas el cordero
¡Ay! ya no alcanzaba a oirla.
Si hubiera sido obediente
Abandonado no habría
A su cariñosa madre,
O se hubiera dada prisa
En volver a su llamado,
Y ahora no se vería
Llevado quién sabe donde
Por una mano maligna.



MARCHA DE LOS BOY-SCOUTS.

Son los boy-scout
Soldados del bien,
Franco–tiradores
Del patrio deber;
Muy fuertes de cuerpo
Y de alma también:
¡Viva el boy-scout de gran poder

Coro.

Siempre fieles al deber (*bis*)
Son los boy-scouts
Para luchar y vencer.

No teme el scout
El hambre o la sed;
Ni el sol ni la lluvia



Hacen mella en él:
Todos los rigores
Aprendió a vencer:
¡Viva el boy-scout de gran poder!

Trepa el boy-scout
Los montes a pié,
Y allí con orgullo
Se hace de comer,
Y duerme en el suelo
Como en un sommier:
¡Viva el boy-scout de gran poder!

Se alista el scout
Para socorrer
Al débil y al pobre,
Y al niño también:
¡Qué bella es su vida!
¡Qué noble su sér!
¡Viva el boy-scout de gran poder!

Escuela de nobles,
De hombres de valer,
Legión espartana
Que Chile ha de ver
Reportarle gloria,
Y grandeza y prez:
¡Viva el boy-scout de gran poder!

Coro.

Boy-scout,
Boy-scout,
Marcha con tu palo explorador;
Boy-scout,
Boy-scout,
Bravo y vigoroso como un león,
¡Pon, pon!

AMARRADO AL DELANTAL DE SU MADRE.

—Le prometí a mi mamá
Llegar a las tres ahora.
—Y si tardas una hora
En ello, ¿qué daño habrá?

—Que causaría aflicción
A mí mamá, y—esto pesa—
Faltaría a mi promesa...
—¡De veras que eres tontón!

Yo no aguantaría ¡bah!
Ir como tú, amujerado,
A las tiras amarrado
Del delantal de mamá.

—Delantal mi madre no usa
Sino solo en la cocina.
—Vaya, pues, ¡quién no adivina
Lo que yo digo, pelusa!

En fin, ¿no puedes quedarte
A ver el juego postrero?
—Podría, pero no quiero,
Aun cuando en él tomo parte.

Lo que a mamá prometí
Voy a cumplirlo...
—¡Buen niño!
Dijo en tono de cariño
Una voz cerca de allí.

Vuelven los chicos la cara
Y ven a un pobre indigente—
Anciano, débil, doliente—
Una figura muy rara.

—Lincoln aconsejó un día
A un jóven—añadió el viejo—
Que cortara por parejo
Con toda amistad impía.

¿Cuáles? Por más que no os cuadre,
La amistad de todo necio
Que hablara con menosprecio
Del delantal de su madre.

Ese es muy sabio consejo
—Yo lo sé por experiencia;—
Tengan, hijitos, paciencia,
Y oigan a este pobre viejo.

Una tal conversación
Como la vuestra de hoy día
—La recuerdo todavía—
Acarreó mi perdición.

Porque yo me avergonzaba
De no seguir los amaños
De otros muchachos extraños
Cuyo ejemplo me arrastraba.

Si de una madre ¡ay de mí!
Se burlaban, yo también
Hacía coro muy bien
A la turba baladí.

Y fué creciendo mi mal
Hasta que el tiempo llegó
En que en vano anhelé yo
El consejo maternal.

Ya todo estaba perdido;
—Aquí el anciano lloraba—
¡Yo en el abismo me hallaba!
¡Mi madre había partido!

Por eso, niños amados,
Dad a vuestra madre honor
Y obedeced con amor
A sus consejos sagrados.

Nunca le causéis tristeza
Si es que podéis alegrarla;
Si os aconsejan burlarla;
Huíd de tan gran bajeza.

Sed fieles a la que os ama
Aun más que su propia vida,
Pues que en ella está escondida
Del divino amor la llama.

Daréis un gozo profundo
Con ello, y larga existencia,
A la que es por excelencia
Vuestra amiga en este mundo.

Y alcanzaréis—no os asombre—
Un gran porvenir, de fijo,
Porque aquel que es un buen hijo...
¡No puede ser un mal hombre!

Fué una señal harto bella
Que oyeran con atención
Los chicos la exhortación
Dando gracias después de ella.

Salieron de aquel lugar
Silenciosos, y uno dijo,
En tono serio:—De fijo,
Ese hombre me hace pensar!

Y otro:—¡Qué madres tan buenas
Son las nuestras, ¿no es verdad?
¡Y qué gran barbaridad
Sería el causarles penas!

¡Ay! si por triste experiencia
Tuviéramos algun día
Que lamentar a porfía
Nuestra vil desobediencia!

Nunca ya más, camarada,
Me oirás que a nadie aconseje
El que la obediencia deje
De una madre idolatrada!

EL NIÑO Y LA MARIPOSA.

Paseaba un día Carlitos
Con su madre por el campo
Cuando había muchas flores
Por ser tiempo de verano,
Y en la avena se veían
Mariposas voltejeando.
El muchachito quería
Corretear por el sembrado
Para arrancar florecitas,
Mas la mamá le dijo: ¡alto!
Dejó el chiquitín las flores
Para correr desalado
Detrás de una mariposa,
A la que pronto echó mano;
Y cuando la hubo cogido
Vió que el insecto cuitado
Ya no podía volar
Y se quedaba aleteando.
Para saber qué tenía
A su mamá se lo trajo.
"Ve, hijo mío, dijo ésta,

Al cogerla, le has quebrado
Sus alitas, y la pobre
No volará más, ¡qué malo!
El muchachito quedó
Triste por aquel fracaso,
Y muy triste, sobre todo
Por verse incapacitado
Para devolver sus alas
Que ¡torpe! le hizo pedazos
A la infeliz mariposa,
Flor volante de los campos.
¡Ah! no debemos jamás
Destruir por placer insano
Las bellas cosas que Dios
En este mundo ha creado.

SEMBRAR PARA COSECHAR.

Un día quiso Julito
Que su padre lo llevara
Consigo a ver el potrero
Que estaba en plena labranza.
El padre consintió en ello,
Y en la yegüita mulata
Lo colocó por delante
Y se pusieron en marcha.
Cuando llegaron al campo
Julio vió una cosa rara:
Su padre tomaba trigo
De un saco y lo derramaba
A puñados en la tierra
Que estaba recién labrada.
Se quedó admirado, y dijo:
"Padre, ¿qué hace usted ¡caramba!

Usted pierde nuestro trigo,
Y mamá dice,—¡es tan sábia!
Que cuesta mucho tener
Una fanega guardada;
Y si supiera que usted
Lo está botando sin tasa
Le daría mucha pena
Ver una cosa tan bárbara."
El padre nada decía,
Pero sembraba y sembraba,
Mientras Julito, escamado,
Se sentía como en ascuas.
El frío vino, y el chico
No volvió más a la chacra.
Algunos meses después
Fué allí, y vió ¡cosa rara!
La tierra toda cubierta
De una yerba muy lozana
En el extenso potrero
Do el padre trigo arrojara.
El chico quedó pasmado
De nuevo y se volvió a casa.
Cierto día, con sus padres
Vino a visitar la chacra
En tiempo de la cosecha,
Y el campo todo ondeaba
Cubierto de rico trigo
En sus espigas doradas.
La madre dijo a Julito,
Que todo absorto miraba:
"¿Ves, hijo mío? sembramos
El trigo con abundancia;
Ha germinado en la tierra;
Después ha crecido en matas;
Y ahora que cada una
Lleva una espiga dorada,
Vamos a hacer la cosecha;

¿Entiendes? La cosa es clara.''
Julito se quedó lelo,
Y comprendió aquella táctica
De su padre, al arrojar
Grano en la tierra labrada,
Y prometió jamás nunca
Darle consejos de guagua;
Pero de él bien aprendió
Que es cosa muy necesaria
Sembrar para cosechar:
¡La lógica es ciencia magna!

VIENE ENTRANDO EL AÑO NUEVO.

Con cara llena de risa
Aparece en la ventana
Una infantil caravana:
¿Qué es lo que hay? ¿qué se divisa?

¿Qué ha de ser? El Año Nuevo
Que entra en la población
Haciendo con precisión
Del Año Viejo el relevo.

Se nos ha entrado de un brinco,
De golpe a nuestros linderos,
Y trae por compañeros
Trescientos sesenta y cinco.

Señala a nuestros penecas
Juguetes, dulces y plata,
Y a los grandes, una *lata*
De esperanzas algo huecas.



Trae el hombre para todos
Un cargamento notable,
Que repartirá incansable
De mil maneras y modos.

Nadie sabe qué le espera
De manos de este señor:
Si una torta de alfajor
O una empanada de pera.

Pero todos con mil pitos
Y formando inmenso *boche*
A las doce de la noche
Lo reciben entre gritos.

Es un César triunfador
Que tiene todos los votos:
¡Si los ricos y los rotos
Me lo aclaman con ardor!

Pero él se les hace el leso
Y a nadie le da la oreja,
Pues tiene una ley pareja
Y es muy rígido y muy tieso.

Guarda y esconde detrás
Lo que ha de dar, cual mi abuela,
Que escondía la mistela
Hasta el día de San Blas.

Así que todos pendientes
Estamos de lo que sea,
Y cada cual huele, husmea,
Mientras se limpia los dientes.

Pronto se partirá el huevo,
Y entre tanto en la ventana
Los chicos de buena gana
Gritan: ¡Feliz Año Nuevo!

DEBERES HÁCIA LOS PADRES.

Hijos, escuchad los sabios
Consejos de vuestro padre;
Seguidlos siempre fielmente
Pues son preciosos y amables.
El hijo fiel y obediente
Que diere honra a sus padres
Hallará la paz y el gozo
En su alma, cual un ángel.
A vuestros progenitores,
Honrad, pues, en todo instante
Y con todo el corazón,
Porque esto es noble y es grande.
Sin ellos habríais sido
Privados, es indudable,
De los bienes de la vida,
Así que debéis pagarles
Con lo mismo que os han dado,
Con amor: hijos amadles.
No contribuyais jamás
A dar a su alma pesares
Por vuestra mala conducta
O por vuestras necedades;
Procuradles, al contrario,
Con una afección constante
El gozo del corazón,
Esa dicha incomparable
Que en el hogar se trasmite
Y produce bien tan grande.
Que al veros se reanimen
Y desechen sus pesares,
Y sus rostros se iluminen
Con una sonrisa grácil,
Como muestra del contento
De su corazón amante.

Las bendiciones paternas,
—No lo olvidéis, hijos leales,—
Son sancionadas de Dios
Con bendición inefable.
Ya vuestros progenitores
Con sacrificio constante
Velaron por vuestra infancia;
A vuestro turno, aliviadles
Y consagraos a ellos
En su vejez venerable.

LA NIÑA DÓCIL.

Luisa es una niña amable:
Al despertar, de mañana,
Una pequeña oración
Dirige con toda su alma
Pidiendo a Dios la bendiga
Y a sus padres dé su gracia.
Se lava bien y se peina,
Y después, hecha unas pascuas,
Viene a abrazar a mamá
Y a papá, de buena gana.
Prepara bien su lección
Con su hermana mayor, Sara,
Y jamás se la reprende
Pues no da qué hacer en nada.
La maestra de la escuela
Muchísimo a Luisa ama
Porque es estudiosa, atenta
Y en las clases nunca charla;
Sus libritos están limpios
Y sus cuadernos sin mancha,
Y ella es dócil y obediente

A todo lo que se manda.
Luisita nunca en sus juegos
Es bulliciosa o mal criada;
No da chillidos, ni es brusca
Con las que le hacen compaña.
Comparte sus golosinas
Con sus hermanos en casa
Y con bondad y dulzura
Siempre por igual los trata.
Muy pocas niñas tan dóciles
Son como mi Luisa amada;
Por eso todos la quieren
Y dicen de ella: "¡qué alhaja!
Esta niña vale mucho
Por su carácter y gracia."
Mis pequeños amiguitos,
Mis amiguitas amadas,
Imitad a la Luisita
Y a todos caeréis en gracia
Y os amará todo el mundo
Tal como a ella la aman.

NUNCA CONTENTO.

Dijo Tiburcio a su padre:
"Me voy a hacer jardinero,
Cuando ya estuvo en edad
De escoger oficio en serio.
"Debe ser muy delicioso
Vivir en el campo ameno
Y respirar de las flores
El embalsamado aliento."
Mas poco tiempo después

El gusto se le fué lejos,
Y cada día al volver
Del trabajo, todo enteco,
Se quejaba amargamente
De aquel oficio de perros
En que pasaba encorvado
Dando y cavando en el suelo,
Con dolor en las espaldas
Y curcuncho como viejo.
Ahora preferiría
Ser cazador... por supuesto.
¡Qué hermosa vida se pasa
En los bosques y en los cerros!
Probando esta ocupación
No tardó en hallar pretexto
Para quejarse y dejarla:
"¡Quién va a soportar el fresco
Del alba, ni la humedad,
Y el contínuo correteo!
Ahora sé en qué trabajito
Me irá mejor, según pienso:
Voy a hacerme pescador,
Que es un oficio soberbio.
¡Qué placer el de bogar
Sobre el lindo mar sereno
Cantando de puro gozo
Sobre el agua y bajo el cielo;
Y luego sacar la red
Llena de pescado fresco,
Y hacer chauchas como mote
En el mercado del puerto!
Mas después de algunos días
Nuestro pescador intrépido
Halló que aquello era un fiasco:
Mojadas, sustos, ¡qué cuerno!
Al fin dió en el quid Tiburcio
Y quiso ser cocinero.

"Jardineros, cazadores,
Y pescadores, por cierto,
Están todos obligados
A pagar al cocinero
Su tributo indispensable,
Y en este cómodo puesto
Nunca me faltará nada...
¡Me voy a poner obeso!
Pero áun aquí no todo
Era gloria... ni por pienso.
"Todo estaría muy bien,
Decía el mozo, gruñendo,
Al no estar uno forzado
A vivir cerca del fuego.
¡Ah! si casi me derrito
Como una panza de sebo!"
"Hijo mío, dijo el padre,
Tú no estás nunca contento
Ni a tu gusto en parte alguna,
Pues todo lo hallas perverso.
Si no puedes soportar
Ni uno de los elementos,
Si la tierra, el agua, el aire,
Y mucho más áun el fuego
Tan antipáticos son
A tu carácter avieso,
Tendrás que salir del mundo
Para estar al fin contento.

LOS DOS MAESTRITOS.

Sentados en una loma
Dos muchachos una vez
Platicaban de los campos,

De lo que en ellos se vé.
Uno era huasito; el otro
Un caballerito, pues;
Pero ambos eran amigos
Como en la infancia se vé.
"Cuando vayas a Santiago
Decía éste, te haré ver
Nuestros parques y palacios,
Nuestras iglesias también,
Y nuestras calles inmensas
Por donde corren ¡pardiez!
Los eléctricos carritos
Más admirables que el tren."
"Y yo, decía el chiquillo
Campesino, te haré ver
Los frutillares maduros
Y el huerto, donde se ven
Ya los priscos y las brevas
En completa madurez.
Al gran bosque de la hacienda
Iremos juntos después,
Donde tendrás hasta susto
De entrar a esa lobreguez.
Verás la trilla, el rodeo,
Y otras cositas que a fé
De gusto y admiracion
Te harán bailar en un pié."
"¿Y qué me enseñarás, hombre?"
"Lueguito te mostraré
Cómo se lleva el rebaño
A los montes a pacer,
Cómo se hace mantequilla
Y rico queso también
De la leche de las vacas
Que en el potrero allí ves,
Y cómo se labra el campo
Con el esfuerzo del buey."

"¿Y qué más me has de enseñar?"
"Muy claro te explicaré
En qué época precisa
La siembra se debe hacer
De trigo, cebada, avena;
Y además te mostraré
Cómo se aprensa la alfalfa
Y se cultiva muy bién
La viña que nos deleita
Con sus uvas como miel.
Después te voy a enseñar
Lindos canastos a hacer
Con los mimbres de la vega,
Y esteras vas a tejer
Con la totora que crece
En el lago que allí ves.
Por fin, te voy a enseñar
A que fabriques muy bién
Flautas de cinco agujeros,
Con las cañas del laurel."
"¡Oh! sí, mi querido amigo,
Todo eso es bueno saber,"
Dijo el niño santiaguino,
"Pero yo te enseñaré
Otra cosita que vale
Más que todo eso, talvez."
"Y qué será, mi amiguito?"
"¡TE VOY A ENSEÑAR A LEER!"

LA RAZÓN DE ELENITA.

Elenita estaba un día
Jugando con su muñeca

Mientras su mamá escribía
Dentro de la biblioteca.

La mamá, tras un instante,
A la niñita llamó
Y en la falda la sentó
Con amoroso semblante.

—¡Qué alegre estoy, mamacita,
Pues quería darte un beso!
—¿De veras? Me alegro, hijita,
De que me ames.
—¡Con exceso!

—Pero ¿estabas pesarosa
Mientras yo escribía aquí?
Con tu muñeca Lilí
Parecías muy gozosa.

—Sí, mamá, mas me aburrí
De quererla, porque ella
Nunca puede amarme a mí,
Y mi amor no le hace mella.

—¿Y esa es la razón por qué
Tú me consagras tu amor?
—Es una, mas te diré
No es la primera y mejor.

—¿Y cuál es ella, mi nena?
—¡Oh! mamacita, ¡buen dar!
¿No puedes adivinar
Por qué te adora tu Elena?

Los dulces ojos radiantes
De la niña le chispeaban
Mientras sus labios hablaban
Estas palabras amantes:

—Tú me amaste cuando yo era
Demasiado pequeñita
Para amarte, ni siquiera
Sentir tu amor, mamacita.

Tú me has guardado la vida
Desde entónces hasta ahora,
Y hé aquí, madre querida,
Por qué tu hija de adora!

EL ÚLTIMO RECURSO.

Por meterse en cada cosa
De sus hermanas mayores
Les causaba sinsabores
La chiquitina curiosa.

Así, estando de visita
Ciertas amigas, ¡qué feo!
De la pieza sin rodeo,
Me la sacaron cortita.

La chica esperó un instante
Y luego llamó a la puerta;
Pero ésta no le fué abierta...
Llamó otra vez anhelante.

No le hacen caso, ¡oh maldad!
La chiquitina gemía
Y dominar no podía
Su infantil curiosidad.

Ideando entónces su treta,
"*¡Lola!* se puso a gritar,
¿Por qué me haches epelal?
Choy la mamá, abe la peta!

SENTIMIENTOS HUMANITARIOS.

¡Ay! mi querida niña!
Qué pena tengo
Al mirar esas plumas
En tu sombrero;
Cuántos pájaros lindos
Cazados fueron,
Y arrancadas sus plumas
Antes de muertos.
Muy crueles son los hombres
Por el dinero.

¡Ay, mi querida niña,
Cómo se ha puesto
Tú corazón tan duro,
Y era tan tierno!
Hoy miras impasible
Los sufrimientos
De esas criaturitas
Hijas del cielo.
Muy crueles son las niñas
Por los sombreros.

EL RELOJ DESCOMPUESTO.

Se refiere de un hombre que tenía
Un reloj que no andaba cual debía.
Le quitó los punteros muy prolijo
Y al relojero los llevó y le dijo:
—Quiero me los arregle usted, paisano,
Porque no marcha bien aquel fulano;

Por lo tanto, no puedo cerciorarme
De la hora en que debo levantarme.
Se echó a reir—es claro—el relojero
Y así le respondió a aquel majadero:
—Tiene usted que traerme el reloj todo
Para que pueda yo darle acomodo.
—Es que el reloj está bien y cabal;
Tan solo los punteros andan mal;
Compóngalos, y cueste lo que cueste,
Pero el reloj no se lo traigo, ¡peste!
Nuestras acciones son cual los punteros
Del reloj: los indicios más certeros;
Y si bien no vivimos, por supuesto
Es que está el interior muy descompuesto.

COMPLACENCIA.

Una anciana caminaba
En dirección a la aldea
Cargada con un gran fardo
Cuyo peso la doblega.
Un niño llamado Luis
Por el camino la encuentra
Y le dice:—Deme el fardo,
Lo llevaré hasta su puerta;
Yo soy jóven y esforzado,
Usted anciana y sin fuerzas.
Con el alma agradecida
La anciana aceptó la oferta.
Luis hizo una buena acción
Obrando de esta manera.
Imitadle, mis amigos,
Cuando el caso se os ofrezca.

EL TRABAJO.

Todo el mundo entre nosotros
Trabaja duro y parejo;
Mi padre es quien gana el pan
De la familia, por cierto;
Mi madre cuída la casa
Con constancia y con esmero;
Mi hermanita es tan activa
Que no pone pié en el suelo,
Y así cose, borda y teje
Como adereza el puchero.
Mis dos hermanos mayores
Oficio están aprendiendo;
Los chicos van a la escuela;
También trabajar yo quiero:
Voy a aprender a leer
De corrido, como el viento,
Como mi hermano mayor,
Que sabe más que un maestro.
Quiero asistir a la escuela
Como mi hermano Mateo,
Y cuando ya sea grande
Me haré útil, por supuesto,
Con mi trabajo y mi ciencia
Que me harán ser un portento.
Yo no quiero parecerme
A Tomasito Romero,
A quien por ser ignorante
Siempre lo llaman ¡jumento!

BENEFICIOS DEL TRABAJO.

Aquí en este mundo, el hombre
Para trabajar fué puesto.
Dios le dió fuerza bastante
Para cumplir este objeto.
El trabajo hace la vida
Útil y agradable a un tiempo;
Sana todas nuestras penas
O las alivia a lo menos.
El flojo y el indolente
No viven, ello es muy cierto;
No hacen más que vegetar
Como el hongo o como el perro.
Aquel que teme al trabajo
Siempre es triste y macilento,
Pues se siente desgraciado
Y la vida le es un peso.
El trabajo intelectual
Es del alma el alimento,
Del mismo modo que el pan
Es la comida del cuerpo.
Solo el trabajo hacer puede
Al hombre grande y honesto;
Sin actividad se vuelve
Un polvo vil y rastrero,
Incapaz de una acción buena
Y de un noble sentimiento.

CORTESÍA.

Adelina con su madre
Fueron a ver a una amiga

Pobre y enferma, que léjos
De casa de ellas vivía.
El marido de esta pobre
Siempre andaba echando chispas,
Así es que no dejó entrar
A las dos buenas visitas,
Y áun les dijo palabrotas
Muy duras y muy indignas.
Mas la señora insistió
Con su caridad solícita,
Respondiendo con dulzura
A aquella brutal malicia.
Adelina dijo entonces
A su madre:—Mamacita,
Pues que no podemos ver
A nuestra doliente amiga,
Entreguemos, sin embargo,
A su esposo las cositas
Que traemos para ella,
Y él no se ha de negar, mira,
A dárselas a su esposa,
Que está tan mal ¡pobrecita!
Vencido el hombre por tanta
Caridad y cortesía
Se arrepintió en el instante
De su torpeza y su ira
Y dejó entrar a las damas
Que una bendición traían.
La enferma fué muy feliz
Con la preciosa visita
Y recobró su valor,
Y el marido perdió su ira,
Cambiando notablemente
Su conducta sucesiva.
Observad qué grandes bienes
Produce la cortesía.

AMOR AL TRABAJO.

Luis es niño muy activo;
El no emplea mucho tiempo
En vestirse ni en comer,
Sino que marcha ligero.
Al punto de levantarse
Eleva su alma al cielo,
Y tomando su librito
Hace su lección a tiempo;
Nunca está sin hacer algo
Que sea de algún provecho.
Sus padres son muy felices
Teniendo un hijo tan bueno,
Tan activo y laborioso
Que puede servir de ejemplo.
No tienen por qué reñirle
Por pereza o desaseo;
Luis en su clase en la escuela
Es uno de los primeros,
Porque ama trabajar
Y el trabajo es su elemento.

¡BUU-BUU-BU!

—Qué te sucede, Marcelo?
¿Por qué estás llorando así?
—¡Buu-buu-bu! ¡Ay de mí!
Es que ayer me caí al suelo...
—¿Y hasta hoy quieres llorar?
—Sí, pues cuando me caí,
Mamá, no estabas tú aquí
Para hacerme consolar.

AUTOMÓVIL SIN BENCINA.

—Tomás, pues dices muy bien
Que eres automóvil, quiero
Que vayas a traer ligero
Las cosas del almacén.
—¡Ay, mamá! Esto me acoquina,
Mas no puedo complacerte
Porque estoy con mala suerte:
¡Se me acabó la bencina!

EL HALCÓN Y EL GALLO.

Un halcón, tan familiar
Con su buen amo se hallaba
Que éste apenas le llamaba
Sobre él venía a posar.

El gallo, por el contrario,
Si se acercaba el señor,
Huía con gran temor
Dando un grito estrafalario.

Díjole un día el halcón:
—Vosotros, gallos engreídos,
No sois nada agradecidos
Con vuestro noble patrón.

Sois una raza servil:
No os allegáis a vuestro amo
Sino al sentir el reclamo
Del buche, por hambre vil.

Qué distintos los halcones,
Fuertes, grandes cazadores,
Muy rápidos voladores,
Y de nobles intenciones.

Por lo mismo, no escapamos
De los hombres, y al revés,
Ante un llamado cortés
En sus manos nos posamos.

Y si somos tan atentos
Es que no se nos olvida
Que ellos nos dan buena vida
Y mejores alimentos.

El gallo le contestó:
—No huís al hombre la cara
Por una razón muy clara,
Y ahora os la diré yo.

Nunca con susto y bochorno
Vísteis un alcón asado,
Mientras que yo estoy cansado
De ver ¡gallos en el horno!

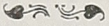
EJEMPLO.

—Esto va bien, dijo Jaime,
Revolviendo un poco el fuego
De la estufa. La oficina
No está muy limpia, por cierto,
Mas queda tan poco polvo
Que nadie logrará verlo.
Si continúo gozando
Aquí al ladito del fuego

Podré acabar esta historia
De Nick-Carter, el mañero,
Aun antes que los empleados
Lleguen a ocupar sus puestos.
Dicho y hecho: revolvió
Jaime la estufa ligero
Y después barrió la pieza
Solamente por el medio
Sin cuidarse en lo más mínimo
De que los rincones puercos
Mostrarían su pereza
Y su falta de respeto;
Así que pudo acabar
De leer todo su cuento
Y ocultar aquel libraco
Al llegar el caballero.
Le dió éste a Jaime unas cartas
Encargándole, algo serio,
Que no fuera a detenerse
De ida o vuelta del Correo.
Jaime marchó presuroso,
Pero al volver, el zopenco,
Pensó haber muy bien cumplido
Su deber de mandadero
Y se coló en un billar
A echar un caramboleo.
Cuando llegó a la oficina
El patrón le dijo al verlo:
—Jaime, ya sé mi lección.
Se estremeció el muchachuelo.
—¿Qué lección, señor?
—La misma
Que tú me enseñas, por cierto.
Y Jaime, muy consternado,
Caviló aquel día entero
Sobre lo que su patrón
Querría decir con eso.

A la mañana siguiente
El chico siguió muy fresco
Haciendo mal su trabajo
Y flojeando como un perro.
Esa mañana el patrón
Llegó al establecimiento
Mucho antes que sus empleados
Y a Jaime lo mando al centro.
Cuando el muchacho se fué
El señor Reyes, sonriendo
Con sonrisa maliciosa,
Hizo un exámen atento
De la estufa y los rincones,
Que no estaban nada bellos.
Al llegar Jaime, el patrón
Lo llamó y le dijo:—Creo
Saber ya bien la lección
A la cual dí ayer comienzo.
¿Sabes cuál es?
—Nó, señor.
—Es que mi establecimiento
Puede pasarse sin tí
Y no perder nada en ello.
Yo creía que la estufa
Reclamaba con esmero
Ser limpiada cada día;
Pero parece que yerro,
Pues tú apenas la has tocado
Y está como un gallinero.
Pensaba también, amigo,
Que la oficina—esto es serio—
Debía muy bien barrerse
Y sacudirse a su tiempo.
En eso asimismo yo
Me engañé de medio a medio,
Pues que tú no barres más
Que aquello que vé el casero,

Y nada por los rincones,
Que quedan para los cerdos.
Todo eso prueba muy bien
Que en este establecimiento
Es tu presencia supérflua,
Estás de más, sin remedio;
Y así puedes retirarte
Con muy perfecto derecho.—
Los jóvenes y los niños
Que están a veces dispuestos
A despreciar los detalles
Del deber en sus empleos
Paren ahora la oreja
Y aprovechen este ejemplo!



UN BOFETON OPORTUNO.

Vivía en cierto pueblo un negociante
Llamado Muller, y a menudo hallaba
En su camino a un jóven elegante
Que con cordialidad le saludaba.

El señor Muller siempre estaba listo
A volver el saludo al caballero,
Pero no recordaba haberlo visto
En ninguna otra parte a él primero.

Un día el negociante fué invitado
Por un amigo a su mansión lujosa,
Y al llegar, en el tiempo señalado,
Halló al jóven allí, cosa curiosa.

Con el huésped hablaba vivamente
Recorriendo del parque los senderos.

—Permitidme, dijo éste, que os presente
El uno al otro, nobles caballeros.

El jóven respondió:—Si es excusado,
Pues desde años atrás nos conocemos.
—Creo, señor, que está usté equivocado,
Contestó el señor Muller.
—¡Lo veremos!

—Es verdad que usté siempre me saluda
De algún tiempo a esta parte, muy cumplido;
Con otro me confunde usted, sin duda,
Porque del todo me es desconocido.

—Esto, no obstante, el hecho es verdadero:
Yo le conozco a usted de largos días,
Y el encontrarle ahora, caballero,
Es una de mis grandes alegrías.

Sí, porque tengo la ocasión deseada
De dar a usted mi gratitud sincera.
—Habla enigmas, señor, no entiendo nada;
¿Yo le he servido a usted?.. ¿de qué manera?

—Declaro que es historia ya distante,
Pero si nos sentamos aquí ahora
Y usted se digna oirme un breve instante,
De mí se acordará sin más demora.

Diezisiete años hace, cuando un día,
Siendo aún yo un muchacho tarambana,
Meditaba en el gusto que tendría
En comer con mi pan una manzana.

Mis camaradas, sí, comían fruta
Cuando íbamos en marcha hácia la escuela,
Mientras que yo con mi colisa enjuta
No pescaba ni áun una ciruela.

Ocupado con este pensamiento
Llegué al mercado, y ví varios montones
De frutas exquisitas... yo no miento:
Viniéronme las malas intenciones.

Dando la espalda a su mercadería
La dueña hablaba con animación
Con su vecina, y nada notaría
Si yo metía mano en el mesón.

Agarré una manzana con cautela,
Y ya iba a metérmela al bolsillo
Cuando ¡ay de mí!—la sangre se me hiela—
Recibí un bofetón en el carrillo.

La manzana muy lejos fué a parar,
Y álguien me dijo al punto en tono serio:
"¡Oh niño! ¡qué sombrío vituperio!
"¿Los mandamientos vas así a violar?

"Pues bien, confío que la vez primera
"Sea ésta que has tomado el bien ageno;
"Haz también porque sea la postrera,
"Y aprende desde hoy a hacer lo bueno."

De vergüenza me puse enrojecido,
Y apenas me atrevía a alzar los ojos;
Pero olvidar a ese hombre no he podido,
Ni aquel suceso, que me da sonrojos.

En los primeros días, de contino
Su palabra en mi oído resonaba;
Pero obró especialmente en mi destino
La última, que el alma me tocaba.

"Que esta vez sea, niño, la postrera,"
Y formé yo el propósito sagrado:
"Sí, por cierto, será ésta la primera
"Y la última vez en que he faltado."

Andando el tiempo, comencé el camino
Del comerciante, y su agitada empresa;
Al Nuevo Mundo me llevó el destino,
Y allí se puso a prueba mi firmeza.

Me vinieron muy fuertes tentaciones
De irrogar mal a otros por doquiera,
De echar la mano a agenas posesiones,
De vivir vida negra y embustera.

Pero tan pronto como el mal venía
Era cual si sintiese yo en mi cara
El bofetón tremendo todavía
Y la voz, que hasta el alma me llegara!

Por fin he vuelto ya a mi patria amada,
Y con profunda gratitud al cielo
Digo que mi fortuna es conquistada
Siguiendo del honor el santo anhelo.

¡Oh! permitidme, noble amigo mio,
Estrechar con profunda gratitud
Esta mano, que tuvo el poderío
De guiarme por sendas de virtud.

—Y permitidme, contestó el anciano,
Estrechando en sus brazos al mancebo
Con lágrimas de gozo soberano,
Que manifieste yo el amor que os debo.

De noble gratitud sois un ejemplo
Y de fidelidad a una promesa;
En vuestro corazón Dios halló un templo,
Y El os dió de virtud alta nobleza.



JAPONESITOS DE PEGA.

Para una hermosa función
Ciertos *gringuitos* un día
Disfrazáronse a porfía
De súbditos del Japón.

Mas no mostraban los tales
Las narices achatadas,
Ni las caras arrugadas,
Ni los ojos diagonales.

Sino que ojitos de cielo,
Y caritas como rosas,
Y narices primorosas,
Y rubio como oro el pelo.

Sin embargo, en un instante
Se van a rendir honor
Al señor Embajador
Del país del Sol Levante.

Y éste, admirado y curioso,
"Hijitos, les preguntó,
"¿Cómo su cara cambió
"De un modo tan prodigioso?"

"Fué el clima de Chile, usía,
El que obró esta maravilla,"
Le respondió una chiquilla
Con cara de picardía:

"Pues me los llevo a toditos
Al Japón, y ya verán
Como en llegando serán
Princesas y principitos."

"¡Vamos!" gritan los bellacos;
Y ya están para embarcarse,
Cuando viene a atravesarse
Un señor con unos pacos.

"¡Alto ahí! ¡Nadie se mueva!"
Exclama el Cónsul Británico,
Que poseído de pánico
Supo la inaudita nueva.

"Reclamo, don Eki Hioke,
"Por estos niños ingleses."
"Nó, señor, son japoneses."
"Son gringos, no se equivoque.

"¿Dó están las narices chatas;
"Dó los ojos pespuntados?"
"¿Que no vé que están cambiados
Por el clima?"—"¡Pataratas!"

"¿No es verdad que son nipones?"
"¡Nones!"
"Todo el grupo ¿no es inglés?'
"*Oh, yes!*"

Así que el pobre nipón,
Con el gran chasco sufrido,
Se marchó todo encogido
Al Imperio del Japón.

LA CANCIÓN DEL SEGADOR.

Oye en el campo en coro cantor
Al segador;—Gozo y amor
Vibra en su canto sonoro y feliz
A su trigo y su maíz.
"Yo sembré,—Cultivé;
El campo rindió—Lo que no esperé.
¡Gloria al que fuerza me dió!

Antes que luzca el espléndido sol
Su farol—De arrebol,
Ya está pegando a más y mejor
Con su hechona el segador.

Mire usté:—Guardaré
Riqueza en mi troj,—Para mi nación
Espléndida provisión."



LA NIÑITA CUIDADOSA.

Mariquita se levanta
Cada día muy temprano,
Siempre de muy buen humor
Y cantando como un pájaro;
En estío y en invierno
A las seis ya está saltando.
Una vez que se ha vestido
Y cuando al Señor ha orado,
Arregla su dormitorio
Al que da gusto mirarlo.
Dobla su bata de noche
Y ordena con gran cuidado
Cuantas cositas posee:
Muebles, juguetes, vestuario.
Su ropa está siempre limpia,
Sus zapatitos, lustrados.
Cuando ya todo está en órden
María en su Silabario
Su lección lee en silencio,
Y después con ágil mano
Se sienta a hacer un tejido
De su mamacita al lado.
También le gusta jugar
Con el ave que le trajo
A su hijita cuidosa
Su papá, a quien ama tanto.

ODOD

OTOÑO.

¡Al bosque, dichosa infancia!
Hay castaños y nogales
Que sus frutos otoñales
Os brindan en abundancia.

Coged castañas maduras,
Partid nueces con los dientes;
Pero guardaos prudentes
De golpes y clavaduras.

Mirad las vides cargadas
De racimos exquisitos:
¡A las uvas, pues, hijitos,
Negras, blancas y rosadas!

¡Qué correteos! ¡qué gritos
Los de la turba infantil!
Escaparon del redil
¿Los corderos? ¡los cabritos!

Gozad, gozad las delicias
De la estación otoñal,
Antes que el aire invernal
Haga gélidas caricias.

¡Ved! el bosque amarillento
Pierde ya su vestidura,
Y el ave vuela insegura
En busca de alojamiento.

Ya ha guardado el labrador
En su troj el rubio grano,
Y descansa mano a mano
De su pesada labor.

Campo verde, selva umbría,
Arroyuelo rumoroso,
¡Qué dicha y dulce reposo
Infundís al alma mía!

¡Adios, gran Naturaleza!
Ya nos has dado tu vida,
Y vas... cayendo... dormida...
E inclinando la cabeza.

MÁS ALLÁ.

—Dígame, papacito querido,
¿Qué es lo que hay más allá de ese monte
Que se ve en el lejano horizonte?
—Hay un bosque muy grande y tupido;
Y también hay preciosas campiñas
Con aldeas, y siembras, y viñas.
—¿Y más lejos?—La gran cordillera.
—¿Después de ella?—La mar azulada.
¿Tras el mar?—Una nueva ribera.
—Y después?—Una nueva jornada.
Y tan lejos avanzas, querido,
Sí, tan lejos en tu afán profundo,
Que te encuentras con el fin del mundo....
En el punto de donde has partido.

Traducciones.

EL CENTENARIO.

"'Vestid en este día vuestros trajes de fiesta
Y precededme al campo, todos como mi grey."
Y jóvenes y ancianos, cada uno se apresta,
Porque allí entre los suyos el bisabuelo es rey.

En su cabaña vense vivir todos unidos:
Hijos, nietos y el niño que acaba de nacer,
Como una vieja encina sus vástagos tupidos
A su redor reune, mirándolos crecer.

El alba sonrosada despierta la natura
Con su dulce sonrisa, su mágico esplendor;
El arroyo entre guijas jugueteando murmura
Y prodiga caricias a la yerba y la flor.

Reunidos ya todos dentro de la pradera
Se decían: "¿Qué haremos todos juntos aquí?"
Cuando el más niño llega gritando desde afuera:
"¡Mi abuelito ya viene! Yo lo ví! yo lo ví!"

El buen anciano lleva desde ese mismo día
De cien crudos inviernos el peso abrumador;
Su pié flaquea, es cierto, mas alza todavía
Su noble frente al cielo con juvenil fervor.

Clamores de alborozo acogen su venida;
Pero él guía el arado, y empuña el aguijón,
Y azuzando los bueyes con fuerza no abatida
Traza un surco a lo lejos con toda precisión.

"¡Oh, qué dichoso día! Oh, grande aniversario!
Alabemos, exclama, al Señor Eternal;
Él ha dado permiso a un brazo centenario
Para labrar hoy día el valle paternal.

"Conservad de tal día, mis hijos, la memoria,
Y enseñad a los vuestros cuando aquí yo no esté,
Que el destino del hombre, su grandeza, su gloria
Están en las palabras: Virtud, trabajo y fé.

"El trabajo fecunda la tierra generosa;
La virtud da la dicha más sublime y mejor,
Y de la fé sagrada la llama esplendorosa
Depura el alma toda, y nos lleva al Señor."

POR EL CAMINO.

Hijito, ten firmeza, ten coraje;
Marchemos con un paso más seguro,
Pues nos queda un camino largo y duro
Para llegar al fin de nuestro viaje;
Mas lo hallarás muy corto y placentero
Si es que tomas al Bien por compañero.
Quien hace bien al ir de peregrino
Encuentra menos largo su camino.

Y desde luego, continúa el padre,
Detente.... y mira allí aquel pajarillo:
Ha caído del nido.... ¡pobrecillo!
Ve pronto a devolvérselo a su madre.
Escucha como canta alborozado
Trayendo regocijo por el prado.
Quien hace bien al ir de peregrino
Encuentra menos largo su camino.

Marcha sin ruido.... y ¡boca silenciosa!
No hay que turbar el apacible sueño
De ese débil anciano que reposa
Allí a la sombra, en plácido beleño;
Inclínale las ramas en la frente
Para librarle así del sol ardiente.
Quien hace bien al ir de peregrino
Encuentra menos largo su camino.

Ya sin pensarlo vamos, hijo mío,
En la mitad, talvez, de la jornada.
Allí hay un niño de mirar sombrío....
¡Y nos tiende su mano descarnada!
Dale limosna, dale con amor....
¡Bendito sea el nombre del Señor!
Quien hace bien al ir de peregrino
Encuentra menos largo su camino.

La ruta que hasta aquí hemos seguido,
Piénsalo bien, es la existencia humana;
Sea también la del deber cumplido....
Que puede terminar muy bien mañana.
Para el sér egoísta y sin creencia
Todo es fastidio, amarga displicencia;
Quien hace bien al ir de peregrino
Encuentra menos largo su camino.

EL MENDIGO Y EL AVE.

El mendigo.

¿Dónde te diriges, hermosa avecilla,
Marchando a toda ala en rápido vuelo?
Ven aquí a cantarme una cancioncilla;
El aire es tan puro, y es tan bello el cielo!

El ave.

Anciano, buscando yo voy mi alimento,
Que el Señor me guarda en alguna parte;
Pero tú apresura tu paso tan lento
Porque con tal noche ¡ay! puedes helarte.

El mendigo.

Yo ando vagabundo desde esta mañana
Y nadie ¡ay! escucha mi voz dolorida;
Tus cantos podrían, mi pequeña hermana,
Endulzar una hora de mi triste vida.

El ave.

Pero con tal tiempo esta pobre niña
Cierra su piquito, se queda callada.
Ve como la nieve cubre la campiña;
¿Y así podré nunca cantar mi tonada?

El mendigo.

Tú, avecilla, vives al menos en paz,
En la noche encuentras asilo seguro,
Y en el día coges el grano maduro
Hasta que te llenas y no quieres más.
Yo de puerta en puerta, ¡infeliz mendigo!
Imploro con llanto de pan un bocado
Y en la noche caigo muerto de cansado,
Y no tengo un techo que me preste abrigo!

El ave.

Dios siempre es del pobre el apoyo fiel,
Es Él quien sostiene mi débil persona,
Y yo sé que nunca jamás abandona,
A nadie que espera y que cree en El.

El mendigo.

Cuando primavera nos vuelve su encanto,
Tú, avecilla, vives muy libre y dichosa;
En tanto yo, viejo de vida achacosa,
Solo hallo en el mundo miserias y llanto.

El ave.

Nó, mi Dios no deja padecer en vano
Ni a la más humilde y débil criatura;
Para mi sustento Él me guarda un grano,
Y a tí, mi viejito, un pan te procura.

El mendigo.

Sí, ave, ese grano Dios te lo concede,
Y de los rechazos no tienes temor;
¡Mil veces feliz quien pasarlo puede
Sin pedirle a nadie un solo favor!

El ave.

Viejito, ese grano yo lo busco ansiosa;
Como tú mendigo, vuelo sin cesar;
Sin trabajo nadie alcanza una cosa,
Y yo nada debo, amigo, al azar.

El mendigo.

El hambre me mina, la edad me devora;
Sucumbiré luego a mi triste suerte;
¡Una de estas noches la parca traidora
En medio del campo me dejará inerte!

El ave.

Yo morir bien puedo lejos de mi nido:
¿Y tal perspectiva acaso me espanta?
Mi viejito, espera tú también y canta;
¡Dios es grande, y siempre sea bendecido!

LOS CORDERITOS PERDIDOS.

Escuchad, hijos míos, una lúgubre historia
De que nuestros anales guardan triste memoria;
Un crímen que ocultara la noche con su manto
Y que podrá causaros un saludable espanto.

Una tarde de estío, cuando ya a la colina
Solo llegan los rayos del rey-sol que declina,
Seis corderos traviesos y de blanco vellón
Retozaban en grupo con gran satisfacción.
Se hallaban en un bosque gozando cosas buenas,
Decían, y ya *libres* de grillos y cadenas,
Y como que intentaban, ya lejos del rebaño,
Formar poquito a poco allí un redil extraño.

¿Qué harán seis corderitos en los bosques umbrosos?
Aun cuando treinta veces fueran más numerosos,
Seguramente el lobo cuenta de ellos daría.
Ay! ¿quién en esos bosques me los extraviaría?
Aunque muy inconstantes, eran puros, confiados,
Por el pastor queridos, por su madre adorados,
Vivían muy felices sin miedo al porvenir:
¡La niñez no debiera jamás nunca concluir!
Nuestra dicha se escapa con sus sueños de oro,
Y el tiempo no nos vuelve el perdido tesoro!
¿Qué podía turbar sus vidas inocentes?
A la voz del pastor eran siempre obedientes;
Ellos nada temían, y en su gozo profundo
Eran los corderitos más felices del mundo.

Cuando la primavera, vistiendo las colinas,
Había vuelto al campo sus bellezas divinas,
Huyendo, de mañana, muy lejos del ganado,
El grupito se iba a pacer por el prado
Y a la hora de extinguirse del día el gran fanal
Regresaba balando camino del corral.

Esa tarde, brincando por el florido prado,
De la vista materna se habían alejado;
La oveja acostumbraba decirles de contino:
"Hijos míos, guardaos contra el lobo asesino
Que engulle los corderos pequeños e inocentes.
A la orilla del bosque no vayáis imprudentes;
Evitad los zarzales, los lugares cubiertos,
Y no vais a jugar donde podréis ser muertos!
Oh! de nuestro enemigo temed la arremetida;
Y contentaos siempre con la yerba florida
Que al borde del arroyo crece por la llanura
Y donde vuestra vida podréis contar segura.

No se podría nunca tener mucha prudencia;
El temor al peligro conviene a la inocencia;
Un cordero que sigue el engaño traidor
Encontrará la muerte lejos de su pastor.
Quedaos, pues, con él: es el más fiel amigo,
De vuestra débil vida el más seguro abrigo.
Sin duda que en el bosque seríais victimados
Si por un mal deseo fuérais allí llevados."

Así solía hablarles esa madre prudente,
Temiendo por sus hijos al homicida diente;
Pero el consejo sabio arrojando al olvido
Nuestros locos querían ver el bosque prohibido.
Con ardor se desea la cosa rehusada;
De modo que hácia el bosque nuestra tropilla alzada
Se lanzó, pese al ojo del guardián y su encierro,
Burlando al mismo tiempo a su madre y al perro.

Jamás habían visto el helecho gigante,
Los árboles coposos, la alfalfa exuberante;
La menta, la retama, y el trébol ya maduro
Abundaban ¡oh dicha! en aquel bosque oscuro.
El bosque, además de esto, ¿era tan negro acaso
Cual decía el pastor, por cerrarles el paso?
¿No era un lugar soberbio, y aún encantador,
Donde luce al gran día la obra del Señor?
Un fruto exuberante rinde aquí la natura,
Y el árbol desarrolla gigantesca estatura;
Todo es bello y respira indefinible encanto;
¿Por qué nuestro rebaño le temerá, pues, tanto?
No hay duda, nuestra madre no sabe, est *chiflada*,
Prohibiendo a nuestros dientes yerba tan delicada.
Y los seis aturdidos, su comida alargando,
No observan que la noche se les viene ya entrando.

Moviendo de los pinos la espesa cabellera
El viento ya soplaba en la extensa pradera
Y en el bosque tupido era la luz escasa.
"Hermanitos, la noche! volvámonos a casa,"
Dijo entonces el guía de los merodeadores;
Mañana seguiremos nuestras gratas labores.
Yo conozco el camino; seguidme tranco a tranco
Y os llevaré a la aldea sin pasar el barranco."

Al punto a la cabeza de los chicos lanudos
Al azar se introduce por montes espinudos,
Cogiéndose las patas en crueles ramazones
Y dejando tras sí su lana por vellones
Los otros le seguían, ya mudos de temor,
Sintiendo haber dejado su aprisco y su pastor,
Maldiciendo por dentro el culpable deseo
Que del deber en contra los llevó al devaneo.
Mas pronto un grito sordo vino a herir sus oídos;
¿Del perro del pastor son esos los ladridos?
¿O acaso de la esquila esa es la voz sonora?
¡Oh! son lobos que aullan con furia aterradora!
¡Ved sus ojos de fuego que brillan en lo obscuro!
Se acercan.....¡santo cielo!... el asalto es seguro.....
¡Ay! pobres pequeñitos, indefensos corderos:
¿Quién hoy salvaros puede de lobos carniceros?
Nadie! entregad la vida, cerrando vuestros ojos....
Pronto quedarán solo vuestros tristes despojos!

Cuando el siguiente día lució en el horizonte
Se vió un charco de sangre derramada en el monte,
Y vellones de lana dispersos por doquiera
Al pastor revelaron ¡ay! la matanza fiera!
Recógelos llorando y los lleva al rebaño,
Do todos los corderos, al conocer el daño—
De sus pobres hermanos la muerte desastrosa—
Juran no dejar nunca a su madre amorosa.

Cuando intentéis seguir por caminos prohibidos,
Niños, recordad esos seis corderos perdidos.

EL TORNO DE LA ABUELA.

¿Queréis echar con mano asáz profana
El viejo torno en un desván oscuro,
Para no verlo más en la ventana
Brillar al sol con un reflejo puro?

¡Si supiérais los sueños de alegría
Que cerca de él extático he soñado!
¡Si supiérais que a mi alma enternecida
Le habla como un testigo del pasado!

Ese es el torno de mi noble abuela;
Y me parece verla todavía,
Apesar de su edad, firme y en vela,
Hilando en cuanto despuntaba el día.

Sí, ya la veo: tiene un noble sello
Con su vestido oscuro y ampuloso,
Su gorra antigua y rostro cariñoso
Coronado de níveo cabello.

Cerca de ella un retrato se levanta:
De mi abuelo conserva la memoria;
Y en su jaula un canario canta y canta,
Y el sol por la ventana luce en gloria.

Para mi abuela qué gran fiesta era
Cuando las aves en un bello día
Cantaban su canción de primavera
Mientras el torno sin cesar crujía.

Al volver de la escuela hácia mis lares
Dichoso desde lejos escuchaba
Que el viejo torno su rumor mezclaba
Con aquellos dulcísimos cantares.

Yo entraba.—¿Y bien? decía mi abuelita,
¿Ha habido risa? ¿Se le ha echado fuera?
¿Debo abrazar o tiro la orejita?
—¡Abráceme, abuelita, cuanto quiera!

Yo siento todavía en mi mejilla
Su tierno, prolongado y dulce beso;
Y bien pronto otra vez la ruedecilla
A correr vuelve como un tren expreso.

Cómo huye de veloz; cuán obediente,
Y qué placer es ver como se achica
El vellón de blancura reluciente
Y el hilo forma una madeja rica.

Pero ¡hé aquí! Se enreda en un instante;
—¡Es él! es él! ese muchacho malo,
Que la rueca ha tocado, ¡sal, tunante!
Mereces que te apliquen un buen palo!

Pero aquellos enojos de la anciana
Muy ligero caían en receso;
Le pedía perdón de buena gana,
Y la guerra traía un nuevo beso.

El Domingo, cual día de reposo,
El viejo torno estaba muy metido
En su camisa blanca, y más hermoso
Cerca de la poltrona, adormecido.

La gran Biblia de imágenes sencillas
Se abría entonces para hacer memoria
De Israel y sus grandes maravillas,
De Abraham, de David, del Rey de Gloria.

Desde la catedral esplendorosa,
Mientras nos absorvía la lectura,
Solíamos oír la voz grandiosa
Del órgano, bajando de la altura.

Una noche me dijo:—Escucha, hermoso:
Como este hilo, así son nuestras vidas;
Sobre su rueca el Todopoderoso
Largas las suele hilar o reducidas.

Puedan tus años, que son nada ahora,
Igualar los que debo yo al Señor,
Y en longura, su mano protectora
Los iguale a su dicha y esplendor.

Y alzando sus dos manos hácia el cielo
Al borde de su torno, reverente,
¡Con qué oración tan noble y tan ferviente
Acompañó su cariñoso anhelo!

—Se van mis días, agregó la anciana,
Y mi rueca muy pronto va a concluir;
A la tarde del día sin mañana
Llego en paz, y bien puedo bendecir.

Cuando del torno de tu pobre abuela
Ya el ruido mucho tiempo haya cesado,
Que una lágrima tierna que consuela
Puedas verter pensando en el pasado!

¡Oh noble abuela! Ha llegado esa hora:
Desde hace mucho tiempo ya ha cesado,
Y mira, mira como tu hijo llora
Al lado de tu torno abandonado!

EL NIDO DE ZORZAL.

—¡Cogí este nido de zorzalitos
Son dos, tres, cuatro: ¡qué buena presa!
Pobres chicuelos, estáis ya fritos,
Os cogí a tiempo de la cabeza.

Gritad, rebeldes, dad picotadas,
Y resistíos: todo es en vano;
Vuestras alitas están peladas;
¿Cómo escaparos, pues, de mi mano?

Pero ¡qué escucho! ¿no es la mamita
La que allí gritos da de dolor?
Y voltejeando veo al taitita
De sus polluelos en rededor....

¡Ay! ¿y podría causar su pena
Yo, que en verano vengo a sestear
Bajo esta sombra de encanto llena,
Al eco dulce de su cantar?

Y yo sería tan despiadado?
¿Vuestros hijuelos os robaré?
Nó, nó, guardadlos a vuestro lado;
Los amais mucho, ya bien lo sé!

Aquí enseñadles en la espesura
Llenos de dicha a voltejear;
Y que escuchándo vuestra voz pura
También aprendan dulce cantar.

Y cuando vuelva la primavera
Vendré a dormirme con dilección
Bajo algún olmo de esta pradera,
Oyendo de ellos dulce canción.

LA ABEJA.

—Dime, abeja zumbadora,
¿Por qué ese tenáz trajín
Recogiendo tu botín,
Sin descansar ni una hora?
Siguiendo tu ocupación,
En los claveles y rosas
Una y otra vez te posas,
Sin pensar en diversión.

—Niño, responde la abeja,
Si desde el amanecer
Me ves la miel recoger
Siempre animosa y pareja,
Tómame a mí por modelo
De trabajo y de deber,
Y adquiere con mucho celo
Lo que no ha de perecer.

En cuanto pasa el verano,
De las flores más preciadas
El rastro se busca en vano:
¡Todas están agostadas!
Así muere de repente
También cada año hermoso,
Y así se hunde en occidente
El sol más esplendoroso.

Niñito, cree a la abeja,
Que es muy sábia y te aconseja:
Trabaja, cumple el deber,
Siembra para recoger;
Prepara en tu juventud
De saber y de virtud
Una rica sementera.....
¡Para la estación postrera!

EL BESO DE UNA MADRE.

Después de un claro día, amo una noche hermosa,
Y el cielo tachonado de estrellas en redor,
Y la luna argentada, que viene misteriosa,
Sobre el mundo dormido vertiendo su fulgor.

Amo de la mañana el aire embalsamado,
Su luz esplendorosa, su cielo de zafir,
Y el llanto del rocío brillando sobre el prado,
Y el canto que en el bosque entonan aves mil.

Cuando cae la noche con su melancolía,
Extendiendo su manto sobre la inmensidad,
Amo del ruiseñor la fresca melodía,
Voz pura que parece un canto angelical.

Amo a un niñito rubio y su cara agraciada,
Y sus ojos vivaces, y su risa gentil,
Su gracia candorosa, que encanta la velada,
Y sus bucles dorados cual los de un querubín.

Pero amo más los besos de una madre abnegada,
Su sonrisa divina, su inagotable amor;
Amo más los acentos de la oración callada
Que enseña con el alma a su hijito menor.

EL CHIQUITO.

Por el buen Dios ¿qué puedo hacer?
¡Soy tan chiquito, tan chiquito!
"Mucho a tu madre has de querer,"
Te oigo decir, corazoncito.
¡Se puede amarla, aunque chiquito!

Por Dios ¿qué puedo hacer ahora?
Pues nos bendice el Infinito
Y a ese buen Dios mi madre adora,
Oraré a Él, ¡Padre bendito!
¡Se puede orar, aunque chiquito!

¿Y puedo hacer más todavía?
Sí, que en la escuela que visito,
Para adquirir sabiduría
Vaya a estudiar duro y bonito.
¡Yo puedo hacerlo, aunque chiquito!

LOS SAUCES Y EL RIACHUELO.

Un hermoso riachuelo, hijo de una montaña,
Al través de las rocas se abrió pasaje un día;
El no visto espectáculo de una inmensa campaña
Y mil objetos nuevos le encantan a porfía.

Un deseo más fuerte por fin arrastra su onda:
El chicuelo se escapa, pues quiere ver el mundo
Y todo, si es posible, correrlo a la redonda
Siguiendo su atractivo tan grande y tan profundo.

Un prado allí cercano recibe su onda pura;
Le encantan de repente las flores, la verdura;
Va, vuelve, serpentea, y con un paso incierto
Al azar del destino se lanza en campo abierto.

Unos sauces resecos que en aquella llanura
Envejecen comidos de polvo y de amargura,
Por entre su corteza entreabierta, agostada,
Ven al jóven Ondino en su marcha extraviada
Y le dicen: "Amigo, en tu rápido viaje
Detente a refrescarnos nuestro pobre follaje;
Nosotros te daremos, como un justo retorno,
Protección contra el astro que quema como un horno."
El viajero, atraido por palabras tan finas,
Rueda hasta sus raíces sus ondas argentinas.
Reanimados al punto los sauces reflorecen,
Sus viejas ramas mústias se avivan, reverdecen,
Y con su sombra fresca abrigando al riachuelo
Conservan su pureza, y ellos tienen consuelo.

Vivía así ignorado el jóven, y tranquilo
En aquel apacible y bondadoso asilo;
Pero un día, mostrando cierta vana altivez,
Dijo: "Aquí estoy sirviendo por el puro interés
De esos sauces barbudos, que me han trocado en pozo;
¡No quiero sujetarme a un yugo vergonzoso!"
Y escapando con pasos de chico vagabundo
Con nuevo ardor se puso a recorrer el mundo;
A un árido desierto va a arriesgar su corriente,
¡Y su onda debilcita la seca un fuego ardiente!

¡Ay! en la adolescencia, en ese hermoso día
Mis jóvenes amigos, amad a la vejez,
Porque ella necesita socorro y simpatía,
Y a vosotros os falta la gran sabiduría
Que solo del anciano recibe la niñez.

LA INOCENCIA Y AL ARREPENTIMIENTO.

Un día la Virtud con esplendor,
Reunió a su familia en su presencia;
Temprano llegó su hija, la Inocencia,
Seguida del Respeto y del Amor.
De sus sencillas gracias adornada
Con rosas blancas viene coronada
Y con un lirio nítido en la mano:
¡Qué pura frente y qué mirar tan sano!
Al verla en su gloriosa perfección
Sonríe la Virtud con dilección,
Y el palacio resuena con un coro
De triunfo el más espléndido y sonoro.
En la tarde llegó un desconocido
Que pálido se muestra y abatido
Y que avanza con paso temeroso,
Temiendo algún rechazo vergonzoso.
En sus facciones tal dolor se advierte
Que parece un despojo de la muerte!
¡Ah! exclama la Virtud con gran dulzura:
El Arrepentimiento es, tan esperado;
No le rechaceis, no, que es mi ventura;
Soy su madre también, y él, mi hijo amado!

AMAD A LOS ANIMALES.

El ave oculta en la espesura
Canta con mágica dulzura:
¡Son sus gorgeos tan bonitos,
¡Niños chiquitos!

Mirad la abeja: ¡qué industriosa!
Ya preparando está afanosa
La miel que os pone entusiasmados,
¡Niños amados!

La oveja lana nos procura;
En la estación más fría y dura
Por ella vamos bien vestidos,
¡Niños queridos!

El perro fiel y vigilante
Guarda la casa a cada instante:
De noche arroja a los mañosos,
¡Niños preciosos!

El buen caballo es quien se lanza
Con su ginete, y firme avanza,
O lleva un carro con sus gentes,
¡Niños valientes!

Los bueyes marchan con valor
A fatigarse en su labor;
Para labrar son incesantes,
¡Niños amantes!

La leche que gustáis con ansia
La da la vaca en abundancia;
Ella os da vida y sois dichosos,
¡Niños hermosos!

Para ayudarnos, Dios del cielo
Puso animales en el suelo;
Por ello estad reconocidos,
¡Niños queridos!

No por crueldad o por torpeza
Uséis con ellos de dureza,
Ni seáis con ellos inhumanos,
¡Niños cristianos!

CULTURA.

Un niño atolondrado contempla al hortelano
Manejar en el huerto su récia podadera,
Y le dice:—Buen Pedro, ¿qué ha hecho ese manzano?
Para que tú lo trates de tan mala manera?

—Yo le ingerto, señor, porque dé fruto
Más sabroso y más dulce en adelante,
Pues así lo requiere en absoluto
La Natura en su ley siempre imperante.
El árbol con el hombre es parecido:
Sin trabajo constante y sin cultura
No se puede exigir nada escogido,
Y en vez de frutas le dará basura.
Así que enderezar el que está tuerto
Ingertarlos, podarlos (con permiso
Aquí de paso le daré un aviso),
Es educar los árboles del huerto.

—¡Me causas risa con tu erudición!
Al oirte charlar, la Providencia,
Que los frutos nos dió con profusión,
Habría menester ¡oh! de tu ciencia
Para dar a sus obras perfección.

Esto, pues, es negar su previsión
Y limitar la Suma Omnipotencia!
Tú hablas, Perico, como los pedantes,
Y créeme, tu casta fastidiosa
Aburre con su ciencia pretensiosa
A los manzanos, sí... y a los infantes.

—¡Bravo, señor! ¡qué trozo de elocuencia!
Habéis hablado como un Cicerón,
Y en pago os voy a dar de vuestra ciencia
Que gustéis la dulzura y excelencia
De un manzano silvestre a discreción.

Lleva Alfredo a su boca con presura
El fruto codiciado, ¡triste engaño!
Su acidez no soporta y su amargura,
Y por lo hermoso el caso es más extraño.
Hace el chico una mueca lo más fea
Y bota aquello al suelo y lo patea!

Esta buena lección de horticultura
Le vendrá a la memoria el próximo año
Cuando ya la cosecha esté madura,
Y dirá: Los defectos de la infancia,
Testarudez, orgullo e ignorancia,
Son el fruto de mi árbol sin cultura.

EL PAGO DEL EGOISMO.

Ño Pedro y su compadre Bernardino
Iban marchando a la ciudad cercana,
Cuando aquél halla en medio del camino
Una bolsa repleta... ¡y no de lana!

Eran escudos de oro... ¡maravilla!
Y Perico los guarda con apuro.
Dice el otro: "¡Nos vienen de perilla;
Esto cayó del cielo, estoy seguro!"

"Nó, responde el compadre friamente;
"*Nos* vienen no es bien dicho; lo reparo:
"*Te* vienen sí que es cosa diferente:
"¡Esto es hablar en castellano claro!"

Bernardino no chista; pero luego
En un bosque se encuentran escondidos
Ladrones que les quieren hacer fuego,
Mientras los pobres lanzan alaridos.

"¡Que nos matan!" exclama el buen Perico.
Bernardino responde: "Compañero,
"*Nos* matan no es bien dicho: lo critico;
"*Me* matan es el dicho verdadero!"

Y de un brinco se esconde en la espesura,
Mientras el otro, inmóvil de pavor,
Entrega a los ladrones, ¡oh amargura!
La bolsa que guardó con tanto amor.

Quien solo piensa en sí mismo
Cuando es buena su fortuna,
No encuentra amistad alguna
Cuando cae en el abismo.

HERMANO Y HERMANA.

Solitos en su casa, Pedro y su hermana Tato,
Al amor de la lumbre hablaban con recato;
Su madre había ido al pueblo a negociar
Dejándolos a ambos a cargo del hogar.

¡Ay! el tentador siempre es hábil y porfiado
En inducir a un niño indócil, al pecado.
"Ven, que la madre lejos está por todo el día;
Tatito, aprovechemos," Perico le decía,

"Metámonos al huerto a comer harta fruta;
Es tonto el que teniendo la ocasión no disfruta."
"Nó, hermano, que el vecino nos *cacharía* luego
Y tiene ¡ay! unos ojos que parecen de fuego!"

"Entonces, regalémonos dentro de la cocina'
Libres de las miradas." "Nó, Pedro, la vecina
Vendría allí a buscarnos con ojo penetrante;
Ella nada te quiere, y te llama tunante..."

"Ven, entonces, abramos esa oculta alacena
De la bodega ¿sabes? allí la noche es plena.
Miel, mantequilla, queso tendremos a porfía."
"Nó, dice la hermanita, porque Dios nos vería."

Niños, a vuestra madre obedeced en todo,
Y jamás imitéis de Pedro el torpe modo;
Pensad, niños, que el Padre os mira desde el cielo:
Dios lee en vuestras almas, para Él no hay ningún velo

LA NIÑITA Y EL SABIO.

Voy a seguir a esa niñita
Cuyo ingenio en sus ojos vivaces chispea.
¿A dónde va de mañanita?
Se detiene, y al punto a la puerta golpea
De un alquimista su vecino,
Un caballero atento y fino
Que la recibe cariñoso
En su laboratorio ahumado y misterioso.

"Permítame, señor, le ruego,
"Que de ese hornillo saque solo una brasita
Para encender en casa el fuego."
"Como nó, ¿y en qué llevas, la brasa, mi hijita?
"Espera que te busque un... "No se le dé nada;
"La llevaré muy bien en mi mano agarrada."
"¿Qué es lo que dices, chica? ¡Tú te has vuelto loca!

"¡En la mano!" Interrumpe al buen doctor la risa
De la chicuela, que en un dos por tres coloca
De su mano en el hueco un lecho de ceniza,
En el que deposita, con gracia encantadora,
La brasa ardiente y ¡zás! escapa sin demora

"¡Caramba! exclama el doctor,
Qué vana cosa es la ciencia!
Más de treinta años, señor,
Que yo estudio con paciencia,
Y lleno de suficiencia
Llevo un título de honor;
Y sin embargo, el talento
De una ignorante me humilla;
¡Más chico que ella me siento!
¡Me ha enseñado esta chiquilla!
Zenón dice la verdad:
El sabio no es sabio en todo,
Y el de más capacidad
Ante una vulgaridad
Es ignorante a su modo.

TRAGADOR DE HOMBRES.

"Hé aquí algo nuevo y muy curioso!"
Decía a gritos entre el populacho
Cierto juglar llamado el Tío Cacho,
Que por su cara parecía un oso.
"¿Habrá sin duda por estos rastrojos
Algún guapito que a mí me haga frente?
Aunque tenga ocho piés, que se presente,
Y me lo trago aquí ante vuestros ojos!
¿Te ríes, Joaco? ¡Está muy bien, avanza,
Y en vez de burla, hagamos el ensayo:
Si te acercas, te meto yo en mi panza.....

¡A ver, gallina: sé algún día gallo!"
"Soy más gallo que tú, y no me espoleas!
Luego veremos quién ha reculado.
Aquí estoy; yo me llamo Pancho Veas
Y quiero por tu hocico ser tragado!"
"¿Con que así?" "¡Como nó!" "¡Pues ponte alerta!"
Y diciendo esto, en aire amenazante,
El juglar, con la boca muy abierta,
Lo contempla enojado un breve instante.
El otro, aunque era flaco y azás chico,
Se burlaba diciéndole: "Pues traga!
¡Si al tiburón tú no le vas en zaga!
Y más abierto tienes el hocico!"
Picado al observar tanto denuedo,
De un modo muy astuto el Tío Cacho
Una mano le coge a aquel muchacho
Y de un mordizco le magulla un dedo.
Pancho lanza un chillido aterrador,
Su mano esconde y retrocede al punto.
"¡Ah! cobarde, quedó como un difunto!
¡Y este es de los valientes el mayor!"
"¡Ah! bruto, es que me has hecho un daño horrible!"
"¡Pues para qué te fuistes a acercar!
"¿O creías que me era a mí posible
"Tragarte así no más sin masticar?"

EL HERMANO GUARDIAN.

Oh! mi hermanita, ponte a dormir,
Mamá me ha dicho meza tu cuna;
Duérmete pronto, cara de luna,
Que yo a mis juegos quiero salir.
¡Pues! vea usted que se despertó
Vea como abre tamaños ojos,

Y aquí no valen gritos ni enojos....
¡Sin ir al bosque me quedo yo!

¡Qué importa, al cabo! ponte a gorjear
Tú nos encantas, ojos de cielo;
En tí mi madre ve su consuelo...
¡Oh! mi hermanita, te quiero amar!



ORGULLO Y PEREZA.

Octavio.

Mira, mamá, qué lluvia, estoy casi calado;
Al venir del colegio me ha puesto así arruinado;
Si me da un romadizo, estoy de veras frito,
Pues que el tal no lo deja a uno muy bonito.
Con la naríz rojiza, los ojos capotudos,
Y ¡chis! a cada instante disparando estornudos.
Además, que mañana cómo donde mi tía,
Y creo que en la noche se cantará a porfía;
¡Caramba! si el catarro me quitara la voz,
¿Qué sería de mí? ¡qué chasco más atroz!
¡Ah! lluvia insoportable! ¡invierno fastidioso!

(*Después de una pausa.*)

¡Qué! ¿te ríes, mamá ¡Eso no es generoso!
Cuando a cada momento la fiebre va aumentando
Y ya en plena cabeza siento un mal espantoso.
De modo que parece que ya me estoy quemando!

La Madre.

Sí, mi Octavio, me río, y al contrario debiera
Afligirme de oirte hablar de esa manera.
Por un fatal defecto te encuentras dominado
Y él te pone en ridículo y te hará desgraciado.

Octavio (*con admiración.*)

¿En ridículo?

La Madre.

Es claro. ¿No es algo sin sentido
Que un niño de doce años como tú, mi querido,
Con tu cara rosada y tu salud robusta,
Sin motivo ande siempre con tanta queja injusta?
En verano: ¡qué sol! En invierno: ¡qué frío!
De día: ¡qué brillante! De noche: ¡qué sombrío!
Acabaré bien pronto por creer, en verdad,
Que para hacerte a gusto una temperatura
Sería necesario que de Dios la bondad
Invirtiera las leyes de la misma Natura!
¿Y qué le falta, díme, a tu dicha cumplida?
Gozas todos los bienes que hacen amar la vida.
¿No satisfaces siempre tus menores deseos?
¿Y no se te previenen hasta tus devaneos?
Y si Dios, a quien siempre la ingratitud ofende,
Con alguna desgracia *verdadera* te prende,
Si velara de pronto bajo una nube obscura
El sol esplendoroso de tu inmensa ventura:
Si sin salud te vieras, sin fuerza, sin riqueza,
Y hundido en el abismo de la negra pobreza,
Y, semejante a tantos seres infortunados,
Envueltos en harapos tus miembros descarnados:
Qué palabras entonces, hijo mío, emplearías
Para lanzar tus quejas, como hoy, todos los días?

Octavio.

Madre, tales desgracias ¿puedo acaso temerlas?
Tan locas fantasías jamás podré yo verlas:
Si papá dice siempre que a sus hijos amados
Ya puede repartirles dos millones saneados!

La Madre.

Es un error. Comprende que el Dueño Soberano
Nos presta esos tesoros que están siempre en su mano,
Y con una palabra o un signo omnipotente
Del rico de hoy Él hace el último indigente
Hé aquí por qué son siempre las grandes ansias mías
Que tú ames el trabajo desde tus tiernos días,

Y no busques la dicha en placeres ficticios
Que nos engañan siempre, y traen maleficios.
Ya eres grande, hijo mío; bien pronto adolescente
Te verás, no ya niño locuelo e inconsciente.
Dos caminos delante desde hoy vas a ver:
Ten cuidado, querido, el malo no escoger.
A mi experiencia cree, y áun más a mi terneza:
Dos defectos te pierden: tu orgullo y tu pereza;
Procura triunfar de ellos; lo puedes todavía;
Comprende que el trabajo es fuente de alegría
Y que nos da riqueza tan segura y tan fuerte
Que no arrebatan nunca los golpes de la suerte.
Comprende que el orgullo, aborto del infierno,
Precipitó en un tiempo en el abismo eterno
Al más bello y más puro de aquellos inmortales
Que moraba en las altas regiones celestiales.

Meditó el chico Octavio una semana entera
Los consejos tan sabios que su madre le diera;
Pero luego se dijo: "Nada importa el talento;
Al lado de la plata lo demás todo es viento;
Y el estudio, el trabajo, ¡qué pesada cadena!
Sí; sí: para el pobrete talvez es cosa buena."

Presa hasta los veinte años de este insensato error
Octavio locamente caminó con ardor
Por la senda sembrada de peligros de muerte
Do el alma se extravía, se mancha y se pervierte.
Pero un día fatal le llegó al extraviado:
Por una bancarrota su buen padre arruinado
Murió desesperado de su vida en la flor,
Dejándole tan sólo sus deudas por mayor.
Octavio, aniquilado, sin fuerza, sin coraje,
Comprende con espanto que es menester trabaje
Para salvar al punto de miseria espantosa
A sus dos hermanitas y a su madre amorosa.
Pero era ya muy tarde para que él se plegara
Al yugo del trabajo, que le era cosa rara,
Pues para que no hiera, debe hacerse de niño
Como un hábito dulce que despierta cariño.
En tiempo del colegio, que harto había durad·,
El perezoso jóven todo lo hubo picado;

Sin profundizar nada su ignorancia era extrema—
No podía a un chicuelo dictar el menor tema.
Qué hacer ahora, ¡oh cielos! ante tal desventura?
Aprender un oficio, se dirá; ¡qué locura!
Y allí donde vieron su grandeza pasada,
Llevar del artesano la blusa remendada!
¡Doblar su frente altiva de un vil oficio al yugo!
¡No! A Octavio antes el quépi del soldado le plugo.
El llanto de una madre mísera y achacosa
Ningún efecto tuvo en esa alma orgullosa.
Partió, pero cargado de oprobio y desprecio
Que sigue hasta la muerte al hijo malo y necio.

¡Huid del torpe orgullo como de una serpiente!
Aunque el rango más alto tengais entre la gente,
No seais por ello fieros, porque si a Dios agrada,
Mañana mismo puede hundiros en la nada!

¡ARRORRÓ!

¡De veras que es muy bonita
¡La pequeña Margarita!
Sentada cerca del fuego,
Al que tiene mucho apego,
Su jóven alma se asoma
A sus ojos de paloma.

Su boca es como una guinda;
Su cabellera ¡qué linda!
Se desprende en bucles de oro:
¡Un verdadero tesoro!
Mas su viva inteligencia
Le da mayor excelencia.

Es una noche de invierno,
Y entona un cántico tierno
A su muñeca querida

A quien quiere ver dormida,
Y para llamarle el sueño
La mece con mucho empeño.

¡Arrorró!
Mi Dorila,
Arrorró!
Su pupila
Ya cerró ;
Mi Dorila
Se durmió.
¡Arrorró! ¡Arrorró!

Hay que dormir, señora mía:
Vamos, ¿de qué os podéis quejar?
¿No sois feliz con la que os cría?
¿No os sabe acaso acariciar?

Mientras estáis bien abrigada
Hay más de un pobre chiquitín
A quien azota la nevada...
¡Y su ropita es puro brín!

Me dais que hacer de día tanto
¡Y no queréis aún dormir!
Cerrad los ojos, pues que os canto,
¡O van los pacos a venir!

Abrís aún más los ojillos,
¡Y a esta hora hay niños mil
Que en los inmundos conventillos
Tienen por cama el suelo vil!

¿Por qué gritáis con tanta gana?
¿Frío sentís junto al hogar?
Pues si lleváis medias de lana
¿Qué razón tiene ese llorar?

A esta hora en que os caliento,
Más de algún huérfano talvez
Llora empapado y macilento
De sus deditos al través!

No lloréis más, que es picardía;
Hambre sin duda no ha de ser,
Pues os he dado todo el día
Mi pan y dulces a comer.

Pensad que en esta hora ya avanzada
Que con gritos venís a entorpecer,
¡Hay más de una familia desgraciada
Que se ha acostado acaso sin comer!

Acordaos—por más que ello no os cuadre—
Cuando lloréis a trapo desplegado,
Que duerme sin un beso de su madre
Más de un pequeño niño abandonado!

Haced vuestra plegaria, mi Dorila,
Porque ya es necesario descansar;
Está muy bien: cerrad vuestra pupila
Pues que la mamacita os va a besar!

¡Arrorró!
Mi Dorila,
Arrorró!
Su pupila
Ya cerró;
Mi Dorila
Se durmió....
¡Arrorró!... ¡Arrorró!...

EL CONQUISTADOR Y EL ANCIANO.

EL CONQUISTADOR.

Cazando, me he extraviado en esta selva oscura;
Hasta salir afuera, guíame, buen anciano.

EL ANCIANO.

Dejad vuestro corcel, seguid esta estrechura,
Marchando lentamente conmigo mano a mano.

EL CONQUISTADOR.

¿Conócesme?

EL ANCIANO.

Yo nunca os he visto, señor.

EL CONQUISTADOR.

Ya que no mis facciones, ¿conocerás mi historia?

EL ANCIANO.

El silencio rodea al pobre labrador.

EL CONQUISTADOR.

El mundo hace veinte años lleno está de mi gloria;
Soy yo el que he sometido naciones poderosas,
Y mi nombre admirado en la paz, en la guerra
Hace temblar el mundo.

EL ANCIANO.

Ni sospecho esas cosas:
Yo tan solo me ocupo de cultivar la tierra.

EL CONQUISTADOR.

Y a mí no me conoces!... Más de un año ha pasado?
Que subyugo este pueblo, a fuer de vencedor;
He expulsado a tus reyes; su trono he trastornado.

EL ANCIANO.

Excusadme: ignoraba tal cambio de señor.

EL CONQUISTADOR.

¡Hombre tú me confundes! ¿Cuál fué, pues, tu destino?

EL ANCIANO.

Nacido en estos bosques, jamás dejé su amparo;
En paz aquí he mirado transcurrir mi camino;
Una esposa y dos hijos me dan dulce reparo;
Nuestro brazo y seis cabras, tal es nuestra riqueza;
Siempre nos ha bastado, bendito sea Dios!
Pero hé aquí el camino; señor, por mi flaqueza
Perdonad que no siga...

EL CONQUISTADOR (*conmovido.*)

¡Feliz anciano, adios.

EL GORRIÓN Y LA PALOMA.

EL GORRIÓN.

¿Por qué sucede, hermanita,
Qué a tí te aman, y a mí nó?
¡Tú eres la niña bonita
Y el vil intruso soy yo!
Te reciben con dulzura,
Y a mí todos me maltratan;
Es grande mi desventura,
Pues si no escapo me matan!
Sin embargo, mi talento
Es cien veces superior
Al tuyo; en esto no miento:
Soy un sabio, sí, señor!
Puedo por mi gentileza
Encantar a toda hora
Al señor y la señora
Dejándolos de una pieza.

LA PALOMA.

Hermano, es porque te acusan
De ser goloso y ladrón;
Tomas lo que te rehusan
Y haces daño en el parrón.
Yo no poseo talento,
Mas soy humilde y amante,
Con muy poco me contento
Y doy producto abundante.
Con tu talento y saber
A mí me dejas callada;
Pero para el mal hacer
Más vale no tener nada.

UN NIÑO A SU HERMANO.

¿Quién me llevó en su seno con un cuidado santo?
¿Quién saludó mi vida con lágrimas de amor?
¿Quién con sus dulces besos ha enjugado mi llanto?
¡Fué mi madre!... Una madre, con indecible encanto,
Al nacer nos recibe en nombre del Señor!

¿Quién guiaba mis pasos en mi débil infancia
Y de todo peligro me guardó sin cesar?
¿Quién derramó en mi vida una dulce fragancia?
¡Fué mi madre!... Una madre con su santa constancia
Es la única en el mundo que nos sabe salvar!

¿Quién con ansia indecible retenía mi vida
Cuando ya me quemaba una fiebre mortal?
¿Quién prometía el mundo a mi ansia desmedida?
Fué mi madre!.. Una madre a toda hora es seguida
De un ángel que derrama ternura celestial.

¿Quién, cuando por insomnio yo velaba y gemía,
Me formaba unos cuadros de mágico esplendor,
Mostrándome al que vela en la noche sombría?
Fué mi madre!... Una madre con gran sabiduría
Eleva nuestras almas al trono del Señor!

Cuando ella hubo habituado mi lengua a la plegaria,
¿El compás quién llevaba de mi dulce canción?
Sobre mi libro oscuro ¿quién fué cual luminaria?
¡Fué mi madre!... Una madre es maestra primaria:
¡A la luz de sus ojos se aprende la lección!

Cuando ella ya envejezca... ¿No es sueño, o fantasía?
Se me dice que pronto su pelo va a blanquear
Y que irá decayendo como se acaba el día,
Esta madre cuya alma formara el alma mía....
¡Cuán triste será verla temblorosa marchar!

Hermano mío, vamos donde se hallan las rosas
Y en cada día de ella pondremos una flor;

Tejeremos coronas fragantes y preciosas,
Y aquí la retendremos por tantas bellas cosas
Que vivirá por siempre feliz con nuestro amor.

LA HUÉRFANA.

He huído de ese sueño que en mi triste cabaña
Me envolvía en las sombras de infinito dolor,
Y quiero ver el día desde esa alta montaña,
Al astro-rey que nace con mágico esplendor.

Despertándose a tiempo con la madre Natura
Ya canta el avecilla un himno matinal;
Su madre el alimento le trae con presura...
Mis ojos se convierten de llanto en un raudal!

¡Ay! ¿por qué yo sin madre en el mundo me veo!
¿Por qué como esa ave no me es dado vivir?
Ella lanza en el nido su musical gorjeo,
Y todo en torno de ella parece sonreir!

Nada me pertenece en esta tierra ingrata;
Yo no tuve siquiera cuna donde nacer;
Soy una niña hallada sobre la escalinata
De la iglesia del pueblo donde álguien me dió el sér.

Yo, lejos de mis padres he sido desterrada;
De sus tiernas caricias no conozco el dulzor,
Los niños de este valle nunca me dan entrada,
Ni me llaman su hermana, ni me muestran su amor.

A mí no me permiten los juegos familiares;
Bajo algún techo amigo jamás se me invitó,
Y de lejos contemplo la familia en sus lares,
Al rededor del fuego, mientras tirito yo!

Hácia la capillita vóime anegada en llanto;
Allí no soy extraña, porque allí está el Señor:
Él es el que mitiga mi duelo y mi quebranto;
¡La pobre abandonada solo tiene su amor!

Con frecuencia contemplo aquella piedra dura
Donde mi triste vida un día comenzó,
Y busco allí las huellas del llanto de amargura
Que talvez al dejarme mi madre derramó!

A veces ¡pobre niña! mis pasos inconscientes
Recorren de las tumbas la tétrica mansión;
Pero la pobre niña se encuentra sin parientes
También entre las tumbas como en la población.

Catorce años de llanto llevo ya, ¡suerte fiera!
Privada de los brazos de aquella que amo yo.
Oh! vuelve, madre mía! tu pobre hija te espera
Sobre la misma piedra do tu amor la dejó!

A LAS GUAGUAS.

Seres de un día, ¡oh recién llegados!
Boquitas cual claveles perfumados,
Ojitos relucientes como estrellas,
Miniaturas tan bellas
De miembros temblorosos,
Frescos, blancos, sedosos;

Seres de un día, ¡oh recién llegados!
Vuestras gracias nos tienen hechizados;
Y al veros en la cuna adormecidos,
Cual aves en sus nidos,
Pedimos al Señor
Que os proteja su amor.

Por vuestros grandes ojos rutilantes
Que al despertar nos miran penetrantes,
Por vuestras risas, áun por vuestro lloro,
Por vuestros rizos de oro,
Y todo el dulce encanto
Porque se os ama tanto;

Por la felicidad que habéis traído
Haciendo aquí vuestro amoroso nido,
¡Benditos seáis, alegres ruiseñores,
Deliciosos cantores
De invisibles jardines,
Rosados querubines!

Cuando envueltos en cándidos cendales
Sonriendo, tenéis sueños celestiales,
Y escucháis una voz que así murmura:
—Duerme, mi criatura,
Duerme, ángel del cielo,
Que a tu lado yo velo!

Esa es la voz del ángel de la guarda,
Cuyo amor por vosotros no se tarda,
Es vuestra madre, que os llevó en su seno;
Ese es el ángel bueno
Que con afán os cuída
Y os dá su misma vida!

Seres que estáis aquí tan sólo un día,
Al alto Paraíso que os envía
Todavía os retiene un hilo de oro;
Sois, sí, nuestro tesoro,
Pero sólo confiado
Al paternal cuidado.

Es para todo hogar vuestra hermosura
Lo que la flor al campo de verdura,
Lo que al cielo es la estrella luminosa,
Lo que el agua a la rosa
Cuando inclina su frente
Bajo del sol ardiente.

Pero tenéis de más, criaturas bellas,
Lo que ni áun poseen las estrellas,
Lo que falta a las flores con sus galas;

¡Padres desventurados!
Estamos avisados:
¡Ay! todos tenéis alas!

TIEMPO VIEJO.

¡Ah! ¡qué tiempo dichoso el de mi infancia,
En el molino de mi viejo abuelo!
Esas veladas que hoy a la distancia
Me parecen imágenes del cielo!

Toda la chiquillada allí en la noche
Se juntaba, radiante de alegría,
Oyendo sin hacer el menor *boche*
Los cuentos que el abuelo refería.

¡Y cómo alegremente galopaba
El viejo huso de mi vieja abuela...
Que hasta tarde en hilar se empecinaba,
Canturreando una vieja cantinela.

Mi abuelo era un viejito muy derecho,
Aunque tenía cerca de cien años;
Todo era viejo bajo el viejo techo
Y desteñido cual los desengaños.

Viejos vinos en viejas alacenas,
Viejos amigos, viejas alegrías,
Viejas historias, viejas cantilenas,
Viejos recuerdos de pasados días!

Mi abuela era el regocijo mismo:
Siempre se hallaba llena de alegría,
Y desde que ella recibió el bautismo,
Al despertar al alba, se reía.

En su casa, un risueño y grato asilo,
Ella era el alma. . . mas cuando la Parca
De su dulce existencia cortó el hilo,
Ya no se ríe más en la comarca!

Como mi buen abuelo, su molino
De puro viejo ya se ha derrumbado,
Y el huso en que mi abuela hilaba lino
De la vieja muralla está colgado.

Acostados estáis bajo la yerba,
Unidos como siempre yo os veía;
Pero mi amor muy vivos os conserva,
Y creo veros al caer el día. . .

¡Ah! ¡qué tiempo dichoso el de mi infancia,
En el molino de mi viejo abuelo!
Esas veladas que hoy a la distancia
Me parecen imágenes del cielo!

PARA ALCANZAR LO BUENO.

Una pequeña urraca coge una nuez un día
Que con su verde costra estaba todavía.
La muerde y hace un gesto... "¡Qué veneno mortal!
Exclama; ahora veo que mi madre ha mentido
Cuando llamaba bueno el fruto del nogal.
¡Y crea usted de viejos en el saber fingido
Que engaña a los muchachos de un modo fementido!"

Tira la nuez al suelo; mas la recoge un mono,
Que la parte con piedra, dándose cierto tono,
La descascara luego, se la come y murmura:
"Vuestra madre, mi amiga, dijo la verdad pura:

Las nueces son muy buenas, pero para gustarlas
Es menester primero muy bien descascararlas.

Acordaos, amigos, que en esta humana vida
Lo bueno siempre cuesta trabajo sin medida.

LA ABEJA Y LA HORMIGA.

En apuros se ve la pobre hormiga
Y sin tener en casa ni una miga.
Era invierno, en un día de nevada,
Y se dirige toda acongojada
A una colmena hermosa y abundante,
Donde pronto una abeja vigilante
La percibe y le dice:—¿Qué hay de nuevo?
—Señorita, perdone si me atrevo—
Porque soy una pobre vergonzante—
A golpear a su puerta en este instante.
El faisán, mi enemigo el más artero,
Ha destrozado *a hacerse* mi hormiguero,
Mi despensa acabóse entre sus dientes,
Han perecido todos mis parientes
De hambre, de frio y de miseria—¡oh cielo!—
Y yo iba a sucumbir también al hielo,
Cuando al mirar esta feliz mansión
Creí encontrar en ella salvación.
Yo sabía que aquí existe de sobra
Esa miel exquisita, vuestra obra,
Así que con esfuerzo y lloriqueando
He podido llegar aquí expirando.
¡Oh! me he dicho, mi hermana, la abejita,
Cuanto es de rica es noble y es piadosa;
Ella se apiadará de la hormiguita
Tendiéndole una mano generosa.

Ella es ahora toda mi esperanza;
En su dulce bondad tan solo fío;
A una miseria mi pedido alcanza:
Hermana, tengo hambre y tengo frío!
La abeja respondió con su risilla:
—¡Oh! discurrís sin duda a maravilla!
Pero yo sé que al fin de este verano
A la cigarra le pasó una mano:
Estando en circunstancias infelices
Le dísteis con la puerta en las narices.
—¡Qué!... ¿sabéis?—Como nó, señora hormiga,
Lo sé por la cigarra, que es mi amiga.
¿Qué haríais vos si ahora yo quisiera
Obrar de la mismísima manera?
Si como vos, con alma despiadada,
Os echara a pasear por la nevada?
Y tal como lo hicísteis, yo os dijera:
"Vete a cantar, cigarra bullanguera?"
Pero no os asustéis, querida mía;
Entrad, tened alivio y alegría;
Comed lo que queráis aquí sin tasa;
Os recibimos como en vuestra casa;
Pero en el porvenir tened presente
De mostrar compasión al indigente!

EL PRIMER PESAR.

Mi papá me despertó cuando apenas luz había;
"Ven, me dijo, y a los campos nos iremos todo el día;
Toma el saco con la red y tendremos buena caza,
Codornices de seguro, y talvez una torcaza."
¡Yo salté de mi camita rebosando de alegría;
¡Ver la aurora ante mis ojos era nuevo todavía!
Primavera comenzaba; yo era niño, edad dichosa,
Cuando toda la Natura aparece más hermosa.
Por los trigos empapados del rocío matinal

Recorríamos los campos con encanto sin igual;
De repente un gorrioncito que empezaba sus volidos
Desde un sauce cayó al suelo dando gritos doloridos.
Mi papá lo tomó al punto (desgraciado fué el estreno)
Y con mano cuidadosa me lo echó dentro del seno
Para hacer que recobrara el abrigo natural
De su nido recubierto por el ala maternal;
Y después se fué en la yerba a extender su red de mallas.
Esperando buena caza de las más diversas layas.
El deseo me abrasaba de mirar a mi avecita
Y a la luz la saco al punto y la admiro, ¡qué bonita!
A mi padre dejo sólo proseguir la cacería,
Yo doy besos y más besos al gorrión con alegría.
Ya en mi casa desmigajo de mi pan y busco grano
Y le enseño a mi cautivo a tomarlo de mi mano,
Y a posarse de un volido, a mi voz siendo obediente,
En mi dedo o en mi hombro, no temiéndole a la gente.
Enseñarle también logro a que me hurgue los cabellos
Con su pico turbulento y haga nido dentro de ellos:
Y a que sea en las comidas mi infaltable convidado
Y en los juegos me acompañe dando brincos a mi lado.
Mi hermanita tuvo un día la ocurrencia bien curiosa
De pegarle en la cabeza una cinta color rosa,
Y este adorno trajo un cambio muy notable en su figura:
El gorrión más parecía un gallito en miniatura;
Me encantaba: y en la tarde, terminada ya la escuela,
Donde estaba mi avecita yo corría a toda vela;
Él al verme desde lejos, sus alitas agitaba,
Y su gusto en mi presencia con sus trinos demostraba.
Pero un día—¡me estremezco al pensar en lo que digo!—
Presentóse en nuestros juegos un hipócrita testigo:
El gatazo del vecino con un golpe de su garra
Apercolla a mi querido y en sus dientes lo desgarra
Un efecto más horrible no me hubiera hecho un rayo:
Aquel golpe inconcebible me causó como un desmayo;
Pero pronto el asador aferré con ira ciega
Y al bandido lo persigo hasta el fin de la bodega,
Do metido en la leñera, al través de las astillas,
Con sus ojos relucientes, ¡infernales candelillas!
Le sorprendo, ya acabando de comerse al inocente,

Y lamiéndose el bigote, como se hace entre la gente!
Pero el mónstruo en su escondite se mantuvo tan metido
Que no pude nunca darle el castigo merecido,
Y al ver esto, yo en mi rabia, o más bien diré en mi duelo
Un puñado de mechitas me arranqué y me tiré al suelo.
Mi mamá acudió a mis gritos, mis patadas y mi llanto,
Y me dijo: "Mi chiquelo, ¿qué es lo que hay que lloras tanto?
El llorar reserva, hijito, para cosas áun mayores;
Para tí tendrá la vida mucho más rudos dolores;
Por un pájaro perdido hoy te vas a desolar?"
Pero no hubo raciocinio que aliviara mi pesar.

A LOS NIÑOS.

Yo tengo por vosotros un amor infinito,
Pues veo que en vuestra alma el amor está escrito;
Amo vuestra mirada tan pura y cristalina
En la cual la inocencia muy claro se adivina.

Amo vuestro lenguaje, que tiene más dulzura
Que el rumor del arroyo que en el bosque murmura.
Amo vuestros cabellos sedosos y ondeados,
Que lucís sobre el cuello, al aire desplegados.

Amo el veros danzar vuestras rondas graciosas
Entre cantos sencillos y risas bulliciosas;
El contento y la dicha solo allí toman vuelo:
¡Aquello es un reflejo de la dicha del cielo!

Niños, cuando os estrecho sobre mi pecho amante,
Cuando beso extasiada vuestra cara radiante,
Veo que ante mí pasan, en la imaginación,
¡Ay! mis primeros sueños de dicha y bendición!

Para mí, que muy pronto seré la solterona,
Vosotros, caros niños, sois mi única familia,

Vuestro amor, a este mundo mi alma reconcilia;
Vuestra infantil ternura aquí todo lo abona.

El mundo, al que en un tiempo hallaba mucho encanto,
Ahora no me ofrece más que vacío y duelo;
Sus pobres amistades se ven pronto en el suelo,
Y es falso el pobre mundo hasta en su mismo llanto!

Vosotros, al contrario, niñitos, sois sinceros;
Salen a vuestros ojos aún las intenciones;
Sois buenos, candorosos, amigos verdaderos;
Vuestra boca se acuerda con vuestros corazones.

Para el infortunado tiene palabras tiernas,
Y vuestras manecitas bien saben socorrer
Con los dones piadosos, como flores eternas,
Al seno del más pobre dejándolos caer.

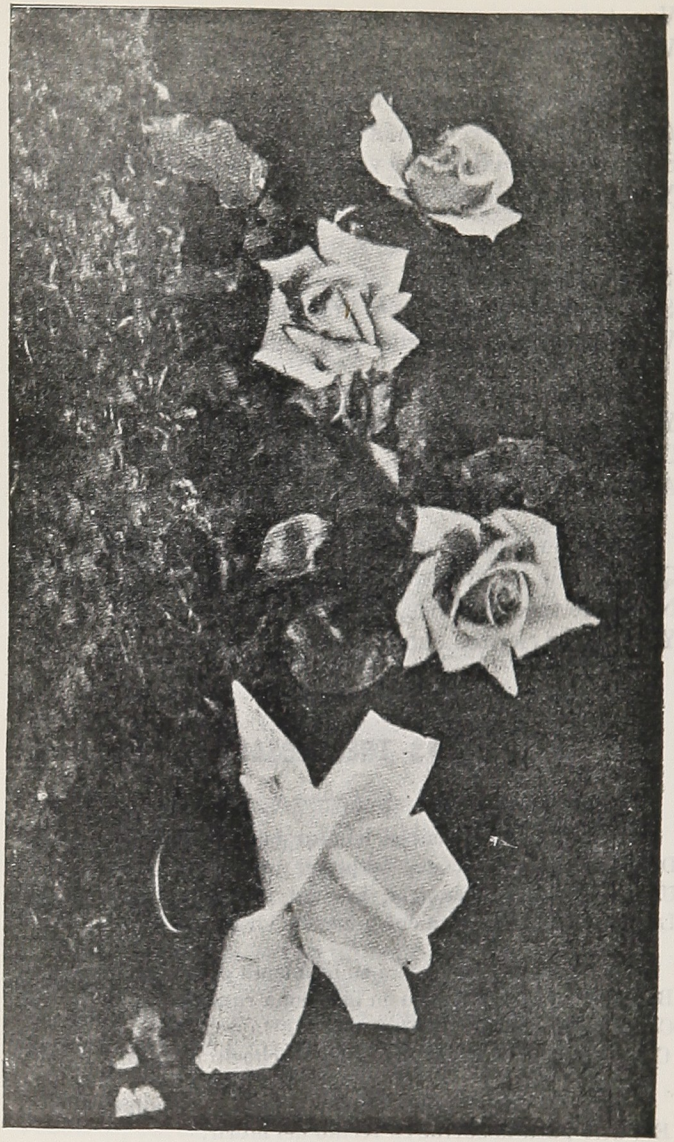
¡Cómo no amaros, niños! ¡Cómo esta poesía
Que el cielo en vuestras almas ha hecho germinar
No he de traerla ahora, cual mística ambrosía,
Y vuestras rientes cunas con ella perfumar!

LAS TRES ROSAS.

Por un día de Noviembre, a la luz del sol radiante,
Despertábanse tres rosas del pensil primaveral,
Una en plena florescencia, la otra abierta en ese instante,
La tercera aún cautiva en su broche virginal.

Esas flores se ostentaban en la misma planta hermosa
Balanceándose con gusto en la misma ramazón;
Como hermanas mantenían una charla deliciosa
Contemplándose en la linfa de un riachuelo bullidor.

"Nuestros días son contados," la mayor de ellas decía;
El nacer para nosotras es vecino del morir;



El fijar nuestro destino nos conviene en este día;
Hermanitas, ¿cuál os gusta, si pudiérais elegir?

"Por mi parte me creería la rosita más dichosa
Si mui léjos de esta mata me lograra desprender,
Para ir en un sarao, en la frente de una hermosa,
A brillar entre las joyas, y más linda aparecer."

"Ojalá pluguiera al cielo, dijo entónces la más chica,
El guardarme de tal suerte, que daríame dolor;
El vivir en este campo mucho, sí, me mortifica;
Quién pudiera dar el vuelo donde está mi grande amor!"

"No es el baile hermanas mías, el que ansiosa yo contemplo,
Nó; la dicha que yo anhelo al partir de este lugar
Es el ir a florecer para Dios allá en su templo
Y a los piés de los altares mi perfume derramar."

"¡Oh! qué se hizo la esperanza que anidó en el pecho mío!"
Respondió la última rosa, estos dichos al oir,
(Y cayeron de su seno dos gotitas de rocío,
Como lágrimas de un alma que muy bien sabe sentir.)

"Quebrantar queréis, hermanas, el anhelo de mi vida,
Pues que yo creía siempre con vosotras habitar,
Y el vivir hasta la muerte en mi tierra tan querida
Era mi único deseo, mi ventura sin igual.

"Ver mi cielo, mis praderas, ese arroyo de onda pura,
Percibir por la mañana de las aves el cantar,
Derramar yo mi perfume en el aire, en la natura,
Este era, hermanas mías, mi magnífico ideal."

Despues de esto otras hermanas (eran tres niñas hermosas)
Que corrían de la mano por el prado encantador,
Atraidas como rosas por las otras frescas rosas,
Cada cual con alegría se hizo dueña de una flor.

La más bella fué tomada por ser tanta maravilla,
Y el peinado de la niña en la noche fué a adornar;
La otra niña quiere flores para enviar a la capilla
Y allí al punto la otra rosa ¡pobrecilla! fué a parar.

La otra niña, contemplando el modesto botoncito
Que en la rama, solitario, después de esto se quedó
Dijo: "Mira, nada temas; no te toco, pobrecito;
"Mi deseo es que tú vivas tan feliz cual vivo yo.

"Pues mañana, se decía, al pasear por este prado
Con mi madre, tendré gozo de traerla hasta el rosal;
Con delicia va a aspirar este aroma delicado,
Y estos vívidos colores van su alma a deleitar.

"Sí, yo quiero se conserve esta rosa tan querida,
Y vendré cada mañana a regarla con amor;
Pobre flor, así yo espero prolongar algo tu vida,
Tu fragancia incomparable y tu mágico color."

Así pues, las tres rositas alcanzaron el destino
Que soñaron en su cuna,—el magnífico rosal:
En un baile brilló una, y murió por el camino,
Y en la iglesia, falta de agua, la otra pobre fué a expirar.

Siendo fiel a su rosal, el botón medio entreabierto
Se embriagaba al aire libre, revivía bajo el sol,
Y vivió lo que una rosa, en espléndido concierto
Con las flores y las aves alabando al Creador.

Y por fin cuando sus pétalos ya cayeron por los prados,
Transportadas en el aire sus semillas por doquier
Produjeron el encanto de rosales perfumados
Que los buenos campesinos saludaban con placer.

EL PEQUEÑO MENTIROSO.

Hijo mío, acercaos: que nadie pueda oir;
Aquí está vuestra madre con rostro pesaroso
Porque se le asegura que sois un mentiroso,
Y que usais, aunque chico, el arte de fingir.

Esquivando aprender la lección señalada,
Os haceis el enfermo, y con voz gemebunda,

Exclamais: "¡Aya mía! tengo aquí una puntada!"
O inventais una treta de astucia más profunda.

Más de una vez un susto habeis dado a vuestra aya,
Que para socorreros ha acudido al momento;
Pero como es tan buena, todo lo guarda y calla...
Hoy ya es muy conocido vuestro comportamiento.

Niño! os habeis reido de vuestra profesora,
Que con amante anhelo os enseña y os cuída.
!Después tendreis la misma conducta engañadora
Con vuestra buena madre, a quien debeis la vida!

¡Ah! llorais!... pues entonces, sentís vuestro pecado...
Quiero ahora contaros una penosa historia,
Que espero ha de enseñaros a ser un hombre honrado...
¡Ojalá la conserve vuestra infantil memoria.

"¡Al lobo! ¡al lobo! ayuda!" gritaba un pastorcillo;
Y los demás pastores corrían desalados
Al momento en socorro de aquel mentirosillo,
Dejando sus rebaños todos abandonados.

Habiendo de esos hombres despertado el coraje,
Los arrancaba al sueño, o a sus varias labores,
Y entonces entre risas, les hacía el ultraje
De decirles: "El lobo, soy yo, buenos señores!"

En el fondo del valle los pastores un día,
Llamando el regocijo con danzas y flautines,
Bailaban sobre el césped con grande algarabía
Entregados del todo a campestres festines.

"¡Al lobo! ¡al lobo! ¡auxilio!" gritó otra vez el mozo;
"¡Al lobo!" repetía con voz desesperada.
Nadie dejó el banquete, ni la alegre algarada;
"El lobo es él," decían; "¡Al diablo el mentiroso!"

Y sin embargo el lobo devoraba a gran prisa
La oveja más hermosa de su escaso rebaño,

Y para hacer más triste su castigo y su daño
Rompíale al muchacho el cuero y la camisa.

El pobre mentiroso así pagó su yerro:
Sus ruegos se perdían; eran vanos sus gritos:
Todo era comilona, risas, bailes y pitos...
"¡No tengo un solo amigo !exclama, ni áun un perro!"

Se agrega que el pobrete, rendido y magullado,
Estrechaba en sus brazos su ya muerta ovejita,
Y cuando entre sollozos vino a contar su cuita
El pecho señalóles ¡el pobre! ensangrentado!

"¡Cómo! ¡no miente!" dicen. "¡Está sangrando y llora!
¿Con que es verdad, Antuco? (Antuco se llamaba;)
"Creíamos que el chico de nuevo se burlaba...
Y la oveja está muerta... ¿Qué se va a hacer ahora?"

Todos le compadecen, pero un rústico duro
Le dijo: "Es el castigo de tus falsas alarmas;
Y si el rey me engañara, después, yo te lo juro,
Me gritaría en vano: «¡Ciudadano, a las armas!»
.....

Tú no eres rey ni nada, ángel mío, y hoy mientes;
Y cuando hayas perdido la estima de las gentes;
Cuando ya te conozcan como un sér despreciable....
Aún tendrás de tu madre el amor inefable!
A ella dirás tus penas, tu fiasco vergonzoso!
¡No podrás con tu madre, nó, ser un mentiroso!

Pero ahora ¿qué haremos? No ocultes, nó, tu frente...
Esto no corresponde a un niñito inocente!
¡Ah! me tocas el alma con tu penoso llanto!
El perdón imploremos del que nos ama tanto!
Dios ya te ha perdonado; pero en su Ley te ordena
Mostrar toda la vida la verdad pura y plena.

DE UNA AVECILLA.

¡Oh! qué lindo es ser un ave
Y, pequeñita, anidar
En un boscoso lugar
Que la madre no más sabe.

Y ser allí por el viento
Mecida en tan blanda cuna
Con un suave movimiento
Como un cisne en la laguna,

Como un marino en su vela,
Como un niñito travieso
Sobre el columpio que vuela
Y le hace perder el seso.

Lindo es tener en las alas
Diamantes deslumbradores
Y perlas de mil colores,
Y otras espléndidas galas.

Juguetear por la llanura,
Ir volando sobre el mar,
Y áun la nube remontar
En busca del agua pura.

Tener en tiempo de flores
Un nidito entre las lilas;
Y cerradas las pupilas
Estar dos soñando amores.

Y cantar cantos tan bellos
Y de tan dulce armonía
Que áun el cielo los oiría
Para deleitarse en ellos.

LA ABUELA.

A vuestra noble abuela amadla mucho, niños;
Disipen sus dolores vuestros tiernos cariños.
Formad en torno de ella un coro seductor
Cuando vuestra abuelita—que en ello se recrea—
Recaliente sus miembros al fuego que chispea,
Su alma, a vuestro amor.

Vuestra sonrisa franca, que tanto ama e implora,
Le es como sol de invierno de luz reanimadora:
Su fresca primavera le parece ha tornado
Cuando su nietecito juguetea a su lado,
Como un ave que deja oir su voz canora
En árbol agostado.

Sus manos, que es preciso estrechar con dulzura,
Son llenas de juguetes y llenas de ternura;
Besad sus níveas canas, diadema bendecida,
Y vuestro amor infunda en su alma nueva vida;
Con un beso de niño ella puede olvidar
Veinte años de pesar.

Su barco está en el puerto; sus velas va plegando;
Daos prisa en amarla; soy yo quien os lo aviso;
Su pié ya el dintel toca del santo paraíso;
Sí, de vuestra abuelita nada nos va quedando;
Ningún sol de otro tiempo ya en su alma destella;
La vejez es la noche: darle luz es preciso:
Hijitos, sed vosotros cada uno una estrella!

Pero un día veréis su cámara enlutada:
Faltará la abuelita de la alegre velada...
Más tarde vuestra madre, todos vuestros queridos...
Los hogares, hijitos, son como alegres nidos,
Pero sus moradores, cual las aves del cielo,
Unos después de otros tienden allá su vuelo.

¡Oh! cuando ya seais más graves y mayores,
Cuando sepais pensar, pequeños reidores,

En la noche, volviendo a la niñez querida,
Hablaréis de la abuela con voz enternecida.
Los recuerdos de niño, cual muchos hilos de oro,
La unirán a vuestra alma, cual preciado tesoro.

Hija, antes que llegaras, mi madre se fué al cielo;
Te ha faltado su amor, su beso, su consuelo;
¡Ay! el verte en sus brazos, esta era mi esperanza;
Dios bendice la casa con santa bienandanza
Cuando allí se reune, con la cuna del niño,
El sillón de la abuela en sin igual cariño.

Si yo hubiera podido en mi bendito hogar
Vuestras voces unidas extasiada escuchar,
Tenerte por la mano, y apoyada en su seno
Ver cerca de tu rostro el suyo de amor lleno,
Con este don del cielo, y con ventura tanta,
Mi hogar hubiera visto su ángel y su santa!

LA VIOLETA AGRADECIDA.

Al fondo de un *parterre* delicioso
Hablaban muchas flores perfumadas,
Con aire recatado y misterioso
Bajo de unos naranjos congregadas.

La rosa, como reina de las flores,
Mostraba su esplendor de primavera,
Y el clavel, con sus múltiples colores,
Daba una nota viva y placentera.

La lila y el narciso y los jazmines
Se mezclaban al lirio plateado;
La anémona, el jacinto y los clarines
Completaban el corro perfumado.

Una dalia, que hacía de adivina,
Les había anunciado que mañana

Caía el centenario de una encina,
Del bosque la más grande y veterana.

Hallábanse indecisas nuestras flores
Para saber a quien confiar debieran
La guirnalda preciosa que tejieran
A fin de tributarle sus honores.

La más tímida de ellas se encontraba
Apartada del corro bullicioso;
Nada había en su sér de esplendoroso,
Y humilde bajo el césped se ocultaba.

Era la sencillísima violeta,
Que su dulce perfume traicionaba,
Mostrando solo su existencia quieta
A la hora en que el céfiro pasaba.

Por algún sueño cándido mecida
Ha inclinado la flor su humilde frente,
Y de todas las cosas de la vida
Apartada parece estar su mente.

Pero cuando la anémona africana
Tuvo a bien pronunciar con voz sonora
El nombre de la encina veterana,
Así habló la violeta sin demora:

"Aquella cuya fiesta tan querida
Hoy se va a celebrar con esplendor,
Derramó sobre el alba de mi vida
Los dones de un materno y fiel amor.

"Yo nací en el fondo de un boscaje
Desprovisto de sombra y devastado,
Y ella me abrigó con su follaje
En aquel débil e infantil estado.

"Me admitieron mediante sus desvelos
En este parque espléndido y sombrío

En donde cada día, de los cielos,
Me visitan la brisa y el rocío.

"¡Oh! permitidme, pues, sobre su frente
Colocar esta espléndida corona
Para mostrarle lo que mi alma siente:
¡Hermanas mías, el amor me abona!"

La admiración fué grande al oir esto,
Mas las flores dijeron sin demora:
"Hermana, sí, tú debes por supuesto
Coronar a tu noble bienhechora."

La violeta partió lista y gozosa,
Y la rosa de espléndidos colores
Menos feliz estaba y orgullosa
Que ella, la más simple de las flores.

No hay nada tan odioso como la ingratitud;
No seais nunca ingratos, ¡oh mis niños queridos!
Y albergad en el alma esa noble virtud
Que os enseñará siempre a ser agradecidos!

LA VUELTA DEL SABOYANO.

Con sus cumbres gigantes, y con su eterna nieve,
Con su sol de verano, los Alpes bellos son;
Todo en sus frescos valles nos encanta y conmueve...
Los bosques, los torrentes, y los prados en flor.

¿Quién es ese que marcha cual pobre peregrino
Sólo por los senderos, cargado de un zurrón?
Es un niño que sigue desde Francia el camino
Que lleva hasta Saboya: un deshollinador.

Por fin trepa empeñoso el último sendero,
Y esa mañana ostenta su ropita mejor;
En su morral reserva un pan candeal entero,
Y sus ojos revelan de la dicha el fulgor.

¿Por qué así se da prisa en su última jornada?
Es que el pobre muchacho cuanto antes quiere ver
La tierra de sus padres, su patria idolatrada,
Y llegar a la choza que a él le vió nacer.

Allí están, todavía cual siempre los mirara,
El bosque, y el riachuelo que corre sin cesar;
Ahora no se acuerda que diez días marchara...
¡Le es dado de tan cerca su aldea contemplar!

Llega lleno de gozo. Pero nadie le espera;
Su choza está cerrada; no se oye ni un rumor;
Mas por el techo agudo un humo sale fuera,
Y el niño, conmovido: "¡Abrid, dice, soy yo!"

La puerta cede, y entra. Su madre tan querida,
Su madre, que postrada está junto al hogar,
A medias se levanta, de gozo estremecida,
Y exclama: "¡Ay, hijo mío! ¿es sueño o realidad?"

Su hijo está en sus brazos, llorando de ternura.
"Estoy inválida, hijo; Dios me quiso afligir;
Te anuncié ya hace tiempo mi triste desventura,
Porque al menos sin verte no quería morir!"

"Madre, de vuestro hijo estábais alejada;
Hé aquí que regresa; sed ahora feliz;
Yo ya he crecido, madre, sereis muy bien cuidada;
Somos ricos ahora: madre mía, vivid!"

Y el niño con orgullo saca de su coleto,
Y echa en las faldas de ella su preciado caudal:
Seis monedas de plata—su tesoro completo,
Y también le presenta su hermoso pan candeal.

La madre lo abrazaba, llorando de ventura,
Y elevaba su alma al trono del Señor,
Porque al fin le ha abreviado su noche de amargura,
Porque al fin le ha devuelto al hijo de su amor.

"El es, yo lo sabía, el Dios del alto cielo,
El Dios de los pequeños, quien a mi hijo salvó,
El que me consolaba en mi tristeza y duelo
Cuando llamaba a gritos al hijo que amo yo!

"Es el Cristo bendito que las madres imploran,
Que libra a nuestros hijos del mal y del sufrir...
Guardamos los corderos: los lobos los devoran...
Nuestros hijos se marchan; pero vuelven al fin!"

"Ahora, hijo querido, serás tú mi ventura;
Tu pobre madre inválida necesita tu amor;
Sin tí ella moriría..." Y el niño, con presura,
Grave, uniendo sus manos, se arrodilla y murmura:
"¡Que os prolongue la vida conmigo nuestro Dios!

LA VIEJA CÁNTARA.

Sobre una pobre mesa de una más pobre estancia
Estaba colocada una vetusta cántara,
Y le había corrido por su boca muy ancha
El vino rojo obscuro, dejándola manchada.
La quité de aquel sitio, púsela en la ventana,
Por cuya celosía silbando el viento entraba,
Y observé que se iba colando—¡cosa rara!—
Por el cuello bocudo de aquella vieja cántara.
Producía allí un ruido cual si fueran palabras,
Y parecióme que ella decía en voz extraña:
"¡Desdichados mortales los que en tierras lejanas
Son víctimas del negro mordizco de las plagas!
¡Oh míseros que mueren en campos de batalla,
Millares a millares cual triste caravana!
Yo rindo más humanos que toda esa matanza.
¡Oh, jóvenes amigos, venid aquí a mi casa
A beber de una copa la embriagante sustancia.

Yo emboto los sentidos del hombre que me ama,
Destruyo la vergüenza y mato la esperanza.
Yo produzco los huérfanos a miles en la infancia
Y hago verter torrentes de lágrimas amargas.
Por mí las madres gimen sin ninguna esperanza
Al ver a sus mancebos hundidos en la infamia!
¡Oh jóvenes! yo venzo en todas las batallas
Porque en lo que yo escancio, como el volcán la lava,
Hay fuego que fulmina y muerte que anonada.
Venid, bebed mi vino que quema las entrañas!
No tanta ruina ha hecho el cólera y la espada,
Mientras la roja sangre circula en las batallas;
Pues yo al matar el cuerpo también maldigo el alma."
Me retiré asustado lejos de la ventana
(¡Como si del infierno una voz escuchara!)
Al oir lo que dijo aquella vieja cántara.

SI YO FUERA RICO.

—Papá, si yo fuera rico,
No sería cicatero,
Pues al pobre, grande o chico,
Le daría mi dinero.

—Muy bien pensado, mi hijito;
Mas si no tienes riquezas,
¿Por qué desde hoy no empiezas
Dando al pobre un centavito?

Quien da según tiene a mano,
Demuestra que el bien haría,
Cual verdadero cristiano,
Si fuera rico algun día.



Su ansia por pescar es mucha,
Y así se instala en el barro;
Y si no pesca una trucha....
Pescará en cambio un catarro!



—Que no se moja la ropa
Con paraguas, es un yerro;
Pues yo voy hecho una sopa...
¿O será porque soy perro?


FELTER

EL JARDIN DE LUISA.

—Mamá, tener un jardín
De buena gana quisiera,
Dijo un día la Luisita
Al regresar de la escuela.
—¿Sí, hijita? pues voy a darte
Un retacito de tierra
En donde plantarás flores
Y verduras, como quieras.
Para regar tus plantitas
Aquí hay una regadera.
—Gracias, querida mamá;
Dame ahora la más buena
Semillita de lechuga.
—Toma, es lechuga francesa,
Y derramarás el grano
En la bien molida tierra;
Lo cubrirás en seguida
Con una capa ligera,
Y cuidando de regarlo
Cada día por la fresca,
No tardarán las lechugas
En brotar con toda fuerza.
De comer tus ensaladas
Gustaré sobremanera.
—Muy bien, querida mamá,
Yo te daré a manos llenas.
—Ahora, aquí tienes flores
Para que adornes tu siembra.
¿Te gustan las margaritas?
Las rosas, las azucenas,
Rosadas, blancas, azules....
—¡Oh! qué cosa tan espléndida!
Y Luisa, llena de ardor,
Se pone a cavar la tierra
Con azada, y en seguida

Con rastrillo la empareja,
Quita todos los guijarros
Y por fin hace su siembra,
La cual, al caer la tarde,
Con todo cuidado riega.
¡Cuán feliz una mañana
Se siente, cuando contempla
Sus lechuguitas brotadas
Con dos hojas muy pequeñas,
Y más cuando ve formados
Botones a la azucena!

PERILLÁN.

Yo amo mi perro porque es buen guardián,
Que come poco y que trabaja mucho;
Se llama, sin embargo, Perillán,
De los perros pastores el más ducho.

Cuando mi gran rebaño llevo al monte
No temo nada de los lobos fieros:
Perillán es un bravo polizonte
Que degüella a los pícaros rateros.

Aunque no gran señor por sus abuelos,
Tampoco es perro feo de remate:
Como un ascua le brillan los ojuelos
Y se hace amar de todo el que lo trate.

Su ligereza no hay quien no celebre:
Al oír el aullido de los lobos,
O al olfatear el rastro de una liebre,
Escapa dando aullidos y corcovos.

Si oye que alguna oveja lanza gritos,
Dispara a recogerla a los galpones;
Prodiga gracias a los corderitos,
Y a los viejos carneros, revolcones.



Cuando me oye que silbo, me vigila
Y a las ovejas pone en movimiento,
Como un sargento que coloca en fila
A los conscriptos de su regimiento.

Desde hace ocho años que está a mi servicio
Perillán siempre es bueno y muy travieso;
Yo no le he conocido ningún vicio,
Ni áun el de comer carne o robar queso.

Es a carta cabal un perro honrado,
Y con él siempre estoy muy satisfecho,
Pues ningún otro gasto me ha causado
Que papitas cocidas con afrecho.

Un día, andando al borde de un barranco,
Marianga su rebaño conducía
Y resbaló hácia el río por el flanco:
¡Perillán la salvó con valentía!

Fuí yo quien alcancé la recompensa,
Pues me tomó por novio mi Marianga;
¡Es cosa bien curiosa, si se piensa,
Que los perros no tengan esta ganga!

Yo amo mi perro porque es buen guardián,
Que come poco y que trabaja mucho;
Se llama, sin embargo, Perillán,
De los perros pastores el más ducho.
¡Fí, fí, fí, fí, fí, fí! Ven, Perillán,
Mi compañero fiel y mi guardián!

LAS VERDADES DE DON PERO GRULLO.

¿Os gustaría, niños, escuchar
La de Don Pero Grullo historia cierta?

Sin duda que os podrá regocijar
Con tal que al divertiros os divierta.

Muy bien instruído dicho caballero
Desde la cuna (era alta su nobleza)
No se quitaba nunca su sombrero
Sin dejar descubierta la cabeza.

Por servirle, sus criados correteaban,
Y al hacerlo, movían las canillas;
Y de los huevos nunca se olvidaban,
Sobre todo al batirle las tortillas.

En Don Pero este caso era muy cierto:
Se alimentaba de lo que comía,
Y cuando en su gran lecho se dormía
Era porque no estaba ya despierto.

Era rubio, y hermoso, y elegante;
Sus ojos eran de un azul profundo,
Y no habría tenido semejante
Si hubiera sido el único en el mundo.

Le agradaba muy mucho navegar;
Y ya en tiempo de paz, y áun en guerra,
Si Don Pero viajaba por el mar
Era que no viajaba por la tierra.

Del caballero por seguir la ley
Salió a un torneo con cubierta faz,
Y apareció delante de su rey,
Y así no se mantuvo de él detrás.

Montado en un espléndido corcel
Las nobles damas bien le conocieron,
Y allí dejóse ver el gran doncel
De cuantos en la lid le percibieron.

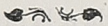
Don Grullo era un prodigio de valor,
Insaciable de guerras y de gloria;
Y siempre que salía vencedor
Ganaba sin remedio la victoria.

Pero un día tocóle triste suerte:
Fué herido por un golpe sin igual;
Se cree que la herida era mortal,
Pues que a Don Grullo le causó la muerte.

Muy sentido por todo buen soldado,
Su memoria fué harto enaltecida;
Y el día de su muerte se ha probado
Que fué el postrero de su noble vida.

Era en sábado, día de San Blas,
Y en vista de ello digo—y bien me fundo—
Que él habría vivido un punto más
Si en Domingo se marcha de este mundo.

Cuando ocurrió este trance decisivo
Todos se repetían en concierto:
¡Ay! es seguro que estaría vivo
Don Pero Grullo, si no hubiera muerto!



VIOLETITA.

Acababa de nacer Violetita una mañana
A la orilla de un riachuelo, en un valle encantador,
Cuando díjose, asomando la nariz a la ventana:
"Aquí vives con tu frente en la tierra, bella flor!

"No es posible que así sea; en un bajo tan profundo
¿Qué me espera? Una existencia de miseria y de pesar,
Y yo entiendo que las flores están hechas para el mundo;
Voy, entonces, a otra parte mis raíces a enterrar."

Diciendo esto, Violetita da un remilgo de disgusto
Y por obra de sus dedos, que de chicos no se ven,
Saca al fin sus piecesitos de la tierra con gran gusto
Y arreglando su tocado, por allí se echa a correr.

"La montaña majestuosa que hácia el cielo se levanta
Me conviene, dice al punto; si pudiera yo llegar
Solamente a la meseta más bajita; ¡eso me encanta!
Lograría así del mundo buena parte contemplar."

Violetita con un paso el más ágil y apurado
Trepa al monte hasta una falda coloreada por el sol;
Mas no encuentra, ¡qué desgracia! una vez que se ha instalado,
Lo que busca con anhelo su sensible corazón.

Suspirando dice entonces: "No diviso aquí gran cosa,
Y yo quiero el mundo entero a mi gusto contemplar;
Desde aquella otra meseta tendré vista más hermosa;
¡Pues allá sin más demora Violetita va a arraigar!"

Dicho y hecho: bajo el viento que ya corre tempestuoso
La pequeña sube y sube, inflamada de ambición,
Por el monte que ya se hace empinado y escabroso;
No le importa: Violetita cumplirá su aspiración.

Llega un tanto derrengada a la próxima meseta
Do se muestra majestuoso un gran lago de onda azul;
Pero apenas instalada: "Esta vista no es completa,
Dice, y yo he de ver el mundo en su inmensa plenitud.

"Es tan solo de la cima, que ya toca el alto cielo,
Desde donde mis deseos de grandeza he de saciar;
Allí todo el universo estará ante mí sin velo;
Con razón, pues, Violetita allí al fin ha de arraigar."

Y sin ya pensar en nada, a no ser en su locura,
Y sintiendo que la llama desde arriba cierta voz,
Violetita va de nuevo a emprender hácia la altura
De su viaje aventurado la jornada superior.

El sendero, ¡cuán penoso esta vez se le presenta!
O mas bien, ya no hay sendero, solamente un peñascal;
Violetita está agotada, ya se rinde, ya no alienta;
De buen grado volvería su camino a desandar.

Aquí un vértigo la asalta; le da vueltas la cabeza;
Pero haciendo a duras penas un esfuerzo postrimer,
Llega al fin, por un prodigio de la gran Naturaleza,
A esa cúspide sublime, que creía el sumo bien.

¡Qué tristeza! no hay ni tierra, ni una yerba se divisa,
Roca muerta solamente aparece en rededor,
Y con furia un viento helado sopla y sopla (ya no es brisa)
Y el espacio está cubierto de una bruma que da horror...

Violetita, oyendo el ruido de las grandes avalanchas,
Tiembla, y todas sus ramitas ¡ay! se encogen entre sí;
Muy bien siente que está lejos de encontrarse aquí a sus anchas,
Más seguro le parece que está en riesgo de morir.

Esa mala cabecita, inventora de pecados,
Ha cubierto con los pliegues de su verde delantal;
Sus manitas se entorpecen y sus piés están hinchados....
Violetita a todo trapo allí pónese a llorar!

El azul de su carita palidece poco a poco,
Y sus lágrimas heladas allí quedan cual cristal,
Y se pierde su gritito entre el ruido del siroco:
"¡Ay! ¡por qué de mi pradera ¡insensata! fuí a escapar!"

Violetita, ya agotada, y sufriendo los tormentos
Que una flor tan delicada jamás puede resistir,
Se desploma en su tallito, y llevada por los vientos
En el fondo de un abismo ¡pobre nada! fué a morir!

.....

Niña: ¿tienes en el valle tu casita y tu ventura
Con los seres que tú amas y su amor también te dan?
¿Qué más quieres? No pretendas elevarte a alguna altura,
Que tu ruina solamente lograrías consumar.



AGOSTO.

Garrote en mano, y con la barba helada,
El viejo Agosto llega por el cerro,
Provisto de una alforja remendada
Y con un esqueleto como perro.

Va recorriendo todas las campañas
Para beberse todos los riachuelos;
De nieve va cubriendo las montañas
Y haciendo huir las aves de los cielos!

Párteme leña, Margarita, al vuelo,
Y haz un buen fuego, que me apura el frío;
Así del viejo Agosto yo me río!
¡Dichoso el que posee este consuelo
Cuando, en invierno, es tan azul el cielo!

Ya la helada hace adornos con sus franjas
En puertas y ventanas y en aleros;
La garduña desciende a nuestras granjas
Y ataca con furor los gallineros.

Allá arriba la grande estrella brilla,
La estrella titilante del invierno,
Mientras en el fogón arde la astilla,
Que nos atrae con su halago tierno.

Párteme leña, Margarita, al vuelo,
Y haz un buen fuego, que me apura el frío;
¡Así del viejo Agosto yo me río!
¡Dichoso el que posee este consuelo
Cuando, en invierno, es tan azul el cielo!

Cuando de las regiones de los hielos
Desciende entrapajado el viejo Agosto,
Trae la nariz roja con el mosto
Y erizados de cólera los pelos.

Da resoplidos en las hojas muertas
Y silba entre los bosques asustados,
Se desliza al través de nuestras puertas,
Y sacude los viejos sotechados.

Párteme leña, Margarita, al vuelo,
Y haz un buen fuego, que me apura el frío;
¡Así del viejo Agosto yo me río!
¡Dichoso el que posee este consuelo
Cuando, en invierno, es tan azul el cielo!

Los grupos de muchachas con hachuelas
Van al bosque a cortar ramas resecas,
Mientras que las aguardan sus abuelas
Por el horrible frío casi entecas.

El bosque generoso a todos brinda
Su provisión de fuego y de contento,
Y ora en la choza, o en la casa linda,
Todos de noche danle acatamiento.

Párteme leña, Margarita, al vuelo,
Y haz un buen fuego, que me apura el frío;
¡Así del viejo Agosto yo me río!
¡Dichoso el que posee este consuelo
Cuando, en invierno, es tan azul el cielo!

Los animales tienen su pelaje;
Los trigos se resguardan bajo el suelo;
¡Solo los pobres sufren el ultraje!
¡Sus harapos no valen contra el hielo!

Agosto, ¡cuán impía es tu persona!
El indigente llora de tí en pos;
Con sus lágrimas forma una corona
Para llevarla al infinito Dios!

Párteme leña, Margarita, al vuelo,
Y haz un buen fuego, que me apura el frío;

¡Así del viejo Agosto yo me río!
¡Dichoso el que posee este consuelo
Cuando, en invierno, es tan azul el cielo!

EL RUISEÑOR Y LA RANA.

Un ruiseñor cantaba sus pesares
En el bosque a sus múltiples hermanos.
Quiso imitar la rana sus cantares,
Envidiosa e hinchada en sus pantanos.

"Compañeras, dijo ella, os aseguro
Que el ruiseñor soy yo, y no ese chico.
Vais a ver como pronto cierra el pico
Ante mi canto melodioso y puro.

"¿Quién en arte y en voz me igualará?
Allá va mi canción más escogida;"
Y empezó a canturrear la consabida
¡Brrr! qué, qué, qué, qué, qué, cuá, cuá, cuá, cuá!

Sus compañeras gritan: "¡Lindo vá!"
Y la rana se hinchaba más con ello
Y seguía gritando a voz en cuello:
¡Brrr! qué, qué, qué, qué, qué, cuá, cuá, cuá, cuá!

Una de ellas, un poco más prudente,
Le dice: "Es vuestra voz encantadora;
Pero mostrad vuestro plumaje ahora
Y volad sobre ese árbol que hay al frente."

"¡Ay, comadre! es que el agua que me empapa
Me impide tomar vuelo a mi sabor."
"Pues quédate en lo que eres: una sapa,
Y deja allí al muy noble ruiseñor!"

LA CURRUCA.

Una pobre curruca había fabricado
En las ramas de un tilo la cuna de sus chicos;
De escolares mañosos apareció un puñado
Haciendo bellacadas, gritando como micos.
Aperciben de paso la pequeña nidada
Y atacarla, inhumanos, fué obra de un instante:
Sin piedad cada uno le lanza su pedrada,
Y áun el más chicoco se muestra el más tunante.
Los pobres pajaritos lloraban sin consuelo,
Temiendo a cada instante caer muertos al suelo,
Y la infeliz curruca, dominada de espanto,
No sabía qué hacerse en tan atroz quebranto.
Veía a sus hijitos ya muertos, destrozados,
O a lo menos sufriendo por siempre esclavizados,
Esclavitud por cierto más dura que la muerte;
¡Oh, qué triste destino! qué desdichada suerte!
La gente que allá abajo cometía el ultraje
Era seguramente algún pueblo salvaje;
Qué hacer en tal peligro? ¡ay! el amor la inflama!
¡Qué no se hace en la vida por salvar a quien se ama!
Delante de los golpes la madre al punto vuela;
¡Morir por los pequeños ella tan solo anhela!
Espera que esas gentes de alma tan fementida
Han de saciar su rabia quitándole la vida;
Así que ante la vista de aquel pueblo malvado
Va y viene, da volidos a uno y otro lado;
Se eleva de repente, y de repente cae,
Y hace tanto que al cabo la palomilla atrae;
Esta corre tras ella y deja libre el nido;
En tanto la curruca más lejos ha huído
Y a la turba maligna la extravía y la cansa
Y nadie con sus tiros a la avecita alcanza.
El amor salvó el nido, salvó a la madre el cielo!
A sus hijitos vuelve ella con más anhelo;
Dios sabe el gozo inmenso con que la acojerían

Y qué cosas tan tiernas entre ellos se dirían!
Como todo ese tiempo nada habían comido
Dióles, y cada pollo se quedó así dormido.

LA CONCIENCIA.

El reloj de la aldea la media noche ha dado.
La luna señoreando en un cielo estrellado
Se contempla en el lago. Una lánguida brisa
Por el frondoso bosque a ratos se desliza;
Todo duerme, esceptuando un hombre azás mañoso
Que va a robar las papas al campo del vecino.
Su carretilla empuja con paso cauteloso
Por entre altos y bajos del obscuro camino.
La rueda a cada vuelta le grita en su lenguaje:
"Rí, rí, rí, rí, ¡ladron! serás cogido allí!"
Nó, nó, decía el hombre, y a su mismo pasaje
Los murciélagos gritan: "Cogido, sí, sí, sí!"
Llega, no obstante, al campo; llena su carretilla,
Mas de lo alto de un pino le grita una abubilla:
"Hú, hú, hú! yo te ví! ¡Hú, hú, hú, yo te ví!"
Cogióle el miedo al pillo, que escapó de carrera,
Y la rueda gritando más chillona y ligera
Le cantaba: "Rí, rí! serás ahorcado, sí!"
Llegó muy conmovido, mas sin otra aventura;
Y en tanto que ocultaba su nocturna captura
Oyó que un gato aullaba: "¡Miaú, miaú, miaú!
El ladron de las papas, el ladron eres tú!"
Durmió mal, y soñando con pacos y con armas
Despertó avergonzado de sus necias alarmas.
De repente oyó al gallo cantar: "¡Cocorocó!
"Este anoche al vecino las papas le robó!"
Gritó furioso: "¡Es cierto, bestia sucia y aviesa,
Robé, pero tu lengua tendré con tu cabeza!"

Escuchóle un vecino, que le contó en secreto
La cosa a su vecina, quien con tono discreto
A dos buenas comadres también se lo contó,
Y un buen amigo al paco después lo denunció.
Resúmen: que el *papero* al punto fué a parar
Donde las buenas gentes que *compran sin pagar*.
Mis amigos, yo creo ser de mucha excelencia
El que a todos nos hable la voz de la conciencia.

LOS DOS PINZONES.

Un pinzón pequeñito, en su jaula nacido,
Lo mejor que podía brindaba su consuelo
A otro pinzón ya viejo, que estaba allí afligido,
Por haber ¡oh desdicha! en el lazo caído,
Y ahora prisionero clamaba en vano al cielo.
"Os compadezco, padre, decía el pajarito,
Pero de tanta pena el motivo no veo;
¿Falta aquí alguna cosa? ¿no es todo aquí bonito?
¿No vemos que nos cumplen nuestro menor deseo?
Tenemos el buen mijo, y el agua en abundancia;
Por la mañana, azúcar; por la tarde, bizcocho;
La hija de la casa nos cuída con constancia,
Y yo con su cariño me estoy poniendo chocho.
Procurad de quererla lo mismo que nos quiere;
Cuando se ama, las penas llegan a ser livianas;
Estar temiendo males es lo que hace echar canas;
Yo sé que nuestra amita por nosotros se muere:
Cuando ella os hable, habladle también de buenas ganas.
Además esa niña tiene un canto tan suave
Que parece al oirla cual si gorjeara un ave:
Es como una hermanita en quien hay que confiar
Y a mí con gran cuidado me ha sabido enseñar;
Gracias a sus lecciones, y sin haber viajado,
No imaginais la ciencia que yo aquí me he pescado.

Os diré: desde el día que me crecieron alas
Me vino un gran deseo de remontar la altura,
De huir hácia esos bosques de esplendorosas galas
Que cobijan sin duda en sus sombrías salas
Millares de avecillas de mi misma figura.
A mi segunda madre le revelé mi anhelo,
Y ella con voz llorosa me respondió al instante:
"¡Ah! ¿entonces tú pretendes, mi pobre pequeñuelo,
Ir a hacer por los aires de caballero andante?"
"Yo siento, le repuse, dentro de mí algo grande
Que no anuncia por cierto un pinzón ordinario;
Quiero tentar fortuna donde nadie me mande;
Quiero correr los bosques y el monte solitario,
Patria de mis abuelos, donde el alma se expande!"
"Mi pobre pequeñuelo, me replicó mi amiga,
Quieres ir a meterte ¡ay! en tierra enemiga
Donde es cosa segura tendrás muy triste suerte.
¡No conoces los bosques! la paz allí no existe;
Allí el fuerte domina, y el débil no resiste;
Allí te espera, hijito, la más horrible muerte!"
Estas grandes palabras vencieron mi coraje,
Y he hecho, no sin pena, el voto de clausura;
Sí, me quedo en mi jaula, desisto de mi viaje;
Aquí cuento mi vida, por lo menos, segura,
Mientras que en nuestros bosques se vive solo a medias;
Allí un día cualquiera a uno le dan el bajo,
Y la raza pinzona padece más trajedias
Porque es débil y tiene verdugos a destajo.
A media noche, estando en las ramas dormido,
¡Zas! el chuncho que viene, y áun la comadreja;
Al levantarse el sol, ya el cazador temido
Para echarnos el guante un momento no ceja.
Si escapais de los lazos que os tiende el muy bellaco,
Con un escopetazo os logra echar al saco.
Y si por gran ventura huís de este enemigo,
El buitre, algo más lejos, os traga como un higo!
¡Siempre huyendo! a este precio, vivir no es una feria;
Pero el peligro es poco ante la gran miseria:

Unas veces sediento; otras muriendo de hambre;
Sin agua en los calores, en invierno sin grano;
Con el aire aterido sufriendo de calambre,
Pues que dice mi amita que el viento es muy malsano.
El clima se trastorna de un día al otro día;
El sábado uno se arde, y el domingo se enfría;
Decid si se me ha dado un informe inexacto,
Y decidme también aquí mismo, en el acto,
¿En dónde hay más ventaja para nuestra estadía?
¡Os quedais como mudo! Responded, señor mío."
«Hijo, responde el preso, con un aire sombrío,
Sé feliz, pues que puedes tú serlo, sí, en verdad,
Dentro de esta prisión que te ha visto nacer,
Y que a mí ¡desdichado! me verá perecer...
¡Hijo, yo he conocido lo que es la LIBERTAD!»

LA ESCUELA DE ALDEA.

¡Qué fría está la noche! De nieve hay un sudario;
La luna mi retrete de luz viene a inundar;
Blanquea con sus rayos mi lecho solitario;
Escucho la campana la media noche dar.
Al punto de la aldea, do mi memoria vuela,
Evoco al campanero, el pobre preceptor...
Y entonces ¡ay! me acuerdo de nuestra pobre escuela
En donde en el invierno, cuando el frío congela,
Llevábamos leñita con infantil amor.

Veo las puertas grises, los blancos murallones,
Y delante una reja vetusta y destrozada,
En el techo la escarcha se divisa a manchones,
Y la casa de vieja está toda agrietada.
Ya oigo la gritería que por el aire vuela,
Y vuelvo a ver un juego con que entraba en calor...

¡Ah! se era tan dichoso en nuestra pobre escuela
En donde en el invierno, cuando el frío congela,
Llevábamos leñita para hacer el fogón.

Me veo ya en el banco con las piernas colgadas
Gritando a voz en cuello la lección de lectura;
Todos gritan conmigo; estallan carcajadas...
Los chiquillos inventan una y otra diablura.
A veces el chicote el pellejo nos pela,
Cuande volvemos loco al pobre preceptor;
Pero se era dichoso en nuestra pobre escuela,
En donde en el invierno, cuando el frío congela,
Llevábamos leñita con infantil amor.

Mas al fin el bullicio el maestro lo silencia;
"Vamos, niños, a clase, cese la algarabía;
Y al empezar oremos con toda reverencia
Para que Dios bendiga la obra de este día."
Y el anciano maestro, que nuestro bien anhela,
Orando, nos dirige a todos al Señor;
Porque se era devoto en nuestra pobre escuela,
En donde en el invierno, cuando el frío congela,
Llevábamos leñita para hacer el fogón.

Peregrinos del mundo, cuando apenas en viaje,
Lejos sobre el camino intentamos mirar,
Perseguimos ¡ay tristes! engañoso miraje
Y la dicha dejamos atrás al comenzar.
Cuando el ayer que huye del día de hoy consuela
Y todo placer deja un fondo de dolor,
Me es muy dulce el recuerdo de aquella pobre escuela,
En donde en el invierno, cuando el frío congela,
Llevábamos leñita con infantil amor.

LA POBRE VIUDA ENFERMA.

"Ven cerca de tu madre, hijo querido:
Alcemos nuestras manos hácia el cielo;
El Señor oirá nuestro gemido,
Y a su tiempo ha de enviarnos el consuelo.

Yo nada tengo, hijito, para aliviar tu pena,
Para enjugar tu llanto y mostrarte mi amor:
¡Soy tan pobre y tan débil! La fiebre me encadena
Sobre este triste lecho de incesante dolor!

Los amigos que un día me mostraban ternura
De mi pobre cabaña se han olvidado ya;
¡Ay! el mundo es esquivo en tiempo de amargura
Y a los infortunados les niega su piedad!

Hijo mio, no llames a tu padre adorado;
Si él viniera tendrías un tesoro de amor;
Mas su alma está en el cielo; su cuerpo, sepultado;
Sí, hijo: tu buen padre por siempre nos dejó!

Mi techo de los vientos del norte no te ampara;
Pobre hijito, en mi seno te siento tiritar;
Siendo aún tan pequeño la suerte te depara
Orfandad y miseria por única heredad!

¿Qué digo? ¿I para esto tenemos nuestras vidas?
¿De los desamparados Dios no escucha el clamor?
¿Acaso El no puede curar nuestras heridas?
El Dios y Padre nuestro que tanto nos amó?

Ven cerca de tu madre, hijo querido:
Alcemos nuestras manos hácia el cielo;
El Señor oirá nuestro gemido,
Y a su tiempo ha de enviarnos el consuelo.

Sí, Tú serás de mi hijo el guía y la defensa;
Dos títulos muy santos él tiene para Tí:
Su niñez, su desgracia; tu caridad inmensa
Cubrirá con sus alas su oscuro porvenir.

Sí, como Tú derramas el precioso rocío
Sobre la flor que inclina sus pétalos al sol,
Sobre el alma de mi hijo derramarás, Dios mio,
Las aguas siempre vivas de tu inefable amor!

Pero ya más no esperes: pálida y agostada
Su cabeza se inclina al peso del sufrir;
¡Oh, ven, Señor! es tiempo que tu mano sagrada
Al huérfano que implora lo libre de morir!

Restáurale, Dios bueno, la vida y la ventura
Que en su primera infancia le era dado esperar;
Tú le has creado, oh Padre, él es tu criatura;
En este triste mundo solo a Tí tiene ya.

Ven cerca de tu madre, hijo querido:
Alcemos nuestras manos hácia el cielo;
El Señor oirá nuestro gemido,
Y a su tiempo ha de enviarnos el consuelo.»

Así hablaba la viuda, y con la faz llorosa
Aún solicitaba la celestial bondad,
Cuando bajo los rasgos de una jóven hermosa
Acudía en su auxilio la humilde Caridad.

Ella el rincón conoce donde el dolor se agita,
Y al retiro olvidado sus flores va a sembrar;
Cerca de ella se sienta la Esperanza bendita,
Las lágrimas del pobre feliz al enjugar.

«No temas, le decía la doncella cristiana,
Dios la caña tan frágil aún no quiere quebrar;
Para que te sostenga, El te ha enviado una hermana;
La mitad de tu fardo te ayudaré a llevar.»

La viuda, enternecida con tan dulces razones,
Señalaba a su hijito de rodillas allí;
Después dijo: Dios mio, tus santas bendiciones
Nos envías por tu ángel, que ha descendido aquí.

Ven cerca de tu madre, hijo querido,
Y bendigamos al Señor del cielo,
Porque nuestra plegaria ha respondido
Enviándonos a tiempo su consuelo.

HUERFANITA.

Si yo fuera la cabrita
Que tocando un cascabel
Pasa muy de mañanita
Cuando estoy en mi quehacer,
¡Cómo me fuera
A corretear
Por la pradera
Y el matorral!

Me acuerdo de una montaña
Donde yo feliz vivía
En mi querida cabaña,
Con aire y sol todo el día.
¡Oh, si pudiera
Hoy corretear
Por la pradera
Y el matorral!

Al pié de este murallón
Del sol solo da un reflejo,
Y como en una prisión
Trabajo duro y parejo.
¡Oh, si pudiera
Hoy corretear

Por la pradera
Y el matorral!

Un ave aquí me consuela
En este patio sombrío;
¡Cuando por el aire vuela
Se ensancha el corazón mío!
¡Oh, si pudiera
Hoy corretear
Por la pradera
Y el matorral!

Hace tres años, solita,
En este negro rincón,
Vive aquí la huerfanita...
¡Para ella no hay compasión!
¡Oh, si pudiera
Hoy corretear
Por la pradera
Y el matorral!

Como la blanca cabrita
Brincaría por los prados
Donde canta la avecita,
Donde mujen los ganados.
¡Oh, si pudiera
Hoy corretear
Por la pradera
Y el matorral!

Mas no quiere mi señora
Ni que me asome a la puerta...
¡Cuándo llegará la hora
De ver mi cárcel abierta!

¡Oh, si pudiera
Hoy corretear
Por la pradera
Y el matorral!

EL CORDERO SUBLEVADO.

"¿Con que queréis burlaros todavía de mí
Teniéndome por siempre en torpe sujeción,
Como un chiquillo... ¡vaya! yo no me quedo así,
Porque aunque corderillo tengo el alma de león."
Así hablaba el lanudo, que era casi un lechón
"Yo soy un hombre, os digo; no admito mayorales
Que vengan a decirme: Camina por aquí,
Come esto, bebe aquello, éntrate a los corrales;
Nó, ya esos buenos tiempos pasaron para mí.
Mirad ese ovejero con su grueso garrote;
Se pasea fachoso tal como un rey de teatro:
¿Sabe algo más que yo? ¡No es más que un pobre zote!
¿Tiene dos piés? Es cierto; pero yo tengo cuatro!
Pero lo peor de todo es el maldito perro
Que me joroba: en todo su nariz entromete;
Es él quien nos conduce cortitos al encierro
Y con todos nosotros hace de matasiete.
¿Qué tienen que meterse con nosotros? ¡Intrusos!
¡Esta vida no aguanto, ¡no soporto estos usos!
Se debe dejar libres a las gentes sensatas;
Yo un día de estos huyo de tales pataratas!"
En efecto, muy de alba, un buen día de otoño,
Del redil el chicuelo sabe esquivar el moño,
Y sin darle a ninguno indicio de su huída
Por la senda del bosque se busca la salida.
Hé aquí al sublevado ya dueño del terreno,
Ramoneando, brincando y corriendo que es bueno!
"¡Viva! Ya soy mi dueño! y si atrapado fuera
Esta cena que gusto sería la postrera!
Silba, pastor, y ladra, tú, vil perro marucho,
¡Me burlo de vosotros! Aquí ya no os escucho!"
Hablaba todavía cuando aparece el Lobo,
Le echa la garra y huye con él dando un corcovo!

LA LIEBRE Y LA TORTUGA.

«¡Vieja carreta, aprende de la gente
A andar de una manera más decente!»
Así la liebre a la tortuga dijo
Al verla aparecer en su escondrijo.
«Te apuesto que a la punta de aquel cerro
Yo llego antes que tú desde mi encierro.»
«¡Bah! comadre, estás loca, bien lo infiero,»
Repuso al punto el animal ligero.
«Loca o nó, te repito lo que digo,
Y sí no tienes miedo, ven conmigo.»
Dicho y hecho: la apuesta quedó armada,
Y la plata muy bien depositada.
Para la liebre aquello era una broma,
Así que en serio el caso ella no toma.
En cuatro brincos treparía el cerro,
Como cuando va huyendo de algún perro.
Podía, pues, echarse a ramonear
Y aún tenía tiempo de sestear.
Así dejó marchar, por darse facha,
A la tortuga con su pata lacha.
Ésta parte, se esfuerza, se apresura
Con lentitud, aunque la marcha es dura.
La liebre menosprecia tal victoria;
Ganar a la tortuga: ¡triste gloria!
Cree que en este caso va su honor
En partir tarde, y huelga a su sabor;
Se ocupa de una y otra friolera
Menos de hacer a tiempo su carrera.
Por fin cuando ya vió que la achatada
Tocaba casi el fin de la jornada,
Partió como una flecha cerro arriba
Echando tragullones de saliva.
Pero ¡oh desdicha! en una enorme grieta,
Al saltar, dislocóse una paleta,
Y al llegar a la cima hecha una arruga

Allí estaba ya vieja la tortuga!
«¿Qué hay, comadre? gritóle ésta muy tiesa:
¿Para qué le ha servido su viveza?
¡Yo vencer! ¿Y qué haría en su cachaza
Si en el lomo llevara usted su casa?»
Nada sirve correr; partir a punto
Es lo que da ventaja en todo asunto.

EL HUMO Y LA LLAMA.

El negro Humo así le hablaba a la llama cierto día:
"Yo deseo que me digas por qué causa, madre mía,
Siendo tu hijo, yo me muestro siempre negro, siempre oscuro,
Y tú siempre das un brillo el más límpido y más puro.
"Este caso, hijo, no es nuevo, y en tí mismo se evidencia,
Le responde Doña Llama; y yo tengo la experiencia
Que de veras nadie brilla sino con su propio lustre,
Y a los hijos no les basta descender de un padre ilustre.

EL ADULÓN.

Dando brincos de contento, un niñito se comía
Un gran pan con mantequilla, que chiquito se le hacía.
Atraído por el tufo, se presenta cierto gato,
Y roncando se restrega en el niño el lomo un rato.
«¡Oh, cuchito, cuán hermoso!... El chicuelo está encantado
Y le da algunos pedazos, porque de él se cree amado;
Pero en cuanto el adulón ya consigue su deseo
Se retira y trepa al techo, dando un rápido coleo.
«¡Ayayay! dice el chicuelo, consternado: es maravilla!
«No era a mí a quien tú seguías, era al pan con mantequilla!»

LECCIÓN.

Dos niños y una niña, al despuntar el día,
Deslizábanse dentro de un magnífico huerto;
Los chicos intentaban alguna picardía
Porque el mayor, un rubio cuyo nombre es Roberto,
Arrastraba, pujando, una enorme escalera,
Y su hermanita Atala lleva una pajarera.
Marchando cautelosos, parecían temer
De un severo testigo la presencia indiscreta,
Así que a cada instante se les podía ver
Mirando a todos lados en actitud inquieta.

Los mayores, jemelos, con diez años pasados,
Y el menor, Augustito, con siete años apenas,
Eran hijos de ricos, no sabían de penas,
Chiquillos regalones, y en todo regalados;
Pero debo decirlo a fuer de verdadero:
El mentado Roberto y la mentada Atala,
Sin tener declarada una tendencia mala
No eran buenos de veras como el chiquito Augusto
Que a sus padres en todo sabía darles gusto.

La mañana del día en que con paso incierto
Marchaban a hurtadillas por el fondo del huerto,
Es que van convenidos a intentar la captura
De un nido de zorzales que por mucha ventura
En lo alto de una encina divisara Roberto.

Augusto les decía, afligido: "Hermanitos,
No seais así perversos con esos pajaritos;
La mamá ya otras veces os ha echado sermones
Por tener con las aves muy malas intenciones."
Pero los dos mayores tenían complacencia
En hacer lo prohibido, con su mala conciencia.
Solamente accedieron, por los ruegos de Augusto,
A olvidar su costumbre: no atormentar por gusto

A la madre y sus hijos, sino una vez cazados,
Dentro de la gran jaula dejarlos encerrados.

Cuando al tronco del árbol hubieron afirmado
La escalera que apenas habían levantado,
Atala preguntó cuál de los dos chiquillos
Iría a apoderarse de aquellos pajarillos.
"Yo, pues, dijo Roberto; porque el peneca Augusto
Está que ya no cabe en el cuerpo de susto,
Como que es un cobarde, que de una mosca al vuelo,
Se cae desmayado redondito en el suelo."
Diciendo esto, Roberto trepa por la escalera,
Que le sujeta abajo su débil compañera;
Mas cuando hubo llegado a la parte más alta
Ve que aún mucho trecho para llegar le falta
Al nido que ambiciona; y aquel hombre tan guapo,
Que a su hermano tratara como un a un vil gusarapo,
Sintió por las canillas venirle un tiritón
Que le hacía cosquillas de la nuca al talón.
"¡Baja!¡baja!" le grita, algo asustada, Atala;
"Renunciemos al nido, pues no alcanza la escala."
"¡Nó! responde Roberto; no se dirá jamás
Que un niño de diez años como yo vuelva atrás
Ante cosa tan poca, poseído de espanto;
Caería en ridículo; y esto yo no lo aguanto!"
Y hablando así, levanta la cabeza orgulloso,
Pues él no se resigna a quedar de miedoso;
Y aunque el corazón le hace ¡tún! ¡tún! sube atrevido
Hácia el gancho do se halla el codiciado nido;
El cual bajo la brisa moviéndose parece
Una cuna de niño a quien su madre mece.
Pero en el mismo punto en que más se esforzaba
Y al verse ya triunfante su audacia redoblaba,
La rama que lo carga, como un palo podrido,
Se dobla y ¡zas! se quiebra con un siniestro ruido.
Poseído de espanto, Roberto lanza gritos,
Qeu ponen en alarma hasta a los pajaritos,

Y aunqne intenta cogerse al tronco de la encina
Cae al suelo rodando, y casi se hace harina!

El huerto estaba lejos de la casa; no obstante,
La madre de Roberto percibió en el instante
De su hijo muy amado el clamor angustioso;
No duerme de una madre el cuidado amoroso;
Si a sus hijos ocurre un caso desgraciado
No es más pronto el relámpago que su tierno cuidado.
No bien Roberto exánime yacía por el suelo
Su madre estaba al lado con infinito anhelo,
Y en sus brazos amantes cogiendo al pobre herido
Hácia el hogar volaba, llorándolo perdido!

El pobre muchachito sacó un brazo hecho astillas,
Herida la cabeza, quebradas las costillas;
Ocho días pasólos ¡ay! casi agonizando,
Y por un mes la muerte estúvolo acechando.
Escapó al fin de cuentas, mas nuestro fanfarrón
Se acordó largo tiempo de tan ruda lección,
De que sacó provecho también su hermana Atala;
Como se ve, la cosa no fué nadita mala!
A datar de ese día, muy compasivo y suave,
Roberto no destruye ni un insecto, ni un ave,
Y ya de veras bueno de todo corazón,
Es un niño modelo de aquella población.

LA VID Y EL VIÑATERO.

La Vid daba sus quejas un día al Viñatero
Porque éste le podaba sarmientos con esmero
Cuyo ramaje espeso e inútil ramazón
Consumían en vano su fuerza y nutrición.
"¡Ay! ¿por qué, le decía, vos me cargáis la mano
Con un rigor injusto, y hasta diré inhumano?

Yo sé que mostráis celo por mi bien cada dia;
Vuestro sudor nos riega a todas a porfía;
Me amáis, y sin embargo, me hacéis derramar llanto;
¿Pero que amor es éste, que así me aflige tanto?"
"No penetráis ni pizca mi intento verdadero,"
Al punto respondióle el sabio Viñatero.
"Vos creéis que esos golpes provienen de mi enojo
Y que hasta cruel me muestro si a veces os despojo;
¡Ah! conocer debiérais mi prudente cuidado:
En el mal que os parece yo os haya originado
Vuestro interés tan solo mis manos ha guiado.
Si yo no chapodara ese inútil ramaje
Os trocaríais pronto en estéril boscaje,
En tanto que si os hago derramar algún lloro
Os torno productiva—del vergel un tesoro,
Que para el bien del hombre vale áun más que el oro."
A vosotros, oh niños, mi cuento he dedicado:
Conoced que os retrata el amante cuidado
De aquellos que os dirigen, padres o superiores.
Si os hacen a las veces sentir ciertos rigores
No es que para vosotros carezcan de ternura:
¡Es que quieren haceros de vida noble y pura!

EL RINCÓN DEL ABUELO.

Oh! rincón del dulce hogar, te contemplo con ternura;
Es allí donde a mi abuelo le gustaba descansar;
Reclinado en su butaca se absorbía en la lectura,
Y en la noche dulcemente se entregaba a dormitar.

Me parece que le veo: bello anciano coronado
De cabellos blanquecinos por los años y el dolor,
Se inclinaba hácia adelante, pensativo y concentrado;
Era grave su figura y serena su expresión.

Su alma noble estaba abierta para todos a su lado;
Cada cual leer podía en sus ojos la bondad;
Cada vez que sonreía parecía haber brillado
Entre todos sus queridos como un rayo celestial.

Para mí ¡cuán bueno era! En llegando el cruel invierno
Con sus nieves y sus lluvias, ya no había más jardín,
Y yo entonces en su pieza en un juego sempiterno,
De este mundo era el chicuelo más amado y más y feliz.

No podéis imaginaros el desórden y alboroto
Que formaba sobre el piso cuando hacía desfilar
Mis ejércitos de plomo; ¡si era aquello un terremoto
Cuando estaban los soldados todos listos a pelear!

—¡Abuelito! mira! mira! que ya va a empezar la guerra!
Sonreía; y yo con furia les tocaba mi clarín;
—¡Al combate!—Y ¡zas! de un golpe todo el mundo estaba en tierra,
Machucados y deshechos por mi furia de arlequín.

Cuando estaba ya cansado de jugar:—Vaya una historia.
Abuelito!—y en sus piernas me sentaba yo a escuchar;
El buscaba y rebuscaba en su ya vieja memoria
Y besándome en la frente comenzaba a recitar.

Eran pálidos recuerdos de su infancia tan lejana,
O algún cuento de otro tiempo de misterio y de pavor;
Fascinado yo escuchaba esa historia más que humana
Con mi oído y con mi alma suspendidos de su voz.

Con frecuencia su gran Biblia él cogía en la velada;
—Viejo amigo de los viejos, me decía con amor,—
Y al momento que empezaba su lectura tan preciada
Su mirada se animaba de un celeste resplandor.

Ambas manos reunidas, y su rostro reverente,
Reflejando de su alma la ternura y la piedad,
Al volver las santas páginas era cosa muy frecuente
Que una lágrima viniera sus mejillas a inundar.

Así Dios le envió el llamado, absorvido en la lectura;
Una noche yo lo quise de su sueño despertar;
No existía: ya la muerte en un sueño de ventura
Lo tenía recostado con su amigo sin igual.

Hoy su asiento está vacío; ya jamás mi noble abuelo
Volverá al amor del fuego a sentarse en su rincón;
Mas su sitio aquí en la tierra nada es ante el del cielo
¡El dejó este pobre mundo para ir donde su Dios!

LA IGLESIA DE ALDEA.

Desde que no contemplo tu cielo, oh patria amada,
Cuán rápido mi tiempo he visto transcurrir;
Diez años han pasado, y en mi vida angustiada
Siempre tu imágen bella me viene a sonreir.

Cuando de la esperanza la luz ya no flamea,
Cuando solo la nada responde a mi dolor,
Entonces yo recuerdo la iglesia de mi aldea
Donde íbamos de niños a orar a nuestro Dios.

Bajo los grandes olmos, corriendo las praderas,
Las horas transcurrían en un placer sin fin;
Aún no nos forjábamos engañosas quimeras;
Tan solo en la inocencia sabíamos vivir.

Fuera del hogar santo, donde el amor palpita,
Nunca íbamos buscando un mundo engañador:
El nuestro terminaba dentro de la iglesita
Donde íbamos de niños a orar a nuestro Dios.

¡La gloria! esa palabra tiene brillo y encanto,
Y seduce a las almas con fuerza sin igual;
Pero cuántos pesares, y tormentos y llanto
Reporta al imprudente que se deja engañar.

En el festín suntuoso a que la gloria invita
¡Cuán pocos ¡oh amargura! los escogidos son!
Pero todos tenían lugar en la iglesita
Donde íbamos de niños a orar a nuestro Dios.

En los regios salones, en donde la riqueza
Exhibe cada día su orgullo y potestad,
He visto cortesanos, por la menor largueza,
Vender ante sus plantas honor y dignidad.

Allí en esos palacios do reina el fingimiento,
He visto al oro impío rendir adoración;
¡Y el Cristo nos mostraba pobreza y sufrimiento
En la iglesia donde íbamos a orar a nuestro Dios!

¡Diez años! ¡ya diez años! en este largo viaje
Hácia un mundo insensato arrastrado ¡ay de mí!
Tomar yo me dejado en su ardiente miraje,
¡Señor! y cuántas veces también os ofendí!

¡Perdonadme!... y que un día vuestra mano bendita
Me conduzca a esa aldea donde hay fé y hay amor,
Para que aún yo pueda volver a la iglesita
Donde íbamos de niños a orar a nuestro Dios!

LAS AVES.

Orquesta del Altísimo, bardos de su alabanza
Que cantan en estío sus himnos de loor;
Que recorren los aires con alas de esperanza
Como ángeles venidos del trono del Señor;

Mientras duran las flores, mientras la rubia espiga
Deja caer un grano sobre el surco feraz;
Mientras que el duro invierno aún no las hostiga,
Ni les destruye el nido con su hielo tenaz,

Ellas llenan el cielo de música y de gozo;
La jóven las regala en su hermosa prisión;
Las acaricia el niño con cándido alborozo;
El anciano las nutre dentro de su mansión.

Pero cuando ya viene la nieve y la inclemencia
Y no hay hojas ni frutas, ¿adónde volarán?
¿Cesaron sus amores? ¿cesó ya su existencia?
¡Quién sabe a qué destierro las pobrecillas van!

Se encuentra al pié del árbol una pluma manchada
Como una hoja muerta que cayó de la flor,
Que dejó amarillenta con su beso la helada
Y que no tiene ¡ay! perfume ni color.

Se ve colgar del árbol un nido solitario
Cuyos negros despojos sacude el huracán;
Pobre casa de duelo, triste altar funerario
Donde las avecillas cantaban con afán.

¡Oh! mis aves canoras, felices por un día,
¿La vida es pues un lazo en el que os coge Dios?
¡Ay! es como la nuestra; y estamos todavía
Cantando, hasta que el vuelo tendamos de El en pos.

EL PERRO.

Al lado del rebaño va el perro vigilante,
Soberbio y cariñoso, arrojado y constante.
Formado para guiarle y ser su protector
Es de aquella manada verdadero pastor.
Fué hecho para el hombre, y en el rústico estrado
De los reyes pastores fué el principal criado.
Llegado a ser salvaje, en el bosque es bravío,
Mas siempre se somete del hombre al poderío;
Por un instinto innato, que no se desvanece,
La raza de su amigo reconocer parece.

Nunca el pobre se muestra resentido conmigo;
Viene a lamer mi mano después que lo castigo;
Me mira fijamente con su ojo lacrimoso
Y parece implorarme que sea cariñoso.
Lo mando, viene a mí; lo amenazo, se escapa;
Lo llamo y vuelve; un signo, y me sigue a lazapa;
Me alejo, ¡cómo aulla! ya vuelvo, ¡qué alegría!
Cazador abnegado, su presa siempre es mía.
Severo en la alquería; en la ciudad humano,
Cuida al pobre, y al ciego conduce por la mano.
Y a mí, del Helicón infeliz Belisario,
Quizá un día sus ojos me guiarán al osario!
¿Hay huésped más seguro, más generoso amigo?
Un rico comprar quiso el perro de un mendigo;
Esta oferta le aflige: "En mi fatal destino
¿Quién me amará, repuso, si pierdo mi canino?
No hay tregua a sus cuidados, y su vida es la mía:
Me guarda por la noche, me acompaña en el día."
En medio de una turba pudo él reconocer
Al matador de su amo, a quien logró coger.
Cuando llega el momento en que su amo sucumba
A veces él se obstina en morir en su tumba.
En fin, el gran Buffon ha narrado su historia;
Homero le ha cantado, nada falta a su gloria;
Y cuando vuelve Ulises de su largo destierro
Y haciéndole caricias cae muerto su perro,
Olvidando a Penélope, a Eumea, a Ulises mismo,
Vemos en él al héroe del más grande heroismo.

MI BUEN CABALLO TORDILLO.

Caballito tan manso y tan prudente,
Tú que cargabas en tu fuerte lomo
A todos mis chiquitos en un tomo,
Con un aspecto plácido y sonriente;

En tanto que yo a pié por el sendero
Cuidaba a los felices con esmero:
Mi tordillo tan vivo y diligente,
Mereces que tu historia aquí se cuente.

En nuestros dulces días ya pasados,
Muy lejos, sí, muy lejos por los prados,
En las alti-planicies verdegueantes,
¡Qué de horas con delicia transcurridas
Respirando los aires embriagantes!
¡Qué de jornadas siempre repetidas
Merced a esas tus piernas tan fornidas!

Cuando echaban un trote en la llanura
Los cuatro pequeñitos valerosos
Aferrados muy bien de la montura,
No se mostraban flojos ni miedosos;
Aquel que sólo en tierra se quedaba
De tu crín a dos manos se colgaba
En los caminos duros y escabrosos.

Cuando tú ya pensabas descansar
Sobre un césped muy verde y reluciente
En donde ellos se echaban a jugar
A la sombra, y al borde de la fuente,
El mayor, que quería por sí solo
Por el llano a su antojo galopar,
Se trepaba a tu lomo complaciente
Y te azotaha con audacia y dolo;
O bien por el espacio de una hora,
Cantando y riendo a lo que da el resuello,
Esa nidada loca, aburridora,
Ya fuera por detrás o por delante,—
Mi nuevo asendereado Rocinante,—
Trepaba de tus patas a tu cuello.

Pero también qué manos apuradas
Al regresar, espléndido tordillo,
Te traían la avena por brazadas,

Y azúcar y pan negro por tajadas
Te ofrecía además cada chiquillo.

¡Oh! cuánto el buen tordillo soportaba
A todos esos locos escolares,
Sin que nunca un mordizco, una patada
Perturbara sus juegos familiares
Al gran galope sobre la verdura,
Al pasito al través de la espesura,
Pues él se manejaba con esmero
Según la edad de cada caballero.

Nunca te dabas por notificado
De sus brincos, y gritos, y estrellones;
Te mostrabas paciente y resignado,
Y hasta puedo decir, regocijado,
De las diabluras de esos camastrones;
Y comprendías la inquietud profunda.
De un padre en medio de esa barahunda.

Y él, el muy distraído, sí, el poeta,
Ginete... el principal de los chambones,
Cuántas veces con rienda no sujeta,
Tu instinto le salvó de revolcones;
Cuando hácia arriba alzando la cabeza,
Sin mirar los lugares peligrosos
(La poesía tanto lo embelesa)
Iba sobre tu lomo hácia los fosos
No sospechando un pito su torpeza.

Las noches en que cuento yo tu historia
Con gran trabajo (digo lo que es cierto)
El reprimir las lágrimas acierto.
Tordillo, tu mereces la victoria
Sobre esos vanos potros corredores;
Si yo pudiera discernir la gloria,
Mi viejo amigo, tú entre los mejores,
¡Cómo eternizaría tu memoria!

LA NOVEDAD.

En la región do reina la Locura
Un día apareció la Novedad,
Y al momento juntóse la ciudad
Y cada cual decía: «¡Qué lindura!»

«Señora Novedad, sed bienvenida;
«Quédese con nosotros Vuestra Alteza;
«Más que el talento y más que la belleza
«Aquí os encontraréis siempre querida.»

A todos esos locos la señora
Respondió: «Caballeros, lo consiento;
«Pero debéis cumplir lo que yo intento:
«Venid mañana aquí a la misma hora.»

La diosa al otro día ver se deja
Tan brillante cual vino a su llegada;
Mas el primero que le echó una ojeada
Gritó al momento con horror: «¡Qué vieja!»

¡SI LAS BESTIAS PUDIERAN HABLAR!

Sin agraviar ni por un momento
Al sér humano, que es Rey del mundo,
En La Fontaine, genio profundo,
Muestran las bestias mucho talento.
De altos conceptos somos avaros,
Y sea dicho sin desbarrar,
Quizás serían, sí, menos raros
Si las bestias pudieran hablar!

Aunque el cochero nos forme un *boche*
Y el tiempo sea de lo mejor,
Nos subiremos seis en un coche
Que arrastran *chuzos* que dan horror.
De esos inválidos mancarrones
Que a duras penas pueden trotar
Escucharíamos ¡qué expresiones!
Si las bestias pudieran hablar.

Palo y más palo el carretonero
En la cabeza al bruto da
Porque no puede con un rimero
Que una montaña parece ya.
En tanto el huaso con la picana
Al pobre bruto hace bramar;
¡Es que lo ha herido hasta la pana....
¡Si las bestias pudieran hablar!

Cerca del ciego más miserable
Hallaréis siempre un pobre cán,
El compañero inseparable
De aquellos ¡ay! que no tienen pan.
Por aquel hombre tan indigente
Sus ojos veo yo suplicar;
Su voz sería ¡cuán elocuente,
Si las bestias pudieran hablar!

Por el instinto guiado el bruto
Lo sigue siempre con sumisión:
Él no es beodo ni disoluto;
Muy bien que cumple con su misión.
Y en el silencio de su mutismo
Al Rey del mundo sabe enseñar....
¿Sabrá él algo de Cristianismo?
¡Si las bestias pudieran hablar!

Me acerco a un grupo de caballeros,
Jóvenes todos de mucha pró,

Y a su conversa, de grandes fueros,
Atento oído le presto yo.
¡Cielos!.... ¿Qué es esto? ¡Me da un vahido!
¡Yo me escabullo!.... ¡Quién va a aguantar!
Ni áun a las bestias esto he oído....
¡Si las bestias pudieran hablar!

Tras esta copla, pronto, que muera
Antes de hacer otro verso yo;
No doy más hilo, aunque quisiera:
¡La carretilla se me acabó!
El confesarlo no me es molestia;
Cuando no hay nada ya que expresar
Uno hablaría como una bestia....
¡Si las bestias pudieran hablar!

EL NIÑO REPRENDIDO.

—Te he reprendido... muy fuerte!
Y me siento preocupado,
Hijito mío, de verte
Con huellas de haber llorado.

Yo me irrité con presteza
De tu no pensada acción;
Fué olvido, fué ligereza:
No entró allí tu corazón.

Sin duda se me escapó
Alguna palabra dura...
¡Ay! más que tú sufro yo,
Hijito, con tu amargura.

Sí, me cuesta ser severo...
Trata, pues, de no olvidar

Este mi intenso pesar
Cuando castigarte quiero.

Guarda este hecho tan penoso
En tu corazón amante;
Serás siempre hijo amoroso
Si piensas en este instante.

¡Oh! esta es la vez postrera
En que haces mal y te riño...
Tu cabecita altanera
Ya levantas con cariño;

Ya te lanzas a mis brazos...
¡Ven, ven! que acabe el dolor
Y que nos unan los lazos
Del deber y del amor.

LA MADRE AL DAR UN RELOJ Á SU HIJO.

Hijo mio, tu dicha es hoy cumplida:
Diez años tienes y un reloj precioso:
Ahora puedes de la humana vida
Calcular bien el paso presuroso.

Diez años han pasado, y ya tu infancia
Por siempre ¡ay! se va a alejar de tí;
De bienes has gozado en abundancia,
De juegos y alegrías junto a mí.

Tú aún no has conocido el sufrimiento,
Ni has medido las horas de tus días;
¡No siempre hay un reloj firme y atento
Para contar dolores o alegrías!

De hoy más tú vas a ir por este mundo
Con tu reloj en mano, lo imagino;

No necesitas de mi amor profundo:
¡La aguja va a marcarte tu camino!

Que este reloj sea tu sabio guía,
Y consejos te dé en toda ocasión;
Que eche de tí toda pereza impía
Y dé la hora hasta en tu corazón!

La hora de la partida, del estudio;
La hora más dulce, sí, de regresar,
Porque de algo muy bueno es el preludio:
Del amor y del goce en el hogar!

Que cada una de ellas ocupada
Por la amistad, la dicha y el deber
Te lleve al término de tu jornada
Cual bello día va a su anochecer.

EL DOMINGO DE ALDEA.

Es él, nuestro Domingo—hermoso día;
Y con el mes de Octubre ya naciente
Los duraznos florecen a porfía
Y el cielo es de un azul resplandeciente.

Las flores del jardín ¡qué primorosas!
Uno creería ver el paraíso;
La violeta conversa con las rosas;
El jazmin, con un cedro muy maciso.

Del nido al borde, en voces argentinas,
El zorzal canta bajo el sol naciente,
Y saluda a las tiernas golondrinas
Que vuelven a bandadas del Oriente.

En su bello vestido dominguero
El jilguerito vuela con donaire;
¡Si parece el más noble caballero
Lanzando repiquetes en el aire!

El trae a las familias—esto es fama—
Sus variados y lindos regalitos:
Cintas para las niñas que tanto ama,
Y para los chicuelos, pastelitos.

Sin cesar canta y ríe en los tejados,
Destapa en la bodega el buen vinillo,
Y flautas y violines afinados
En la noche se saca del bolsillo.

Mirad cuán apacible es el reposo
En toda la aldeita en este día:
El molino ha quedado silencioso
Y la fragua cesó en su algarabía.

Los bueyes rumian en la pesebrera,
Libres del yugo y de la cruel picana,
Y duermen bajo techo al lado afuera
El arado y la azada, que es su hermana.

Todo el mundo parece estar a gusto;
Se abordan con un aire complacido:
"¿Cómo le va a tu padre, amigo Justo?"
"Y Josesito ¿cómo ha amanecido?"

"Vecino, *pa* la viña, el tiempo es rico."
"Y muy rico también para el granero,"
"Hoy no trabaja aquí grande ni chico."
"Nadie, pues... a excepción del tabernero."

MI FOGÓN.

De mi fogón yo soy el gran monarca;
Los morillos limitan mis Estados;
Yo tan solo dirijo aquesta barca:
¿Hay otros semejantes potentados?

Sin albergar ninguna ambición vana,
Soy como el de Ivetot, rey de embeleco:
Esta es toda mi tierra soberana,
Que es del doble tamaño de mi zueco!

Yo por ministros tengo las tenazas,
Una pequeña pala, un soplador;
Y tengo un regimiento de mil plazas:
Los fósforos, con gorros de color.

Las chispas son mis únicos correos,
Y su impulso no puedo contener...
¡Qué rápidos despachan sus chispeos...
Para en el mismo instante perecer!

Mi océano es tan solo mi tetera,
Que con el temporal hervir se vé,
Y en sus ondas navega toda entera
Mi flota... de hojas de oloroso té!

Mi horca es nada más que la cadena
Que sus dientes señala amenazante;
Pero allí a nadie cuelgo por condena...
¡Solo a mi olla sabrosa y abundante!

El leño que se tuerce en el fogón,
Lánguidas melodías canturrea
Con su lengua de gas en combustión,
Que allí dentro ágilmente se menea.

Es mi ópera. No hay el gran encanto
De voces más o ménos entonadas;
Pero no importa, a mí me gusta tanto
Cual la voz de las Pattis afamadas.

Alejandro, el intrépido guerrero,
Hizo añicos muchísimas naciones;
Rey manso y muy benigno, yo prefiero
Hacer polvo tan solo mis tizones!

LAS CEREZAS.

El que se asoma dentro del Mercado
En Diciembre, recibe sus sorpresas:
Ayer ví como niño, entusiasmado,
Las primeras cerezas.

Rojas, brillantes, dulces y carnudas
En su lecho de hojitas primorosas,
Me tientan las guinditas tan menudas
Junto con las frutillas olorosas.

Desde esta tarde todos los infantes
De boquitas tan puras y bermejas,
Después de su comida irán triunfantes
Los aritos llevando en sus orejas.

Más tarde, despojando los guindales,
Y con el jugo las caritas rojas,
Andarán, imitando a los zorzales,
Come que come entre las verdes hojas.

Mas se me oprime el corazón de pena
¡Ay! porque pienso en mi lejana infancia,

Edad preciosa, de alegría llena,
Do la inocencia exhala su fragancia.

Mi madre en aquel tiempo me abrazaba
(¡Amor bendito, lleno de promesas!)
Y orgulloso muy pronto yo compraba
Un palito de a cobre que ostentaba
Las primeras cerezas!

EL PALOMO BLANCO.

¡Ah! mi palomo blanco reluciente!
¿Portaros vos podéis de esta manera?
Os digo que esto no es cosa de gente;
Merecéis que yo os eche puerta afuera.

Pataleando en el lodo habéis andado
Y hurgando con el pico la basura,
Sin respetar ni pizca la blancura
De vuestras alas de ángel emplumado.

Vuestra cola está tiesa con la greda;
De sucio parecéis un estropajo;
¡Y ahora en mi presencia hacéis la rueda!
¡Esto sí que se llama desparpajo!

Vos que voláis alígero a la altura
En medio del espacio azul sereno,
¿Cómo podéis andar en agua impura,
Y hasta aún revolcaros en el cieno?

Venid, venid aquí, a ver si os lavo,
Y comprended de nuevo mi bondad:
Mereceríais ser un vil esclavo
Y yo os devuelvo vuestra libertad!

¡SI YO FUERA UNA AVECITA!

Era el día más hermoso de los días del verano,
Con un sol resplandeciente, con un cielo de zafir;
La Natura, enriquecida por el Dueño Soberano,
Deshojando su corona nos brindaba dones mil.

Una madre trabajaba asomada a la ventana;
Agraciado era su rostro y muy dulce su expresión;
Y su hijita, silenciosa y sumisa (aunque sin gana)
A su lado sentadita aprendía una lección.

Levantando algunas veces su carita sonrosada
Sonreía al sol radiante, al espléndido pensil;
Y escuchando de las aves la canción alborozada,
Observaba el horizonte, que irradiaba luces mil.

La mamá en esos momentos (madre buena y generosa
En lugar de reprenderla, afectaba nada ver,
O con una palabrita, a su amada perezosa
La volvía suavemente al sentido del deber.

Era tierna su palabra y vestida de indulgencia:
"Mi María, vamos, veo que no atinas a estudiar;
Tu librito desgarrado muestra bien tu negligencia;
¿Qué de bello hay allá lejos que te logra fascinar?"

Una vez más invitaba a la hermosa soñadora
A tomar algún empeño, aplicándose a leer,
Cuando exclama la niñita: "¡Ah, qué vida aburridora!
Por un ave de los cielos trocaría yo mi sér!

"¡Ah! si fuera el avecilla que a mi vista se presenta
Siempre alegre con sus trinos, sin cuidado, sin temor;
Si yo fuera esa avecilla estaría muy contenta
De mi suerte tan dichosa, de mi vida de esplendor!

"No más libros fastidiosos, con lecciones tan pesadas;
Voltejear todito el día y correr sin descansar,
Recibiendo de las flores las caricias perfumadas,
Para al fin sobre la yerba muy tranquila reposar.

"Siempre nuevas alegrías, nuevas fiestas a mi antojo;
En los árboles copudos yo me iría a refugiar,
Y llamando a la torcaza, al chincol y al pitirrojo
Formaría un gran concierto para dar pica al zorzal.

"Tú me dices que allá arriba cantan grandes alabanzas
Que la tierra aquí repite por do quiera y sin cesar;
Yo también volar quisiera a gozar las bienandanzas
De los ángeles que adoran al gran Padre Celestial.

"Sin pesares, sin molestias, siempre libre y encantada
Cada día al sol radiante le tendría más amor,
Y así iría transcurriendo de mi vida la jornada...
¡Ah! ¡por qué no me crearía avecilla mi buen Dios!"

"Sí, mi hijita, esa existencia tiene goces, tiene encantos;
Pero cuenta también ella más de un día de dolor,
Porque el ave no está exenta de congojas ni de espantos:
A menudo suele hallarse en muy triste condición.

"Cuando llega el crudo invierno con sus hielos tan temidos,
Cuando duermes tú, mi hijita, bajo espléndido plumón,
En el aire no se escuchan más que gritos doloridos:
¡Son las aves infelices que demandan protección!

"¡Oh! su voz entonces suena cuán doliente y quejumbrosa!
Porque están muriendo de hambre, y de frío y de dolor;
¡Si no tienen una madre compasiva y amorosa
Que les dé calor y vida en su mismo corazón!

"Más feliz que aquellas aves, cuya vida es tan mezquina,
El niñito ha sido criado a la imágen del Señor;
Tiene un alma misteriosa que lo guía y lo ilumina;
Para amar a padre y madre Dios le dió su mismo amor.

Mira ahora el pajarito que allí roza con sus alas
Ya las hojas de aquel árbol, ya la yerba del jardín;
¡Cómo canta alborozado! ¡cómo deja ver sus galas!
Esa dicha incomparable ¿nunca crees va a concluir?

En los aires cuán alegre trisca y vuela sin medida,
Sin temer peligro alguno, en su suerte sin pensar;
Canta, corre, vuela y goza de la más perfecta vida—
¡Pues quizá mañana mismo tanta fiesta va a acabar."

Aún hablaba la mamita, cuando ven que un fuego brilla
Y en el aire un estampido se oye al punto resonar;
Desde el árbol donde estaba se desploma la avecilla
Traspasada por el plomo asesino, sin piedad!

Acudieron hija y madre con angustias muy profundas...
¡Ay! es tarde; ya hizo su obra el impío cazador!
La avecita ya cerraba sus pupilas moribundas,
Y María sollozaba traspasada de dolor.

Ensayaron, sin embargo, el volverla a la existencia,
Y esperaron largo rato sus ojitos verla abrir;
Mariita la calienta y la besa con vehemencia;
Todo inútil: la avecita ha cesado de vivir.

Mariita entonces le habla por lo bajo muchas cosas,
Como dándole un mensaje para el trono del Señor,
Y después de sepultarla como flor entre las rosas
Permanece meditando en aquella gran lección.

De su alma de inocente elevóse esta plegaria:
"Oh, Señor, Señor Dios mío, desde el trono celestial,
No me dejes sin mi madre, cual un ave solitaria;
No la prives a mi madre de mi inmenso amor filial!"

TENNIS Y FOOT BALL.

¡Ea, pequeñuelos!
Juguemos *foot ball;*
Aquí está la fuerza,
La vida, el vigor.
El niño chileno,
Bravo como un león,
También por su fuerza
Debe dar pavor!
Sois hijos del indio
Que al mundo asombró,
Pujante y heróico
Como no habrá dos;
¿Y seréis enclenques
Con tísis y tos,
Muñecos de paja,
Monos de cartón?
¡Jamás! Vuestra patria
Quiere hombres de pró,
Valientes, sufridos,
Que guarden su honor.
También vuestros padres
Quieren ¡cómo nó!
Guardaros vivitos
Sin tísis ni tos.
Las niñas, ¡al *tennis*!
Al rayo del sol,
Saltando cual gringas
A más y mejor.
¡Qué lindas mujeres
Tendrá la nación!
Cual rosas floridas,
Cual nidos de amor!
¡Viva! Ya comienza
El *match* de *foot ball*...



¡Arriba, muchachos!
Metamos un *goal!*
Nadie afloje un pelo,
Que nos vá el honor...
Arriar la pelota
De un golpe feroz...
Fuertes las canillas
Y fuerte el riñón!
¡Eip, hurrah! ¡Ganamos!
Hijitos, adios!



SOLDADITOS EN MARCHA.

Soldaditos aquí van,
¡Pran, pran, pran, pran!
Marchando con decisión,
¡Pran, pran, pran, pran!

Vamos el paso a guardar,
Niños, atención!
Es el órden lo mejor aquí;
Cada paso hay que marcar;
Solo son buenos soldados
Los que saben vigilar.

Soldados de la nación,
¡Alerta de frente, mar...
¡Pran, pran, pran, pran!
¡A la carga, ¡viva Chile!
Vamos a triunfar!

Vamos a marchar
Como un solo hombre, sin flaquear;
Al frente en primera línea
La patria nos ha de ver;
¡Siempre a vencer, a vencer!

EL CUMPLEAÑOS DE UNA MADRE.

Mamá tan noble, tan bondadosa,
Tú que nos amas con tanto amor;
Hoy es tu día, fecha gloriosa
Que consagramos a tu loor.

Ahora paga nuestras canciones,
Nuestras ofrendas de amor filial
Con muchos besos y bendiciones
Que tus hijitos sabrán guardar.

Sí, cada día, madre amorosa,
Nuestra voz clama por tí al Señor;
Pero hoy ha sido más fervorosa
Y más sincera nuestra oración.

Será atendida; y en tu existencia
Sus bendiciones abundarán,
Y en su bendita, santa presencia,
Todos tus días trascurrirán.

También tus hijos con fé sincera,
Bien sus deberes sabrán cumplir;
Sí, de nosotros, oh madre, espera
Cariño y honra hasta morir.

Ve a tus hijitos aquí a tu lado;
Ve como buscan tu corazón;
Es nuestro sitio acostumbrado
En la alegría o en el dolor.

¡Oh, sin igual corazón materno!
Solo tú sabes lo que es querer,
Dicha suprema que el Dios eterno
Del alto cielo dejó caer!

LOS NIÑOS.

Todo lo que Dios ha creado
Lleva un sello primoroso:
Los rayos del sol glorioso,
El monte inmenso nevado;

La abeja trabajadora,
Las avecitas cantantes,
Cuanto la tierra atesora
Y los mares ondulantes;

La brisa de las alturas,
La sementera dorada,
Las flores de la hondonada,
Y los niños, las criaturas!

¡Los niños! ¡qué bellos son!
Vienen trayendo a la vida
La fragancia bendecida
De la celestial mansión.

En sus almas candorosas,
Llenas de sueños rïentes.
En sus purísimas frentes,
Y en sus miradas preciosas

Dios parece haber dejado
Alguna promesa santa,
Y así el niño ríe y canta
Feliz, tranquilo, confiado.

¡Oh, cuán bellos son los niños
Uno dulce y delicado
Parece estar destinado
A los besos y cariños.

Por una intuición secreta
Y una exquisita ternura

Ya su porvenir augura:
Será inspirado poeta.

De fuerza y de sangre fría
El otro, es muy belicoso;
Su destino no es dudoso:
¡Será un águila algún día!

Dios así los ha creado,
Como a todo en la Natura,
Y su destino asegura
El poder que les ha dado.

Sigamos la ley divina
Que a los niños va guiando
Y el sendero señalando
Por el cual los encamina.

Busquemos de cada sér
El destino y la misión,
Y de Dios la inspiración
Para cumplir el deber.

Niños, el Señor os guía
Y os muestra vuestra carrera;
El seguirla es verdadera.
Y grande sabiduría.

EL DIAMANTE.

Un padre a sus tres hijos los llamó cierto día
Y les dijo: "Mis bienes repartiros querría;
De todos ellos hice ya tres partes iguales,
Pues todos habéis sido hijos buenos y leales.
Puede venir la muerte, y yo quiero ántes de ella

Echar de entre vosotros toda torpe querella.
Pero me queda aún algo muy importante
Que dividir no puedo: es un bello diamante,
Recuerdo de familia para mí muy precioso,
Que a uno de mis hijos destino con gran gozo.
Si del cielo una hija hubiera recibido
Habría en sus cabellos regiamente lucido.
Mas a Dios no le plugo, y yo no me rebelo;
¡Su nombre sea bendito .....! Ahora solo anhelo;
A uno de vosotros legar ese tesoro
Si hace una acción que valga más que diamante y oro.
Aquí nos juntaremos en un año cumplido
Para ver quién el premio bien haya merecido.

.....

Al tiempo señalado, en casa del anciano
Los tres jóvenes vense, hablando mano a mano;
Cada uno en su mirada decía: Padre, espero;
Y comenzó el mayor su narración primero:

"Un extranjero rico, que se hallaba cautivo,
Me confió un saco de oro, sin darle yo recibo;
Murió. Yo bien podía sin temores ni duda
Haberlo retenido: se lo volví a su viuda."

Respondió el padre: "Hiciste una acción de hombre honrado:
Tu deber riguroso bien te estaba indicado.
Retener lo que es de otro, es acción deshonrosa;
Restituirlo, sin duda, es una obra hermosa."

Dijo el segundo: "Un día yo delante pasaba
De un lago y ví que un niño allí casi se ahogaba;
Me lancé como un rayo, nadando con anhelo,
Y saqué sano y salvo al pobre pequeñuelo."

"Hijo mío, tu acción muy loable es por cierto,
Pues sin tí aquel niñito sin duda habría muerto;

Mas tú solo has seguido la lección del Señor:
"Los unos por los otros tened un santo amor."

Dijo el último: "Un día percibí a mi adversario
Al borde de un abismo durmiendo solitario;
Al menor movimiento al abismo rodaba;
Yo lo salvé, sabiendo que después me mataba."

"¡Noble varón! exclama el padre en el instante;
Ven a mis brazos, hijo, porque es tuyo el diamante;
Servir al enemigo es virtud y heroismo:
Es el bien por el mal; ¡imitar a Dios mismo!"

LA ALMOHADITA DE UNA NIÑA.

Mi querida almohadita, tan blanda y deliciosa,
De plumas escogidas, regalo para mí;
Sin miedo de los lobos, del viento o de otra cosa,
¡Qué bien, oh mi almohadita, me duermo sobre tí!

Muchos, muchos niñitos, pobres y desvalidos,
Sin madre, sin refugio, jamás logran dormir
Cual yo en una almohadita: son aves ¡ay! sin nidos...
Mamá ¡dulce mamá! esto me hace gemir!

Y cuando a Dios he orado por todos esos niños
Que no tienen almohadas, yo abrazo mi plumón,
Y sola en mi camita, que debo a tus cariños,
Yo te bendigo, oh madre, por tu inefable amor.

No me he de despertar sino a la luz primera
Del alba nacarada, que me hace sonreir;
Voy a decir bajito mi oración más sincera;
Y dame aún un beso, mamá, antes de dormir.

Dios de los niños, siento aquí bajo mis manos,
Mi corazón de niño que eleva a Tí un clamor;
Se me ha hablado de huérfanos, que son ¡ay! mis hermanos...
Para el futuro no hagas más huérfanos, Señor!

Que en la noche descienda un ángel que perdona
Respondiendo a las voces que se escuchan gemir;
Pon bajo el pobre niño que su madre abandona
Una almohadita blanda en que pueda dormir!

¿CUÁL VALE MÁS?

De una moneda de oro se vió al lado
Un pobre centavito por ventura;
El, por el mucho uso ya borrado;
Ella, nueva y radiante de hermosura.
Era, seguramente, extraña cosa,
Y la moneda quiso gastar prosa.
"Tú no esperabas este grande honor,"
Dijo al centavo, dándose importancia;
Pero a mi lado estás por un error;
No olvides que entre ámbos hay distancia
Enorme en referencia a mi valor."
"Me guardaré de hacerlo; tengo juicio,"
Responde el cobre, porque no es novicio.
"Yo nada soy, pero si se midiera
El valor por lo bueno que uno hiciera,
Sospecho (sin hablar nada en mi abono)
Qué tu ya bajarías algo el tono."
Más vale el cobre que hace un beneficio
Que la moneda de oro sin oficio.

TÚ TIENES LA CULPA.

Sobre el surco Crisóstomo encorvado
A sus bueyes reñía ya rabioso;
Y en seguida de haberlos picaneado
Decía:—Este es un par el más mañoso.

Se me fué el día; ya la tarde avanza;
Ni la mitad he arado del potrero;
¡Bueyes bellacos! ¡pues al matadero!
¡Allí les van a rebanar la panza!

—¡Loado sea Dios! dice el más viejo;
Así como nos matas lentamente
Con este arado eterno e inclemente,
Más vale ir a dejar allí el pellejo.

Este malvado al mísero animal
Lo subyuga, y lo muele, y lo rasguña;
Háblale; yo te apuesto mi pezuña
Que es él quien hoy aquí se porta mal.

—Pues bien, dice Crisóstomo, tú, arado;
Ya lo has oido, tú eres el indino;
Yo y los bueyes bregamos de contino
Y tú no más te quedas atascado.

—¡Ay! se quejan de mí; grande injusticia,
Responde éste gimiendo tristemente;
Yo hago lo más que puedo, y sin malicia;
Ved mi hierro, que siempre es obediente.

Como un cristal se muestra de pulido;
Bajo el martillo no era tan quemante;
Mas un suelo tenaz y endurecido
¿Cómo seguir labrándolo incesante?

—Así, campo fatal, de mala ley,
Tú un castigo mereces como nada,
Dice el rústico dando una patada;
No lo olvides, terruño: ¡soy tu rey!

¿A qué viene esa bárbara malicia?
Siempre empapado estás de mis sudores,
Y mis lágrimas quieres, mis dolores...
¡Aun mi sangre sería tu delicia!

Brota en esto del seno de los prados
Una voz muy profunda y conmovida:
—Acalla, hombre, tu furia desmedida,
O te quito mis dones tan preciados.

Tus bueyes, y tu arado, y tu terreno
¡Insensato! bien cumplen su deber;
Los defectos que en ellos quieres ver
Los tienes tú, y de ellos estás lleno.

¿Tú quieres regañar? Pues ve primero
A aprender lo que aún no has sospechado:
A guiar bien la yunta y el arado;
¡Y cállate entre tanto, majadero!

LAS ESPIGAS.

Visitaba un aldeano
Su campo para observar
Si se tardaría el grano
Mucho aún en madurar.

Le acompañaba su hijito,
Que de repente exclamó:

—Escúchame, papacito,
Lo que he descubierto yo.

Algunos tallos de trigo
Tienen alta y muy derecha
La cabeza—y yo te digo
Que darán buena cosecha.

Y los otros que agachada
La inclinan casi hasta el suelo
Como en actitud de duelo,
Creo que no valen nada.

Cogió el padre unas espigas
Y dijo:—Hombre, la experiencia
Te falta para la ciencia:
Ella hará que te desdigas.

Esta espiga que aquí yergue
Fieramente la cabeza
Ni a un granito le da albergue:
Porque es vacía esta tiesa.

Y aquella otra que ves
Que con modestia se inclina,
Está repleta, al revés,
De lo que va a darte harina.

EL LABRADOR Y SU HIJO.

—¡Las cosas de mí padre! ¿cómo se le figura
Que yo vaya a labrar todo ese gran potrero?
¡Solo que echara el bofe por todo un año entero!—
Así hablaba un huasito cerca de Quilicura

Y perdiendo del todo el valor y el empeño,
En lugar de ponerse a la obra con brío,
El azadón tiraba con aire azás sombrío
Y cruzado de brazos se quedaba hecho un leño.
El padre, con paciencia, hablóle de esta suerte:
—Convengo en ello, hijo, la tarea es muy fuerte;
Pero labra, te pido, tan solo este retazo,
Y que la cosa sea así, con cierto esmero.
—Si no es más que eso, vaya, se lo haré de un porrazo,
Respondió el hijo, dando energía a su brazo;
Y en la noche labrado estaba el lote entero.
Para el día siguiente se le dá otra tarea,
Y el mozo en terminarla nadita se manea.
El día después de esto no es ménos diligente;
En resúmen, el campo que le ponía huraño
Pues debía costarle el trabajo de un año,
Quedó en una semana listo espléndidamente!

Niños que tenéis miedo de un trabajo gigante,
Aprended cuánto vale el ser hombre constante.
¿Querríais abreviar un estudio cansado?
Pues sin faltar un día a hacer esto os exhorto:
Cumplid una tarea que os habréis señalado:
Así la obra avanza y el tiempo se halla corto.

LOS DOS ARADOS.

"¡Oh! qué cruel es mi suerte, y la vuestra cuán buena,"
Decía a su vecino, gimiendo, un viejo arado;
"Apenas amanece, cargando mi cadena,
"Me lleva hácia los campos mi amo despiadado.
"Allí la mansa yunta me arrastra en el potrero
"Para tormento suyo y mío, sí, señor;

"Y yo marcho gimiendo, puesto que nada espero
"De aquella ingrata tierra, que muerdo con dolor.
"Vos, sin embargo, ocioso quedáis en la alquería;
"Tal como mi trabajo, vuestra huelga es sin fin;
"Veis sin angustia alguna amanecer el día;
"Yo sufro cual esclavo; vos gozáis cual delfín."
"Ved, ya no me sostengo; mi cuerpo está gastado;
"Las fuerzas me abandonan; soy una ruina ya;
"Unas pocas tareas, y mi hierro quebrado
"De mi trájica muerte testimonio dará!"

"¿Cómo puedes, hermano, el otro arado advierte,
"Lo dulce de mi suerte tan alto ponderar?
"Mucho más que el trabajo la ociosidad da muerte,
"Y yo más que tú sufro al verte trabajar.
"No puedo sin envidia verte muy de mañana
"Marchando a las campiñas en busca de labor;
"El fastidio me come con su amargura insana:
"¿Conoces por ventura un veneno mayor?
"Mis miembros carcomidos son casi polvo puro;
"Mi reja ya la herrumbre há tiempo devoró;
"La inercia me ha asestado un golpe prematuro;
"¡Mucho antes que tú caigas verás que caigo yo!
"Anda, vuelve al trabajo; no seas majadero;
"Guárdate de quejarte de lo que es un gran bien;
"Solo una cosa tienes que temer, compañero,
"Y es el ser un ocioso a tu turno también."

EL BURRO FILÓSOFO.

Un burro—y el más burro—hacer creer quería
Que albergaba un cerebro de suma inteligencia;
De él más tarde la Historia con elogio hablaría

Como de un sabio ilustre, como un pozo de ciencia.
Los dioses trasudaron un día y otro día
Para hacer los resortes que dentro funcionaban:
Espíritu, memoria, razón, sabiduría
En un grado perfecto allí se cobijaban.
Si un Sócrates pollino glorifica la Historia
La raza de los burros le deberá esta gloria!

Teniendo nuestro sabio casi el orgullo humano,
Un día se le empaca a su amo en el camino;
Continuar ya no quiere en su empleo villano:
¡Bestia de carga y todo en un pobre molino!
Empleo semejante degrada su persona;
¡Tal cosa no se ha visto ni en tierra patagona!

—¡Pues sabes que me gusta tu pretensión de burro
Le contesta Ño Pedro, el viejo molinero;
¿Y qué piensas hacer, borrico majadero?
—Pensar, filosofar, y en esto no me aburro,
Y de hoy en adelante otro oficio no quiero;
Que cargue vuestros sacos algún asno vulgar;
Y a mí, que soy un sabio, sabedme respetar.

El buen hombre se calla.—¿Pues qué mosca le pica?
Se dice: ¿qué le pasa a este pobre orejudo?
Se ha vuelto loco, es claro; ni un instante lo dudo;
Su insólito lenguaje su demencia me indica.
Pero ¿de dónde puede venirle este gran mal?
¡Eh! dejaré que piense este pobre animal,
Pero a la vez daréle una ración bien chica.

No era necio el partido para el buen molinero,
Pero para el borrico el caso era algo fiero;
Así que fastidiado bien pronto de su oficio
Que no llena su panza y le causa perjuicio,
A Ño Pedro se queja, dando un rebuzno grueso.
Este al punto le dice:—¿Qué piensas, burro leso,

Que yo soy un idiota que aguante tus burradas?
¿Qué provecho me viene de tus filosofadas?
Y tú mismo, ¿qué piensas que de ellas sacarás?
Vuelve a tomar tu albarda, trabaja y comerás.

EL GRUMETE.

I.

"¡Vuela, vuela, lindo barco!" exclamaba el buen grumete,
Que—¡hijo ingrato!—había huído de su madre y de su hogar;
¡Sús! hinchaos, grandes velas, para no irnos al garete...
¡Ah! ¡caramba que me gusta en las velas maniobrar!

"¡Qué bien voy en los obenques con el fuerte balanceo,
Y no bien el pito llama, en el mástil yo ya estoy,
En ese árbol de los mares, sin igual a lo que creo,
Cuyas ramas son las vergas, cuyo pájaro soy yo!

"Hoy nos lleva suave brisa, y yo gozo, y río y canto,
Y doy brincos como cabro, al mirar tranquilo el mar;
¡Qué ligeros son los pliegues que se forman en su manto!
A mi coy apenas lo hace como cuna balancear.

"Es mi lámpara de oro una estrella rutilante,
Mis cortinas son las velas, que no cesan de flotar;
Pero ¡ay! aquí no tengo la caricia tan amante
Que mi madre me brindaba cada día al despertar.

"¡Uf! ¡arriba! a los obenques, a las drizas, al trinquete!
¡Bah! yo brinco por las vergas, me deslizo sin temor;
Para el mástil Dios ha hecho las patitas del grumete;
Para el roble, las patitas del ardilla trepador.

"¡No haya miedo! Yo me lanzo a las cofas del navío
Sí, me lanzo hasta do se halla mi fortuna aquí en el mar;
Maniobrando en la tormenta a los vientos desafío;
Soy grumete, pero valgo lo que un viejo capitán.

"Sí, y el lobo que nos manda, me ve siempre en los apuros
Que de proa a popa corro, y hasta canto una canción;
¿Quién me dice que más tarde, si mis huesos son bien duros,
No he de ser del lobo viejo el muy digno sucesor?

"¡Oh! chiquillos de mi pueblo, que vivís allí clavados,
Yo me río de vosotros cuando me hallo en alta mar,
Pues metidos en las cuevas, os criáis afeminados,
No pudiendo mi grandeza ni siquiera sospechar.

"A vosotros la casita enclavada en la ribera;
A mí el gran palacio a flote que que no cesa de correr;
A mí el globo de este mundo en mi intrépida carrera,
A vosotros un globito que mamá el Domingo os dé.

"Por el Mar Mediterráneo me he mecido con blandura,
Recordando aquella cuna que en un tiempo me meció;
El Atlántico lanzóme como hamaca a grande altura;
¡Oh, qué mares tan inmensos hasta hoy he visto yo!

"Desde la India hasta Noruega, y hasta Australia he recorrido:
¡Qué de cielos explendentes, qué de nieves, qué de sol!
Y yo siempre iba contento como pájaro en su nido
Encontrando cada mundo más espléndido y mejor.

Al chiquillo de Laponia, enanito interesante,
Me he metido en el bolsillo, cual muñeco de cartón;
Y al chiquillo del Egipto le he quitado su turbante,
Y por medio del desierto he corrido tras el león.

En el Norte, yo los alces y los renos perseguía
Y he dormido en las casuchas que de hielo hacen allá;
Y después ¡oh qué contraste! en el África que ardía
Con negritos como monos yo poníame a bailar!

"Mas ¿qué ruido sobre el puente? Eh! ¿quién habla de naufragio?
¡Carguen velas! es el grito; ¡ya está aquí la tempestad!
Se señala en esta costa arrecifes—¡mal presagio!—
¡Oh, salvadnos, Dios eterno! ¡Tú eres dueño de la mar!

"¡Cómo ruge, cómo salta el gigante incomparable
Cuya alma es la tormenta...! ¡Hace el barco estremecer!
El podría con un golpe arrancarnos de este cable,
Y cual hojas de un arbusto nos vería perecer.

"Mas ¡qué importa! maniobremos suspendidos al abismo...
Aunque niño, soy valiente, y la muerte he de afrontar;
¡Corazón de hierro! Claro que mi brazo es de lo mismo;..
Mientras tenga aliento el alma el grumete ha de luchar!

"¡Oh, mi madre! ella suplica al Señor de las alturas
Por mi vida, por mi dicha.. ¡Ay! ¡ya nunca la veré!
La tormenta va bien pronto a arrojarme a esas honduras...
¡Adios, madre de mi alma! Me perdonas.... ¡bien lo sé!

"¡Ah, qué choque tan horrendo!.. ¡Qué clamor el aire llena!
Contra rocas escondidas nuestro barco se estrelló,
Y las ondas ya se lanzan, erizando su melena,
Sobre el puente, que se hunde con fatídico estertor!"

Sobre un trozo del trinquete, implorando al alto cielo,
El grumete se encarama en el trance postrimer,
Y la ola le persigue, y tras él agarra vuelo
Como un león que a un corderillo en sus garras quiere ver.

¡Pobre madre! ¡tu pequeño se perdió ya en el abismo!
¿Qué alcanzaron tus plegarias, tan fervientes, del Señor?
Ese niño que empezaba a dar muestras de heroismo
Ya no existe... ¡Desdichada! ¡se acabó tu único amor!

II.

Nueva escena: es en un puerto donde una mujer espera,
Y do se oye el mar bravío que se azota en la ribera.

Los marinos cantan, cantan; la mujer triste suspira;
¡Pobre! viene ante el Oceáno cada día sin faltar,
Y aquel cuadro esplendoroso que extasiado el hombre admira
Ella observa entre las brumas de su llanto maternal.

Cual el flujo y el reflujo que no deja el mar en calma,
Así son las esperanzas que se agitan en su alma.
Esas olas que se miran arrastrar plantas marinas
¡Ay! talvez a su hijo amado también fueron a arrastrar;
¡Nadie, nadie sabrá nunca qué caudal de perlas finas
Y de hijos adorados nos oculta el hondo mar!

De repente ella divisa una mancha muy remota;
Dice: "Acaso irá pasando por el mar una gaviota.
Nó... si es como un pescado que estuviera en movimiento;
Ya se aumenta, y su contorno se dibuja con vigor;
Es un barco para pesca impulsado por el viento;
Es un barco, y más que esto, ¡la esperanza es, Señor!

"Al fin entra a nuestro puerto, ¡oh, decidme, navegantes!
¿Me traéis al hijo mío? ¡Qué! ¿estáis todos vacilantes?
Era un niño, un grumetito con su cara sonrosada;
Sí, mí Jorje, este es su nombre... ¿O es que acaso el huracán
Le abrió tumba entre las ondas, esa tumba ¡ay! ignorada,
Cuya senda nunca logran, nó, las madres encontrar?"

"¡Aquí estoy, oh madre mía! ¡Venga un beso! ¡soy yo mismo!"
Grita el chico dando un salto. ¡Me libraron del abismo!
En su barco... ¡Oh Dios piadoso! yo bendigo aquel gran día
En que obtuve nueva vida, que a tí quiero consagrar
En tu casa tan pequeña, pero en cambio, madre mía,
Con tu amor, que es más profundo, más inmenso que la mar!"

Y su madre... ¿Pero cómo retratar la faz gloriosa
De una madre que recobra a su prenda más preciosa?
Ese amor incomparable a las madres transfigura,
Y esa escena del regreso, ¿quién la puede describir?
Es el cielo aquí en la tierra; y el Señor desde la altura
En el Libro de la Vida le dará vida sin fin.

Esa madre no le dice: "Mi dolor fué tan profundo
Cual sentirlo solo puede una madre en este mundo;
He vivido siempre orando y esperando en agonía!"
Nó, tan solo le contempla en silencio y con afán,
Y estrechándole en su seno, casi muerta de alegría,
En un beso solamente logra un mundo revelar.

LA TEMPESTAD.

He visto alzarse la luna
Detrás de los pinos negros,
Como una lámpara de oro
Colgada del firmamento;
Las estrellas una a una
Se mostraban en el cielo.
Bien pronto ví negras nubes
Con un aspecto siniestro
Que rodaban hácia el Sur
Arrastradas por el viento;
Relámpagos repetidos
Incendian el firmamento,
Y a la distancia se escucha
El estampido del trueno.
¡Ya se acerca, ya se acerca!
Y a mí me domina el miedo,
Pues nada hay más fragoroso
Y más terrible que el trueno.
Tu corazón ¿no ha sentido
Un temor raro y violento?
¿Arriba no había más
De brillante y de soberbio
Que el fulgor de los relámpagos
Y el estampido del trueno?
¡Oh! sí, inteligente niño,

Había allí un gran misterio:
Dios estaba en la tormenta
Y tú no lo viste, ¡ciego!
Sus terrores desplegados
Están en los elementos,
¡Y tu corazón sensible
No sintió al Señor del cielo!
Dios está presente en todo
Lugar en el Universo;
El habla en todos los ruidos
Que oímos en cualquier tiempo
Y se muestra a nuestra vista
En todo lo que El ha hecho.
En la Natura no hay nada
Separada de su Dueño;
Así que Dios esté siempre
Presente en tu pensamiento.

LA OLLA.

¡Oh! sí! la olla también
Contiene su poesía,
Su poder de intimidad
Y su gracia de familia.
Ella es signo de abundancia
Y de atracción y de dicha.
El pensamiento agradable
De aquella reunión íntima
De la noche, al buen obrero
En su trabajo le anima,
Y le guarda contra el mal,
Y le alienta en sus fatigas.
Ese mismo pensamiento

Sigue a la esposa en el día,
Le habla de amor, de paciencia,
De órden y economía.
Sigue también a los hijos
Y les trae con delicia
Bajo el techo paternal
Do está la paz y la dicha.
Los varios preparativos
Hechos para la comida,
Las viandas excepcionales,
Y áun las privaciones mismas—
Todo tiene buena influencia,
Todo, su encanto y su risa.
Hé aquí el momento deseado:
La madre se regocija
Con noble satisfacción
De la común alegría.
Los niños muy orgullosos
De ser útiles, se pirran
Mostrando su actividad
En servir a su mamita;
El padre toma descanso
Y conversa con la misma—
O juega con los pequeños
Y mira hervir la comida.
Si las viandas son escasas,
¡Oh! con qué impulsión benigna
Cada niño disminuye
Su porción apetecida,
Para dar más al más débil,
O al más cansado en el día.
Si acaso son abundantes,
Si anda mejor la cocina,
¡Cuánto regocijo viene
Y cuántas sonoras risas!
Ya casi ricos se creen,
Y muy felices se miran.

Yo he visto la olla en el fuego,
Rodeada de la familia,
Y he visto aquellos colores
De placer que difundía
Sobre los rostros de todos
Los muchachos y las niñas,
Que palmoteaban las manos
Mientra el padre sonreía
Gravemente, contemplando
Esa esplosión de la vida.
¡Oh! qué de vivificantes
Vapores como ambrosía
Que tan rara vez se exhalan
¡Ay! del pobre en la cocina!
Producen un bienestar
Mayor que las viandas ricas
Que no se hayan preparado
Por uno mismo en su ollita.
¡Oh, grandeza en lo pequeño!
¡Compensación en la vida!

LA VENGANZA.

De la cólera y el odio
Es la venganza la hija;
Es una pasión inquieta,
Turbulenta y fementida
Que devora el corazón
Que infeliz le da cabida.
¡Oh! cómo esta hórrida furia
Un fuego mortal atiza
En el interior del hombre
Antes de buscar salida

Para la obra destructora
Que consuma en esta vida!
¡Qué de antorchas inflamadas
Tiene en el seno escondidas!
¡Qué de sierpes ponzoñosas
Turban de noche y de día
Con mordeduras de fuego
Su pobre alma vengativa!
Figuraos esos golpes
Del corazón que se agita
En esas noches eternas
En esas noches sombrías,
Y dolorido se oprime
Con inquietudes malignas,
Con movimientos furiosos
Que por poco lo hacen trizas,
Mientras rueda en la cabeza
Algún designio homicida
Que la implacable venganza
Como una serpiente silba.
¿No es cosa bien desgraciada
Atormentar nuestra vida
Porque álguien nos ofendiera
Por ignorancia o malicia?
Pues a fuerza de pensar
En una injuria, se hinca
Aún más en el corazón,
Y se hace la llaga viva
Más difícil de curar,
Más dolorosa y maligna.
Mucho más mal nos hacemos
Que el mayor que pensaría
Nuestro enemigo causarnos,
Y ayudamos ¡qué estulticia!
Con nuestra conducta su odio
(¡Quién sabe si lo tendría!)
En tanto que si borramos

Con nuestra ciencia benigna
El recuerdo de la injuria
Que nos ha sido inferida,
Burlaremos su intención,
Si es que la tuvo maligna,
Y una paz incomparable
Reinará en nuestra alma limpia.

EL ANIMAL MÁS RAZONABLE.

De los asnos la estúpida ignorancia
Merece nuestra íntima aversión!
Viven en paz desde su tierna infancia,
Ni se odian por la santa religión.
Ninguno de ese pueblo de jumentos,—
Que no tienen ni el cuerpo de cristianos,—
Por el amor de Dios, a los tormentos
Ni al fuego ha condenado a sus hermanos!
El animal más sabio y razonable
Es el hombre, según yo bien discurro,
Pues eso tan profundo y admirable
No puede imaginarlo un pobre burro.

Por millares, sirviendo muy ufanos
Los odios y ambiciones de un caudillo,
¿Se congregan los lobos en los llanos
A destrozarse allí a puro colmillo,
Y miles de ellos, llenos de coraje,
Quedan por tierra muertos, destrozados?
Nada de eso: su espíritu salvaje,
No encuentra gloria en esos altercados...
El animal más sabio y razonable
Es el hombre, muy claro yo lo veo;
Imaginarse aquello no le es dable
Al lobo, tan cobarde como feo.

Para saber cómo batirse en duelo
Es necesario al hombre un profesor,
Y debe combatir con todo celo
Según las grandes leyes del honor;
Y en cuanto su barriga es traspasada
Por un tiro, o siquiera una estocada,
Y sangre corre ya a más y mejor,
Entonces satisfecho está el honor...
El animal más sabio y razonable
Es el hombre, la cosa es evidente;
Imaginarse aquello no le es dable
A un tigre: ¡si es un bruto nada gente!

LA MADRECITA.

—Mire, pues, mi muñeca, caballero;
Es mi hijita, lo digo con agrado;
¡Oh! su vestido está todo arrugado:
¡Fué sin duda ese perro majadero!

Es hermosa, y se llama Margarita,
Y aunque solo dos años ha cumplido
Ya le he bajado, como vé, el vestido,
Y es toda una perfecta señorita.

Sus cachetitos son blancos y rojos,
Sus ojitos azules y lucientes,
Y una cosa mejor: muestra los dientes
Y a la vez abre y cierra los dos ojos.

La visto y la desvisto a maravilla
Y de piés a cabeza muy ufana;
Es lo mismo que ver una chiquilla:
Tiene medias, y botas de badana.

Eso sí que no sabe dar un tranco,
Pero cuando le tomo la manito
Camina con un paso menudito
Ni más ni ménos que un soldado franco.

Para orar en la noche esta chiquilla
Es tan dócil cual otra no hallará,
Y como hace conmigo mi mamá,
La hago también que doble su rodilla.

Después le doy un beso en la boquita,
Y en sus pequeñas sábanas la abrigo;
Muchas veces la acuesto en mi camita
Y se duerme abrazada allí conmigo.

El caballero entonces dijo:—Lucha,
¿Tu muñeca será muy bien hablada?
—¡Oh! nó, señor; no habla pero escucha;
Escucha... pero nunca dice nada!

LA PLANTITA.

Dos jóvenes aldeanas,
Margarita y Soledad,
Van marchando a la ciudad
Con sus cestos de manzanas.

Los llevan a la cabeza;
Y como el peso la agita
Se lamenta Margarita
Y de murmurar no cesa.

La otra charla alegremente
Y hasta da una risotada;

Margarita, algo enojada,
Le dice así de repente:

—¿Qué motiva esas jaranas?
Tales risas no me explico;
Tu canasto no es más chico
Y a fuerte no me la ganas.

—Es que una plantita hermosa
En mi cesta he colocado,
Que le quita lo pesado:
Pues haz tú la misma cosa.

—¡Qué planta más singular!
Y díme ¿cómo se llama?
Quiero cojer una rama
Para mi peso aliviar.

—La planta por excelencia
Que toda carga aliviana,
Te diré, querida hermana,
Que se llama la *paciencia*.

LOS DOS POLLITOS.

Dos pollitos eran hermanos,
Y sin embargo, no se amaban;
De contínuo se picoteaban
Cuando no se iban a las manos.

Trenzados viéndolos con furor
Un cocinero les grita:—Pollos,
Para acabar con vuestros embrollos
Ahora os clavo en el asador!

NI PALABRA.

—¡Oh, cuánto me fastidia este alfabeto!
Decía Víctor, el muchacho flojo;
No leeré mi lección, nó, lo prometo,
Y a la basura el Silabario arrojo.

Muy pronto aquel chicuelo perezoso
Quedó bonitamente castigado,
Pues recibió en su día un libro hermoso
Lleno de narraciones e ilustrado;
Pero para aquel pobre mentecato
Cada palabra le era un garabato!

LA NIÑITA Y SU GATO.

—Venid aca, Cuchito, vos sois un vagabundo:
Os voy a reprender;
Me dicen que la garra le echáis a todo el mundo;
¡No lo puedo creer!

¿De dónde traéis ahora tan espantosa traza,
Y cola de pompón?
¿Habréis hecho de ratas alguna nueva caza,
Según vuestra afición?

¿O bien sobre mi mesa, derramando el tintero,
Por afán de saltar,
¿Habréis puesto en estado peor que un gallinero
Mis libros de copiar?

Veamos, respondedme: yo soy suave persona;
Confesad vuestro mal;

No os reñiré, Cuchito: vuestra ama os perdona
Jugada tan fatal.

¡Cómo! ¡Ni una caricia! ¡Ni áun una mirada!
¡Sois un maula, pardiez!
¡Y yo de vuestra gracia estaba enamorada!
¿Me engañaré, talvez?

Cerca de vos ¿qué veo en tierra revolcado?
¡Mi lindo ruiseñor!
¡Cómo! ¡Con diente fiero habéis asesinado
A mi noble cantor!

Aquel que me alegraba con su trino encantado
Que os hacía rabiar,
¿Ha muerto tristemente, de su jaula robado?
¡Ah! yo os voy a matar!...

¡Salid! Esa maldad os quita mi ternura!
Quería perdonar,
Pero vuestra traición me llena de amargura,
Y debo condenar.

Huíd, huíd muy lejos, y temed mi presencia;
Nunca os volveré a ver,
Y de jamás juzgar por la mera apariencia
Me hago ahora un deber!

EL GALGUITO Y LA TÓRTOLA.

En la mañana.

La Tórtola.

Buenos días, mi amable Galguito.

El Galguito.

Buenos días, tortolita hermosa.

La Tórtola.

Tan temprano ¿dónde vas solito?

El Galguito.

Y tú misma ¿do vas presurosa?

La Tórtola.

Al través de los campos volando
Buscaré la escondida espesura
Y con mil pajaritos cantando
Gozaré la más dulce ventura.

El Galguito.

Por los valles y por las colinas
Yo me marcho gozoso a cazar;
¡Las perdices y las becasinas
Hoy conmigo van a reventar!

La Tórtola.

Muy bien sé que mi madre no quiere
Que sin ella ni un paso yo dé;
Hace mal, y tal cosa no espere:
Do me llama el placer volaré.

El Galguito.

Y mi padre también me ha prohibido
Salir sólo; el por qué no lo acierto;
El me dice que es tiempo perdido;
Y es buen tiempo, porque me divierto.

La Tórtola.

Adios, pués; que te vaya bonito.

El Galguito.

Y tú, chica, no temas un pito.

En la tarde.

La Tórtola.

Buenas tardes, mi hermoso paseante.

El Galguito.

Buenas tardes, gentil voladora.

La Tórtola.

¡Oh, qué triste se ve tu semblante!

El Galguito,

¡Qué abatida te muestras ahora!

La Tórtola.

¡Ay! yo tengo una grande amargura!

El Galguito.

Y a mí casi me mata el pesar!

La Tórtola.

Saber quiero tu triste aventura.

El Galguito.

También quiero la tuya escuchar.
En el llano y hasta la montaña
Largo tiempo libré una campaña.
¡Como un galgo en verdad he corrido!
Mas ni liebre o perdiz he cogido,
Y gastado y con hambre de perro
A una casa bajé por el cerro.
Un colega allí ví que cenaba
Y en una olla el goloso se hartaba.
Me le acerco, y haciéndome el leso,
De la olla le saco un buen hueso;
Pero al punto me da un mordizcón
¡Y me arranca una oreja el glotón!

La Tórtola.

¡Tu desdicha me causa amargura!
Oye ahora mi cruel desventura!

Yo volé de boscaje en boscaje,
Realizando un larguísimo viaje.
Sobre el césped por fin me dormí
Y un gran rato no supe de mí!
Me despierta un muchacho malvado
Que con fuerza me había empuñado,
Y con miras de mi perdición
De la pata me amarra un cordón.
"¡Oh! dice él, mi comadre tortola,
"Es de veras muy fea tu cola;
"La que adorna a mi amada lorita
"Es azul; esa sí que es bonita.
"Gris ceniza es la tuya; ¡friolera!
"No me gusta tal cola; ¡y afuera!"
Al momento, a pesar de mi grita,
Me la arranca el malvado enterita,
Y lanzando una gran carcajada
En el pasto me deja botada.
"Anda, dice; veamos, hermosa,
"Si pareces rabona otra cosa."
Y yo al punto zaféme del lazo
Y volé como vuela un balazo.

El Galguito.

De este modo se ven castigados
Los muchachos rebeldes, porfiados.

La Tórtola.

Muy bien dices, esto es cosa vieja;
Pero vienes a hablar a deshora.
¿Quién podrá devolvernos ahora
A mí, cola...

El Galguito.

¡Infeliz! ¿y a mí, oreja?

SIMPLICIDAD INFANTIL.

Un rico lord inglés que visitaba
Sus campos cierto día,
Encontró a un muchachito que tiraba
Un ternero de cría.

Cuando el chiquillo ve a aquel gran señor
A detenerse acierta,
Y le contempla con algún temor
Y con la boca abierta.

—¿Me conoces? pregunta el caballero,
—¡Oh! muy bien, dice el chico.
—Pués ¿por qué no te quitas el sombrero?
Dice enojado el rico.

—Lo haría, sí, señor, con todo esmero,
Replica el muchachito.
Si a tenerme el ternero
Usted se comidiera aquí un poquito.

EL NIÑO Y LAS CEREZAS.

"Me tientan las cerezas tan lindas y sabrosas
Que abundan en el huerto de ese viejo vecino;
Si el muro no estuviera con zarzas espinosas
Allí esta misma noche me abriría camino.
Cuando ya todos duermen y hay como un velo oscuro
Los cerezos cargados la pagarían duro.
Esas lindas cerezas me hacen agua la boca;
¡Con ellas llenaría el cesto de la ropa!
Pero ahora que pienso: si lo sabe mi madre—

Aunque no haya en el huerto ni perro que me ladre—
Yo estaría perdido, porque ella es tan severa
Con los niños golosos—esto ya es cosa fiera.
Y además me ha prohibido, sí, para más *recacha*,
El tomar de lo ageno ni siquiera una hilacha.
Y en fin, que aquí tenemos también buenas cerezas;
Todos los días cómo, y ello casi me empacha;
Pero las del vecino son ¡bah! mucho más gruesas."
Así hablaba un chicuelo, que nueve años tendría,
En cuyo rostro vivo la astucia aparecía,
Mientras que desde lejos, oculto en la enramada,
Le vemos en acecho de la fruta vedada.
"¡Oh!—dijo de repente, golpeando sus manitas
La una contra la otra,—después de todo veo
Que esas cerezas, siendo tan grandes y bonitas.
Áun comiendo unas pocas serán un buen *causeo*.
¡Veamos! ¡si probara!"—y el pequeño Ruperto
Trepando por las ramas de un ciruelo ágilmente,
Con esperanza o susto alternativamente,
Escalar se propone el gran muro del huerto.
Al término tocaba de su insensata empresa
Cuando ve nuevamente su lado peligroso:
"Me conduzco muy mal, dice, pues ser goloso
Es defecto villano, y he hecho la promesa
A mi querida madre de huir de tal bajeza;
Y áun cuando de su vista lograra sustraerme,
Desde ese hermoso cielo, tan transparente y puro,
El buen Dios me vería, de ello estoy bien seguro;
De su ojo penetrante jamás podré esconderme.
Volvamos a la casa, es lo más acertado;
Pero ¿quién allí avanza con paso cauteloso?
¡Cielos! ¡es el vecino! seguro me ha *cachado*;
¡Ay! pobre Rupertito, tu estado es vergonzoso."
En efecto, el vecino se acerca lentamente:
"¿Qué haces allí, hijo mío? le dice con voz suave;
Al verte me imagino que te has trocado en ave
Y te estás anidando allí cómodamente.

¡Ah! pero ya adivino: es por ver mis cerezos;
¿No es verdad que ellos tienen una cara preciosa?
¡Y tú estás deseando comértelos a besos!
Baja, chico, sin miedo, que está buena la cosa!
Trata de deslizarte por aquellos puntales
Que sujetan al muro mis pequeños perales;
O más bien, salta a tierra, y yo abriré la reja
De mi huerto, y entonces tú podrás a tu antojo,
Sin que nadie te tire ni siquiera una oreja,
Hartarte con la fruta que a tí te llena el ojo.
¿No sabes, mi angelito, que yo feliz me siento
En darla a los chicuelos que de lejos la miran
Pero que mano aviesa nunca jamás estiran
Para robar mi fruta con torpe atrevimiento?
Pues que saber tú debes que a los merodeadores
Yo los odio, y los trato como a los pillos peores.
Créeme, mi hombrecito, lo que ahora te digo
Es la experiencia cierta de éste tu viejo amigo:
El que a robar se atreve un prisco, una manzana,
De robar un tesoro será capaz mañana."
Durante este discurso Ruperto se desliza
Del árbol corpulento donde estaba trepado;
Da vuelta por la reja, que el vecino abre a prisa,
Y en el huerto se mete, un tanto atortolado.
El anciano lo lleva bajo un lindo cerezo
Que sacude con fuerza, y le dice sonriente:
"Aquí tienes, hijito, dale gusto a tu diente;
Son ricas, y comprendo las amen con exceso,
Pero hallo que es indigno, y más aún, odioso
Que vengan a cogerlas a hurtadillas al huerto;
Es en vano que bajes la cabecita, hermoso:
Mi opinión es la tuya, en tus ojos lo advierto."
Diciendo estas palabras, se aleja el sabio anciano
Con el paso tranquilo y grave que acostumbra;
El niño mientras tanto se queda en la penumbra
Con la vista inclinada, sin mover ni una mano.

No toca aquella fruta por él apetecida,
Y cuando por fin toma de su casa el camino
Se dice por lo bajo que jamás en su vida
Podrá echar en olvido la lección del vecino.

HOMBRE TRANQUILO.

El se levanta tranquilamente,
Se desayuna modestamente,
Y se pasea ociosamente
Por todas partes donde ve gente;
Lee los diarios completamente;
Por lo que dicen él nada siente.
Cuando ha almorzado abundantemente
En la pensión de la cual es cliente
A charlar váse muy largamente;
Duerme la siesta apaciblemente
Y a comer vuelve con muy buen diente;
Entra a su pieza calladamente,
Dice su *Pater* devotamente,
Y se desviste muy lentamente.
«¡*Que* tiembla! ¡huyamos! ¿Usted no siente?»
¡Nada! se acuesta muy suavemente
Y duerme pronto profundamente .....
¡Ah! ¡ese bueno de don Clemente!

EL ASNO RECOBRADO.

Tiburcio a pié llevaba a su corral
Seis asnos que en la feria se compró;

De tanto andar cansado—ménos mal—
Sobre uno de los rucios se trepó.
Pero ¡cuál su sorpresa fué y su pena
Viendo solo ante sí cinco jumentos
En vez de la cabal media docena
Que arriaba hace solo unos momentos!
Tres veces los recuenta con cuidado
Y siempre olvida el asno en el cual trota;
Y a cada instante más enfurruñado
Grita Tiburcio, rabia y alborota.
Por fin se echa a llorar como un berraco,
Vuelve sobre sus pasos, corre, vuela,
Y una hora y otra hora el huasamaco
Por valles, montes, bosques, clava espuela.
Después de darse en vano esta tortura
Vuelve a su casa, maltratado y sucio,
Y áun antes de bajarse de su rucio,
(Del jinete dignísima montura),
A su mujer refiere la aventura.
"Cinco burros tú cuentas, gran zoquete,
Le dice ésta; pues yo, yo cuento siete!"

EL RAYO DE SOL.

Brilla el sol de la mañana
Desde hace ya muchas horas,
Y pegada está en su lecho
Juanita la dormilona.
Un rayo pasa al través
De la cortina, y se asombra
De ver que aquella niñita
Duerme como una marmota.
Mas Juanita se despierta
Y sacude su modorra.

—Lindo rayito de sol,
Dice la niña, en buena hora
Has venido a visitarme
Con tu luz esplendorosa.
Estoy segura que ya
Has hecho una buena ronda.
—Es verdad, responde el rayo,
Ya he trabajado de sobra.
—Cuéntame un poco qué has hecho
Durante estas breves horas.
—Desde luego, me he colado
En una tupida fronda,
Donde dí luz y calor
A una tribu numerosa
De conejos que volvían
Muy contentos a sus chozas.
Talvez habían pasado
Bailando la noche toda
En algún campo de trébol
Do se pusieron las botas.
Después en el mismo bosque
Alumbré un nido de tórtolas,
Y los lindos pajarillos
Cantaban a toda boca,
Haciéndose su "toilette"
Como si fueran personas.
—¿Y qué otro trabajo has hecho?
Preguntó Juanita.
—¡Toma!
A las cinco en punto caigo
Sobre un cercado de rosas
Que está al borde del camino...
Y abren varias su corola!
Cerca de allí, brillar hice
Como diamantes las gotas
De rocío suspendidas
En las yerbas y las hojas;

A madurar ayudé
A una cerecita roja,
Y a más—que no se me olvide—
Le dí calor a una mosca.
Ahora, Juanita, a tu vez,
A trabajar sin demora
Levántate al punto, niña,
Y cumple también tu obra;
Pues no me gustan nadita
Las chiquillas perezosas.

EL LADRONZUELO.

Al amanecer, Panchito
Ojeó desde su ventana
En el huerto del vecino
Sobre la yerba mojada
Una respetable cifra
De magníficas manzanas.
Pancho bajó de carrera
Y se metió como rata
Al huerto, ensanchando un poco
Una abertura en la valla.
Se llenó en un dos por tres
De magníficas manzanas
Los bolsillos del paltó
Y el pantalón, y áun con ansia
Adentro de la camisa
Embolsicó una *cutama*.
Mas de repente el vecino
Apareció ¡qué desgracia!
Con un garrote en la mano
Y con furibunda cara.
Pancho corre hácia la cerca

Para escapar, mas se atasca
En el agujero aquel
Por donde entró como rata.
El ladrón quedó cazado
A causa de la *cutama*
Que llevaba sobre sí
De magníficas manzanas,
Fué obligado a devolver
Toda la fruta robada
Y a más un fuerte castigo
Recibió el infeliz rata!

JUSTICIA DE PERROS Y GATOS.

Un gato pillastrón y muy goloso
Fué sometido a un juicio vergonzoso
Por haberse comido en la cocina
La pierna de un carnero toda entera,
En un descuido de la cocinera,
Que se fué a comadrear con la vecina.
En flagrante delito sorprendido,
De hurto quedaba el cucho convencido,
Y siendo el hecho claro y bien probado
El tal bien merecía ser ahorcado.
Pero ¡quién no conoce la potencia,
Los recursos sin fin de la elocuencia!
Ahora bien, nuestro gato la tenía:
En Chile, do cursó la abogacía,
Hay leguleyos viejos y muy duchos
Que mantienen escuela para cuchos;
Ellos bien lo instruyeron en la ciencia
De la argucia, el sofisma y la impudencia,
Y además un Manual que era famoso

Le guiaba en este arte tenebroso.
Antes, pues, que su caso se juzgara,
El cucho sin rubor sacó la cara,
Y alegando derechos muy legales
A medios apeló... prejudiciales.
Habíase su causa sometido
A un tribunal de perros muy cumplido,
Gentes equitativas, muy honradas,
Al servicio de su amo consagradas,
De ojo contento, fieles, cariñosos,
Unos perros, en fin, caballerosos,
Bien diferentes del astuto gato
Que sus garras esconde con recato
Para arañar un día, traicionero,
Erizado cual tigre carnicero,
Y que fija por siempre su estadía
Donde llena su panza cada día,
Y no conoce nada de la casa
Mas que el suelo, y no al amo que le abraza.
Aquel de quien contamos hoy la historia
Recusó, pues, (la cosa no es notoria)
A sujetos tan leales, que es sabido,
Por su honradez, bondad y buen sentido
Sus adversarios son desde *ab eterno*
Con enojo implacable y sempiterno.
"Quiero, agregó, y exijo en mis cabales,
Que me juzguen tan solo mis iguales;
Ellos me librarán de toda pena
Y romperán sin duda mi cadena.
Yo soy gato, gatuno es el litigio:
Júzguenme, entonces, gatos de prestigio.
Ellos sabrán en dónde está la ofensa,
Ellos, los corredores de despensa,
Y no esos tristes perros; ¡tontos lesos!
Que, hambrientos, solo saben roer huesos!"
La pretensión del reo fué admitida,
Y en tribunal de alzada reunida

Una junta de gatos veteranos
Que parecían buenos ciudadanos,
Pero bajo sus cueros tan sedosos
Eran los más perversos y mañosos.
Llegado el día de esta audiencia rara
Abrióse en medio de grande algazara;
Mas para sentenciar al reo gato
Fué menester oirle su alegato.
Hé aquí la defensa que maullando
Fué poco a poco al reo pronunciando:
"Con humildad confieso aquí ante Usía
Que, impulsado por la glotonería,
Quise comerme el cuarto de carnero;
Pero no procedais hoy de ligero,
Y al fiaros tan solo en la apariencia
No castigueis la cándida inocencia,
Condenándome a mí con juicio fiero.
Soy inocente, Usía, sí, lo juro,
Y es otro el gran culpable, os lo aseguro:
Es el carnero, que hizo la torpeza
De exponerse muy fresco en una mesa,
Y al presentarme tentación fatal,
A pesar mío me condujo al mal;
¡Pues si ni áun vosotros, mis señores,
Habríais resistido a esos olores!
Como lo veis, este traidor de oficio
Es el único digno del suplicio.
El carnero cruël, provocador,
Es quien debe sufrir vuestro rigor.
Ahora, Usía, espero aquí confiado
La muy justa sentencia del jurado."
Este discurso fuerte y convincente
Hizo lanzar un ¡bravo! a aquella gente,
Y en voz gatuna, con un solo grito,
Se absolvió al acusado del delito.
Con esto el gato consiguió probar
Que el pillo que se sabe manejar

Y es diestro en practicar el arte oscuro,
Siempre se libra de cualquier apuro.
Pero ¡ca! los pillastres no sabían
Que de afuera los perros los oían,
E indignados de aquel prevaricato
Se lanzó cada uno sobre un gato,
Y de ellos no dejaron ese día
Más que pellejos, huesos, pelería!

LOS ESPIGADORES.

A paso ligero dos espigadores
Marchaban al campo de Don Bernardino;
Mas se habían puesto ya tarde en camino,
Así que temían los pobres señores
No hallar en el campo ni áun un comino.
Otros compañeros más madrugadores
Cargados de espigas les salen al paso
Y hablan de esta suerte a los buscadores:
"Qué lástima, amigos, venís con atraso.
Cuando Bernardino cosecha su grano,
Ya sabéis, procede como buen cristiano,
Pues deja en su campo la espiga del pobre;
Pero como hay tantos, no hay miedo que sobre.
Nosotros todito lo hemos recogido;
Ir a esos rastrojos es tiempo perdido."
Uno de los pobres dice al compañero:
"Volverme a la aldea, hermano, prefiero;
En ir adelante no veo ventaja;
Donde Bernardino ya no hay más que paja;
No hay ni olor a caza en campo batido;
Vámonos, hermano, todo está perdido."
"Nó, responde el otro: yo quiero ver antes

Por mis propios ojos las cosas distantes."
Sólo, al decir esto, se marcha, y llegando
Unas después de otras espigas va hallando,
Y tras de una larga, paciente tarea,
Con buenas gavillas regresa a la aldea.

EL PÁJARO MOSCA.

Es tan pequeño que desaparece
Si el viento de la tarde se levanta;
Una gota lo cubre mientras canta,
Del rocío que ya se desvanece.

Él desafía munición y bala;
¿Dónde tocarlo, si es tan pequeñito?
Es de tal ligereza que un pelito
Pesa más en el aire que su ala.

El se adormece en medio de las flores,
Y cuando entre las ramas aletea
Con su débil cantito y sus colores
Se asemeja a una flor que voltejea.

Mira palidecer su bermellón
Si a atraparlo se atreve mano tosca;
Es menos grande, sí, que un *papillón*,
Un poco ménos chico que una mosca.

EL NIDO.

"*¡Tiri-ti-ti-ti!*" gritaba
Angustiada una tenquita,
Batiendo al aire las alas,

"¡Escuchadme ¡por mi vida!
¿Quién se atrevido a robarme
Mis cuatro huevos de cría
Y el nido blando y hermoso
Que en el cerco yo escondía?"
"¡Yo nó! ¡yo nó!" mugió al punto
Una vaca que pacía
En el prado muy calmosa;
Yo soy incapaz, hijita,
De una acción de tal especie;
Yo dí con placer un día
Un manojo de mi avena
Para construír tu casita;
Y esto es todo lo que sé
En el asunto, chiquilla."
"¡Yo nó! ¡yo nó! suspirando
Exclamó la tortolilla;
Hermana tenca, tú puedes
Creerme: en el alma mía
Siento un profundo pesar
Por la pena que te aguija."
"¡Yo nó! ¡yo nó!" por su parte
Baló la mansa ovejita;
¡Ah, nó! que el cielo me guarde
De hacer mal en esta vida!
Yo dí un vellón de mi lana
Para formar tu camita,
Pero el nido ni por *pienso*
Jamás lo toqué, querida."
"¡Yo nó! ¡yo nó! así graznando,
Saltó el cuervo, con voz ríspida:
¿Por quién me tomáis, señora
Doña tenca; ¡por mi vida!
Si yo al ladrón conociera
De un picotón lo partía!"
"¡Yo nó! ¡yo nó! cacareando
Dió respuesta una gallina,

Rodeada de sus polluelos
Que con sus alas cobija.
Robar a una pobre madre
Sus huevitos, ¡cosa indigna!
Yo y mis chicos regalamos
A la señora tenquita
Plumas, a fin de ayudarla
A hacer su nido; y se explica,
Pues solo bien le deseamos
A nuestra buena vecina."
"¡Caramba! entonces, busquemos
Al que hizo esta picardía;
¡Busquemos a ese ladrón!"
Gritaron ardiendo en ira
Todos juntos los vecinos
De la tenca dolorida.
Durante este tiempo, amigos,
Un chicuelo se veía
Ante el maestro de escuela
Con la cara compungida
Y con la cabeza *gacha*;
¿Por qué? ¡La culpa lo abisma!
Pues este es el badulaque
Que robó a aquella avecita
Su lindo nido y sus huevos
Con mano audaz y maligna.
¿Diré el nombre del ladrón?
¡Oh, nó! porque me da grima
Que de vergüenza quedara
Rojo como una sandía.

EL NIÑO CIEGO.

Todos me aseguran que el día es hermoso,
Y el sol es radiante, y es azul el cielo,

Que la flor inclina su cáliz gracioso
Buscando la vida del fresco arroyuelo;
Que el ave que canta con tanta dulzura
Gracias a sus alas vuela por la altura.

También me aseguran que en el firmamento
Despiden fulgores inmensas centellas,
Fuegos misteriosos que son un portento;
Y que hay unos mares cuyas ondas bellas
Un abismo ocultan temible y profundo,
Cuyas tempestades espantan al mundo.

En fin, me aseguran que las lindas flores
De suave perfume, de vivos colores,
Los valles y montes, los ríos, los prados,
La aurora gloriosa, cuando asoma el día,
A todos los hombres dejan extasiados
Y homenaje todos les dan a porfía.

Pero yo no siento no ver la mañana,
Ni el mar, ni los montes, ni los verdes prados,
Ni los altos cielos, de estrellas sembrados:
Todos esos bienes me son cosa vana;
¡Oh Dios! solo quiero mirar algún día
El rostro adorado de la madre mía!

LA VUELTA A LA ALDEA.

Volveré a ver mi aldeita,
El lugar de mis amores,
Y mi rústica casita
Con sus prados y su flores;
Dulce encanto

Que amo tanto
Y que alivia mis dolores.

Veré aquel monte sombrío
Con sus árboles añosos,
Y al pié el cristalino río.
De los días venturosos
De mi infancia.
Su fragancia
Vuelve al pensamiento mio!

Veré aquel gran matorral
Do con mi hermano jugaba,
Do un arroyuelo brillaba
Como líquido cristal.
¡Qué ventura
Ya me augura
Ver mi aldeita natal!

EN LA CUNA DE UN NIÑO.

¡Niño querido, te envidio tanto
Tu alma inocente como una flor!
Toda la vida guarda ese encanto:
La paz que reina en tu corazón.

Duermes: tu sueño es jardín de flores
Que mil delicias te hace gozar;
Sueñas placeres, sueñas amores
Hasta el momento del despertar.

Se abre tu ojito: ves a tu padre
A grandes pasos a tí acudir;

Te lleva al punto donde tu madre
Y en su seno hallas amor sin fin.

De tu familia dulce esperanza,
Si te sonríes, todo es placer;
Que tu carita muestre bonanza,
Todos se gozan, no hay más que ver.

¡Niño querido, te envidio tanto
Tu alma inocente como una flor!
Toda la vida guarda ese encanto:
La paz que reina en tu corazón.

A tu alma ingénua todo le agrada;
Nada deseas, no hay en tí afán;
Cuanto aparece ante tu mirada
Nuevos placeres te hace gozar.

Si algunas veces das un suspiro
No sufres nunca largo dolor,
Porque la risa que en tí yo miro
Sucede al llanto sin dilación.

¡Oh, sér tan débil! tú nos encantas;
Nuestro homenaje sabes ganar;
Tú nos atraes y nos quebrantas,
Y hasta a los viejos haces llorar!

¡Niño querido, te envidio tanto,
Tu alma inocente como una flor!
Toda la vida guarda ese encanto:
La paz que reina en tu corazón.

Pero ¡ay! ya vienen rápidamente
Los tempestuosos días del mal
En que el destino, ¡pobre inocente!
Tus dulces juegos va a trastornar.

Yo, que los gustos de la Natura
Aún conservo con sencillez,
Yo que he amado la vida pura,
¡Qué de dolores no soporté!

Falsos amigos, sendas dudosas,
Seres queridos que han muerto ya,
Mis esperanzas ¡ay! tan preciosas
Ahora destruídas para mi mal!

¡Niño querido, te envidio tanto
Tu alma inocente como una flor!
Toda la vida guarda ese encanto:
La paz que reina en tu corazón.

Si de la suerte por la malicia
Aún recibiera dardo cruël,
A consolarme de su injusticia
Vendré a tu cuna, precioso sér.

Y tus caricias, tu dulce encanto
Y tu sublime seguridad
Talvez enjuguen mi amargo llanto
Y den a mi alma serenidad.

¡Ah! ¡qué no puede la imágen pura
De aquella única edad feliz!
Y este es mi día de más ventura
Cuando le canto yo a un querubín.

¡Niño querido, te envidio tanto
Tu alma inocente como una flor!
Toda tu vida guarda ese encanto:
La paz que reina en tu corazón.

Segunda Parte.

Nuevos Poemas Infantiles.

LA PROMESA DE JUANITO.

Estamos en una hermosa
Mañana de primavera;
Mas Juanito no sentía
Aquella fragancia espléndida
Que dan las primeras flores,
Ni las canciones amenas
De los lindos pajaritos,
Como su costumbre era.
El niño estaba muy triste,
Y aún se veían las huellas
De lágrimas en su cara
Que denunciaban sus penas.
Sonado había el recreo
De la mañana en la escuela,
Y él era el primero siempre
En los juegos y carreras;
Pero hoy estaba solito,
Desde un rincón, en reserva
Observando la alegría
De sus amigos penecas.
—¡Toda la culpa la tienen
Estos centavos de miéchica!
Dice Juanito, y los saca
Del bolsillo, y los contempla
Con aire despreciativo
Y con mezcla de rabieta.
Sus dos amigos más íntimos
Le habían hecho propuesta
En la mañana anterior

Que cada uno pusiera
Unos cuantos centavitos
Para bombones y almendras.
El en otras ocasiones
Saltaba con sus monedas
Como hombre bien aperado;
Pero esta vez con vergüenza
Calladito se quedó
Con la plata muy sujeta.
Suya era para gastarla
Como la gana le diera,
Porque su padre le daba
Un peso el día de fiesta,
Si traía—esto se entiende—
Buenas notas de la escuela.
Pero por esta semana
Había hecho la promesa
A su hermanita Isidora
De guardar bien las monedas
Para poder entre ambos
Comprar un regalo en medias
A fin de honrar el cumple-años
De mamá, que estaba cerca.
Era inútil contar esto
A aquellos otros penecas
Porque no lo creerían;
Y así, haciendo cuchufletas,
Le gritaron *pichiñique*,
Avaro, y otras lindezas,
Y después fueron corriendo
A comprar dulces y almendras,
Y desde entonces a Juan
No le miraban siquiera.
Pero aunque éste estaba mustio
Por haber perdido—¡oh pena!—
La amistad de sus amigos,
No vacilaba siquiera

En su determinación
De respetar su promesa.
Y cuando al concluir las clases
Su hermana, que estaba fuera,
Preguntó al verle salir:
—¿Tienes tu peso?—oh, qué inmensa;
Satisfacción sintió el niño
Al mostrarle, por respuesta,
Aquel pesito que había
Causádole tantas penas!
La hermana, toda agitada,
En el instante le cuenta
Que la tía Josefina
Les ha dado—¡si es tan buena!—
Otro tanto de lo que ellos
En su esfuerzo reunieran.
Así que con el pesito
De Juan y el otro de ella
Y los dos de la tiita,
Eran cuatro—¡suma espléndida!—
Con que podrían comprar
Aquella linda frutera
Que tanto había gustado
A su mamá, un día que ella
Los llevó a los dos a ver
De Gath y Chavez la tienda.
Su alegría era tan grande
Que Juanito, ya sin pena,
Cogió a Isidora la mano
Diciéndole:—¡Qué contenta
Va a estar mi mamá querida...!
Y emprendieron la carrera!
Cuando llegaron a casa
Con su regalo de fiesta
Se entraron con cuidadito
Para que no los sintieran,
Y luego tuvieron tiempo

De arreglar en la frutera
Un regalo de su padre—
Un cestito de cerezas,
Que de la estación hermosa
Sin duda eran las primeras.
Llenos de indecible gozo
Las pusieron en la mesa
Ante el plato de mamá,
En honor del día de ella.
Después Juan dijo a su hermana
Que valía bien la pena
De haber sufrido lo que él
Para cumplir su promesa,
Y poder ver la sonrisa
Que de contínuo se viera
En la cara de mamá
Durante toda la fiesta,
Y sentir lo que ella dijo
De sus hijos—¡dicha inmensa!—
Tan cariñosos y fieles
Que no olvidaron a aquella
Madre amante, que consagra
A ellos su vida entera.

APÓLOGO.

Una rata campesina
Su cabecita asomó
Por su cueva, y divisó
Una manzana joaquina.

—¡Es para mí!—al punto grita
Cogiendo la hermosa fruta;

Pero un mono—raza astuta—
Dando un brinco se la quita.

Y sobre un árbol trepado
Chilla con tono triunfante:
—¡Es para mí!—y el tunante
Se va a engullir el bocado.

Pero un águila altanera
Se lo arrebata al macaco
Y dice, lanzando un taco:
—¡Es para mí, moledera!

Entonces un cazador
Al águila da un balazo
Y grita:—¡Vil gallinazo!
Es para mí, tu señor!

¡De la creación soy rey,
Y me cómo la manzana!
¡Es para mí! Cosa vana
Es querer burlar mi ley.

Muerde, pues, con frenesí
El fruto..... Está casi hueco,
Y un gusano todo chueco
Dice al hombre:—¡Es para mí!

LAS GAFAS DE MI ABUELITA.

(Del francés.)

En un estuche yo he conservado
Las antiparras de mi abuelita,
Cuyo recuerdo me es tan amado
Que a mi alma trae una paz bendita.

Ella que siempre era tan buena,
Se hacía dura como una roca
Cuando decía de orgullo llena:
"Mis antiparras nadie las toca."

Así, tambores, aros, trompetas—
Yo habría dado mi gran tesoro—
En mis narices por ver sujetas
Esas magníficas gafas de oro.

La aguaité un día que dormitaba
Ante su libro—¡pobre abuelita!
Y atropellando lo que ordenaba
Cogí las gafas de la mesita.

Después, de haberme posesionado
De ellas, cumplía ya mis anhelos,
Cuando un ganchito quedó enredado
Por un extremo entre mis pelos.

Sin pensar nada en un accidente,
Cuando lo quise luego zafar
Los dos cristales del lindo lente
Sobre la alfombra fueron a dar.

En reparar una fechoría.
Un aturdido no es muy experto,
Así—perdida mi sangre fría—
Las gafas puse en el libro abierto.

Todo turbado por mi tontera
A la distancia me fuí a sentar,
Y tras la vieja devanadera
¡Ay! mi vergüenza quise ocultar.

Espero un rato allí silencioso;
Por fin despierta ya mi abuelita;
Coge sus gafas con gran reposo;
Coge su libro de la mesita.

Al observarla cómo su mano
Muy distraída se las coloca
Yo me estremezco, me hago el enano,
Cierro los ojos, frunzo la boca!

Mas luego escucho su voz doliente:
"¡Cómo! Este libro que he releído!.....
¡Ay! ¡ya no veo ni áun con lente!
Mis pobres ojos los he perdido!"

Entonces corro a sus tiernos brazos
A confesarle mi picardía:
"Es que hubo, abuela, ciertos fracasos
En los anteojos mientras dormía."

"¡Cómo! ¡Mis lentes los has quebrado!
¡Faltan los vidrios! ¡Oh! qué delito!"
"No, abuela mía, los he librado:
Aquí le tengo el juego enterito!"

Bastante duro fué mi castigo.
Aquella noche, despues del rezo,
Al acostarme, me dijo: "Amigo,
Ahora se duerme, pero no hay beso!"

LAS GRACIAS DE DIOS.

Cuatro años cuenta Juanito
Y es por su dulzura y gracia
De su tía doña Eufrasia
El amado, el favorito.

Cierto día al chiquitin
Lo vino un primo a llevar

A que le fuera ayudar
En trabajos de jardín.

Y el tal dijo a la criatura:
—Tú desarraiga maleza
Mientras yo concluyo a *priesa*
De este libro la lectura.

Juanito, que era tan bueno
Como un pedazo de pan,
Cual un negrito azacán
Trabajó, de gusto lleno.

Pero a la postre sacó
Sus deditos bien hinchados
Y sus carrillos morados
Por el sol que los tostó.

Así que al llegar a casa
Lanzó la tía un gran grito
Y le preguntó:—Juanito,
¿Qué has hecho, dí, qué te pasa?

A Juanito le asomaron
Las lágrimas a los ojos
Y sus labiecitos rojos
Sin quererlo, le temblaron.

De pronto calló, mas luego
Con voz balbuciente dijo:
—Es, tía, que en el cortijo
Estaba el sol como fuego.

Bueno he sido demasiado
Con Pancho; en desmalezar
Le trabajé sin cesar,
¡Y él ni las gracias me ha dado!

¡Pobre Juanito! La tia
Estaba muy indignada
De aquella torpe jugada,
Y al chico compadecía.

¡No recibir ni siquiera
Una palabra de amor
En pago de su labor
Tan esforzada y sincera!

Esa noche, al acostarle
En su mullida camita,
Dijo a su tia:—Tiita,
Oiga lo que voy a hablarle.

Esta mañana sentí
Haber sacado maleza
Y lloraba mi simpleza:
Ahora no pienso así.

—¿Cómo es eso, hijito? ¿Acaso
Pancho las gracias te dió?
—No es eso, tiita, nó!
¡Ni más que me ha hecho caso!

Pero es que aquí dentro siento
(Señalando el corazón)
Una gran satisfacción
Que me pone muy contento.

Siempre pasa eso después
De hacer algun acto bueno
Y ayudar al bien ageno;
Además, yo sé lo que es.

—Aquí para entre los dos
Dime qué es eso, Juanito.
—Eso, tía, es lo bonito:
¡Es que me da gracias Dios!

DIENTE POR DIENTE.

Vivía un panadero mui ladino
En un pueblo llamado Villaseca,
Y donde un menestral, su buen vecino,
Proveerse acostumbraba de manteca.

Pero un día hizo un gran descubrimiento:
Los bultos de manteca eran copados,
Es decir, les faltaba el diez por ciento
De tres libras en que eran avaluados.

Repitiéndose el fraude de contino,
Se puso el panadero como un quique,
Y al juez del crímen arrastró al vecino
A fin de castigar tan gran palique.

Dícele éste:—¿No tienes tú balanza?
—¡Oh! sí, señor.
—¿O es que no tienes pesos?
—Me faltan varios, le diré en confianza.
—¡Por eso, señor juez, nos hace lesos!

—Entonces ¿cómo pesas la manteca?
—De pesos, señor juez, no necesito;
Tengo una pesa que jamás se trueca.
—¿Cómo es eso?
—Me explico ligerito.

Cuando me hizo el honor mi querellante
De comprar la manteca en mi almacén,
Para corresponderle, en el instante,
Yo me puse a comprarle pan también.

Y como él me dá siempre, según creo,
Sus panes de tres libras, y no peca,

Yo uno de estos panes siempre empleo
Para pesarle exacta la manteca.

Si pues ésta no tiene el peso justo
Culpa no será mía, sino suya.
El menestral fué absuelto con gran gusto
Y el público aplaudiólo con gran bulla.

LOS NIÑOS DESCUIDADOS.

—Mamá, deme, por favor
Una agujita,—decía
La pequeñuela María,
Ocupada en su labor.

Al lado de su mamá
Estaba muy atareada
Con una bata bordada
De su muñeca Zazá.

—Pero, María, si ayer
Te dí seis agujas nuevas,
Y cuando apenas las pruebas
Ya las ves desparecer.

—Es que, mamá, una le dí,
Pues me la pidió, a Juanita.
—¿Y las otras cinco, hijita?
—Las otras cinco—¡ay de mí!

Una se rompió al momento,
Cayó otra en la chimenea
Al dejar yo la tarea;
La otra... ¡se la llevó el viento!

—Son cuatro, según tu cuenta;
De seis ¿has perdido tres
Sin saber cómo? Ya ves:
No eres una niña atenta.

—Mamá, culpable no he sido,
Pues las prendo con primor,
Y al volver a mi labor
Ya se han desaparecido.

—Vaya, vaya, lo que digo:
En adelante, Maruja,
Prenderás mejor tu aguja:
El cuidado es buen amigo.

Y no hagas lo que has hecho ántes:
Sacudir como locuela
Tu labor de lana o tela
Cada vez que te levantes.

—Después de todo, mamá,
El lote de *áujas* perdidas,
Que ahora son tan sentidas,
¿Diez centavos costará?

—¿Cuentas por nada la pena
Y la labor acabada
De tanta gente ocupada
En hacer cosa tan buena?

Además, perdiste ayer
Tu dedal en el paseo,
A donde, según yo creo,
Lo llevaste sin saber.

Y el ovillo de hilo, niña,
Está tan enmarañado
Que ni una hebrita he sacado
Para coser mi basquiña.

La seda... ¡para qué digo!
—Mamá, tanta algarabía...
—Pues es la obra de un día,
Y yo de ello soy testigo.

A más, un dedal de a peso,
Ovillo, agujas y seda,
Dos pesos mas, y así queda
El gastito un tanto grueso.

—¡Tres pesos! Nunca creí
Haber derrochado tanto;
Pero de ello no me espanto:
¡Qué vale el peso de aquí!

Una amiga, de visita
En ese instante llegó,
Y esto a la madre impidió
Responder a Mariquita.

La niña siguió cosiendo
Y pensando para sí
Que esa suma baladí
La iría ella reponiendo.

Sus ahorritos le darían
Para eso y mucho más,
Y así quedaría en paz...
Las cosas se arreglarían.

En este mismo momento
Una escena casi igual
Pasaba—¡caso fatal!—
En el vecino aposento.

Allí están papá y Luchito,
El colegial de siete años,
Que a su manera hace daños,
Pues de ello tiene el prurito.

Había estropeado o roto
En la mañana seis plumas
Haciendo restas y sumas,
Todo con grande alboroto.

Por vez tercera ha llegado
Repitiendo la canción
Que usa siempre a discreción
El niño desordenado.

—Mía no es la culpa, nó,
Esta vez, papá, yo infiero,
Porque al fondo del tintero
Sola la pluma cayó.

Replicó el padre:—Procura
Sacarla, pues lo que es hoy
Otra pluma no te doy
En pago de tu locura.

—Pero estará empapadita
De tinta, y así ve usté
Que yo escribir no podré...
¡Esta sí que es la infinita!

El papá, algo disgustado,
Impuso silencio al chico,
Y éste al punto cerró el pico
Y quedó un poco *achunchado.*

Transcurrió el tiempo ligero
Antes que pudiera idear
Un medio de retirar
La plumita del tintero.

Y al limpiarla, no repara
—Como niño atarantado—

Que con tinta se ha ensuciado
Las manos, y áun la cara.

Cuando al fin se disponía
Su tarea a ejecutar
La hora se oyó sonar
En que la clase se abría.

Dice el niño con dolor:
—Mi trabajo no he acabado,
Y ni áun lo he principiado...
¡Ay! ¡qué dirá el profesor!

—Te castigará, de cierto,
Por descuidado y tronera;
Y esta no es la vez primera
Que pagas tu desacierto.

Volvió Luis con un castigo
De doscientas líneas—¡tate!—
Que le quitó, de remate,
Todo recreo al amigo.

Cuando apareció en la mesa
Con su embadurnada cara,
Su mamá, a que se lavara,
Lo mandó al punto a su pieza.

Mas tan abatido estaba
Y la tinta era tan dura
Que solo volvió—¡oh tristura!—
Cuando la cena acababa.

Se contentó con pan seco;
Ni postre pudo pescar;
No se atrevió ni a chistar
Y se acostó todo enteco.

Por su lado, Mariquita
No fué ménos castigada,
Y estaba muy apenada
Con su inesperada cuita.

La maestra había ideado
Hacer una torta inmensa
Para Pascua, en recompensa
Del año bien estudiado.

Cada niña ayudaría
Para comprar materiales
Con su real o sus dos reales...
¡Y ella ni un cobre tenía!

Trataban también de hacer
Para niños desvalidos
Una rifa de vestidos,
Que no había más que ver.

Ya todas sus amiguitas
Trabajos habían dado,
Y así se había juntado
Cosas buenas y bonitas.

Y ella, que era tan curiosa,
Prometió hacer maravillas
Y dar, entre otras cosillas,
Una muñeca lujosa.

Mas no tenía concluído
Ni un vestido, un delantal,
Porque aguja, hilo, dedal,
Todo lo había perdido.

La época se acercaba,
Y su madre era inflexible;
Y en este trance terrible
Ni un ahorrito le quedaba

—¡Ah! dijo la chica un día,
Si de volver a empezar
Se tratara...
—Sin tardar
Mi buena hija ¿que haría?

—Pues, tratar de no perder
Mis agujas, mis dedales,
Ni hacer enredos fatales
Con mis hilos de coser.

—En una palabra, hijita,
Te harías muy cuidadosa.
Pues bien, si es así la cosa,
Empieza hoy, Mariquita.

—No quedan más que dos días,
Mamá, y ya no puedo hacer
Lo que hube de prometer...
—¡Castigo de tus porfías!

¡Ay! la lección era dura,
Pero merecida, es claro;
Ya el mal no tuvo reparo,
Ni tampoco la amargura.

Llevar no pudo María
Su parte en la inmensa torta,
¡Ay!—y lo que más le importa—
Ni en la rifa de aquel día.

Y cuando alguna amiguita
Muy activa y cuidadosa
Le preguntaba, curiosa:
—Tú ¿qué diste, Mariquita?

Se ponía ella encarnada
Y bajando la cabeza

Respondía con tristeza:
—¡Ay de mí! yo no dí nada!

LA CAZA DE PETIRROJOS.

Roberto quedó mirando
Su rifle, muy satisfecho,
Y luego dijo a su tío:
—Es muy bonito, ¿no es cierto?
—Sí, y muy bueno, dijo el tío,
Tomándolo de Roberto
Y volviéndoselo al punto.
Este añadió:—Ahora recuerdo
Que los tales petirrojos
Las uvas se están comiendo
Y van a acabar con ellas,
Si no les hago un remedio.
—Tú quieres matar algunos
Pajaritos, según veo;
Quieres estrenar tu rifle.
—Sí, señor, a ver si puedo
Matar bastantes intrusos
Para un buen pastel relleno.
—El pastel de petirrojo
No ha de ser de tanto aprecio
Como el de pollo, sin duda.
—¿Y por qué nó? Pues yo creo
Que será igual...
—¿Sabes, chico?
Ahora se me está ocurriendo
Que un petirrojo vivito
Es más lindo que uno muerto.
—¡Vaya con las ocurrencias

De mi tío Luis! Por cierto,
Los petirrojos vivitos
Son más lindos que los muertos;
Mas si no les doy el bajo
A todos, muy bien lo veo,
Van a dejar el parrón
Convertido en un arnero.
—Eso es claro,—dijo el tío,—
Y estoy pensando, Roberto,
En ir contigo a cazar
A tales filibusteros.
—¡Muy bien!—dijo alegremente
El niño. Pues vé ligero
Por tu escopeta, y los dos
Les contaremos el cuento.
Fué el tío Luis a su pieza
Y a poco volvió trayendo
Bajo del brazo una caja
Bonita, de cuero negro.
—Antes que tú uses el rifle
Pienso usar este embeleco,—
Dijo mostrando un anteojo
De larga vista, soberbio.
Con este voy a observar
Y sabré lo que está haciendo
Realmente don Petirrojo
En los árboles del huerto.
Una buena diversión
Parecióle esto a Roberto,
Y así salieron los dos
Y se apostaron con tiento
Donde divisar podían
A los petirrojos meros
Que coronaban un árbol
Que crecía en el potrero.
El tío Luis arregló
Su famoso catalejo

Y miró a los petirrojos
Como un juez mira a los reos.
—Supongo no tirarás
A esos pájaros matreros
Que como haciéndonos burla
Se estacionan en el cerco.
—¡Oh, nó! pues no los alcanza
Mi rifle, muy bien lo veo.
—Hé aquí una de las ventajas
Que tiene éste, mi embeleco,
Sobre tu rifle, chiquillo:
Es útil lejos, muy lejos.
Dijo éste, riendo:—¡De veras!
Su anteojo se lleva el premio.
Mas los tales petirrojos
Cobraron confianza luego
Con la presencia tranquila
Del tío Luis y Roberto;
Y uno de ellos, más audaz,
Vino a posarse, muy fresco,
En uno de los arbustos
Que crecían en el huerto.
—¡A este sí!—dijo el muchacho,—
Y el rifle apuntó al momento.
—Nó, nó!—dijo el tío Luis;
Tírale, hijito, primero
Con el anteojo, y verás
Lo que el pájaro está haciendo.
Porque se come las uvas
Quieres matarlo, ¿no es cierto?
Roberto tomó el anteojo
Y observó al filibustero
Que por un instante estuvo
En una ramita quieto,
Pero repentinamente
Como flecha tendió el vuelo
A una planta de tomate

Y volvió tras un momento
Llevando bien aferrado
En su piquito un insecto.
Roberto miraba bien
De aquel bicho el movimiento
En el pico inexorable
Del petirrojo matrero.
—¡Es que ha cogido un gusano!
Gritó. ¡Míralo! ¡Está bueno...!
Ya se lo comió, y ahora
Cogió un pulgón... ¡Si no es leso!
Y el niño siguió mirando
Con interés manifiesto
Al petirrojo, que al punto
Voló, llevando su preso
Al árbol, en cuyas ramas
Se ocultó más que ligero.
—Supongo que allí tendrá
Su nidal ese pilluelo,—
Dijo el tío Luis...
— Sin duda,
Tío,—contestó Roberto.
Muy pronto vino al parrón
Otro pájaro de aquellos
Y allí se paró, sin duda
Con no muy buenos intentos.
—A ese sí que lo mato!—
Exclamó al punto Roberto,
Antes que se coma la uva,
Como es su costumbre hacerlo.
—Mira antes qué es lo que coge.
Tomó el niño el catalejo,
Y observando al petirrojo
Vió que entre el follaje espeso
Cogía alguna cosilla...
Era una oruga, ¡qué bueno!
En seguida el pajarito

Cogió otra oruga ¡espléndido!
Y se detuvo por fin
(¿No ven? ¡el filibustero!)
Sobre un racimo de uvas
Con no muy buenos intentos.
Roberto cogió su rifle
Rápidamente, diciendo:
¡Eso sí que nó! Las uvas
No te las comes, ¡pilluelo!—
Dijo el tio Luís:—Hijito,
Espera solo un momento,
Mira bien, y después dime
Lo que el pájaro logrero
Come del racimo de uvas...
—¡Oh, tio! ¿Qué es lo que veo?
Una oruga se comió
Y tres pulgones, ¡soberbio!
Y otras cosas que no pude
Distinguir, y después de esto
Se comió una uva...
—¡Espléndido!—
Dijo el tío,—¿y cuántas uvas
Supones—vamos al hecho—
Que se hubieran devorado
Los animalitos esos
Que se comió el petirrojo?
—Seis o siete, cuando ménos.
—¿En toda su vida, hijito?
—Nó, en cada día, por cierto.
En toda su vida, tio,
Habrían destruido creo
Íntegro nuestro parrón:
¡Esos bichos son tremendos!
—¡Muy bien! Habrían destruido
Todo el parrón entre ellos,
Y nuestro buen petirrojo
Se los comió; ¡qué portento!

Mató varios enemigos
Por una uva de granjeo.
¿Crees, pues, que son más lindos
Los petirrojitos muertos
Que vivos?
—¡Eso, jamás!—
Exclamó el niño con fuego.
Y ahora quiero mejor
Seguir mirando a esos tejos
Cómo se comen los bichos
Que destruyen nuestros huertos.
Entonces abandonó
Robertito por entero
Su rifle, y siguió observando
A los pajaritos buenos
Con el rifle de su tío—
El mentado catalejo.

LA LECCIÓN DE LOS LADRILLOS.

Es Juanito un muchacho aún pequeño
Que en la campiña habita muy dichoso,
Y un día está jugando azás risueño
Con ladrillos un juego caprichoso.

Llega su tío, que era un camarada
Pronto para ayudarle en cualquier juego
Que no perjudicara al niño en nada,
Pues tenía por él un grande apego.

—Juanito, ¿qué es lo que haces?—le pregunta,
Después de estar mirándolo un momento.
—Hago una casa; ¿usted no lo barrunta?
Y ahora estoy poniéndole el cimiento.

¿Nunca ha construído usted una casita
Con ladrillos, cuando era aún mediano?
—Talvez sí lo habré hecho de guainita,
Pero no lo recuerdo ya de anciano.

Lo que sí quiero ahora declararte
Es que yo veo una lección hermosa
Que estos ladrillos pueden enseñarte...
—¿Enseñar los ladrillos? ¡Bah! ¡qué cosa!

¿Cómo es posible, si ellos no hablan, tío?
—Los libros tampoco hablan ni una jota,
Y tú aprendes en ellos, hijo mío,
Tus lecciones, y sacas buena nota.

—Pero los libros tienen sus renglones
Que se pueden leer.
—Y las pinturas
¿No enseñan, díme, espléndidas lecciones
Sin encerrar palabra en sus molduras?

—Pues tiito, yo quiero que me enseñe
Esa buena lección de los ladrillos;
¿Quiere usted? No se admire que me empeñe
En saber lo que dicen esos pillos.

—Muy bien, pues; los ladrillos pon en fila
De canto, y un poquito separados.
—¿Cuántos he de poner? ¿toda esta fila?
—Unos veinte no más, como soldados.

Ahora, mi Juanito, ¿estás deseoso
Que una lección te den estos ladrillos?
—Sí, señor, contestó el niño, afanoso;
¿Cómo es que me hablarán estos chiquillos?

—Pues, empuja al extremo de la hilera
El primero que has puesto allí parado,

—¿Y después qué hago?
—Solamente espera
Hasta ver lo que dá por resultado.

—¿Lo empujo ahora?
—Pues, en el instante!—
Así lo hizo Juanito, y el primero
Cayó sobre el segundo, y adelante
Cayeron los demás, hasta el postrero.

—¡Tío! ¿que es esto? ¡Todos han caído!
—Por cierto, y puedes aprender ahora
La lección que enseñarte así han querido
Estos buenos ladrillos sin demora.

—¿Qué lección? yo he empujado uno tan solo
Y los demás cayeron por sí mismos.
—¿Cayeron por sí mismos? ¿No hubo dolo?
—Tío, no entiendo de esos embolismos!

—Digo que cada cual a su vecino
Ha empujado, después que tú al primero
Empujaste, Juanito.
—Ya adivino
Lo que quiere decirme, tío Antero.

Si empujamos nosotros un ladrillo
Este al que sigue empujará, y al punto
Este al otro, y así todo el corrillo
Caerá por tierra; ¡claro es el asunto!

—Sí, Juanito, y lo mismo es con la gente:
Si un hombre entra por el mal camino
Llevará a otro, y sucesivamente
Este arrastrará a otro en su destino.

Y de este modo, si no tienen valla,
Todos caerán, hasta no quedar uno

Que no sea un maligno y un canalla:
¡De tal acción no escapará ninguno!

—Nunca había pensado, tío, en esto;
Pero es verdad, y una verdad profunda:
Nuestro ejemplo maligno, por supuesto,
Hace que más de un prójimo se hunda,

Sí; cierto niño aprende la mentira,
El fraude, el robo; y otro de él aprende,
Y otro de ese, y el mal así se estira
Y el diabólico fuego así se enciende!

¡Cuántos niños aprenden a ser duchos
En mentir, engañar y robar.... ¡cielos!
Imposible contarlos... ¡si son muchos!
De susto se me paran ¡ay! los pelos!

En eso yo nunquita había pensado,
Y los ladrillos ahora—lo confieso—
Una buena lección me han enseñado...
Tiito, y yo sabré tomarle el peso.

—Otra lección áun puedes—te diré—
Aprender de ellos. Vete al otro lado
De la fila, y allí pondrás de pié
Al último que yace recostado.

—¿Eso hará que los otros se enderecen?
¡Nó, señor!—exclamó por fin Juanillo;
Mira como tendidos permanecen:
¡No puedo alzar ni el último ladrillo!

Necesito quitarlo del costado
De los demás que junto a él cayeron
Despues de haberse todos empujado,
Y a cuyo impulso todos se tendieron.

—Bien; pues aquí tú tienes dos lecciones
Que puedes aprender de refilada:
No es menester de muchos empujones
Para hacer una enorme tendalada.

Basta con que tú empujes el primero;
Pero alzándose alguno, no consigue
Que se levante un solo compañero,
Ya sea el anterior o el que le sigue.

Tampoco puede en pié poner siquiera
Uno solo, si no lo ha retirado
De aquellos que cayeron en hilera
Junto con él, y habíanlo aplastado.

Así tú puedes gente numerosa
Llevar contigo por el mal sendero,
Y arruinar centenares—fácil cosa—
Con darle un empujón solo al primero.

Pero no puedes, nó, traerlos todos
Otra vez al camino del deber,
Sino ayudando por diversos modos
A cada cual que logres convencer.

Cada uno tiene que ser ayudado
Por esfuerzo especial; y no podrías
Alzarle hasta que se halle separado,
Lejos de las perversas compañías,

Ves, pues, que es cosa fácil llevar gente
Al camino del mal, pero es muy duro
Ayudarla a volverse nuevamente
A la senda del bien, que es lo seguro.

Mucho más fácil es caer, Juanito,
Que subir, después que uno se ha tumbado;
Cuída, pues, que tu ejemplo nunca, hijito,
Lleve a alguno al camino del pecado.

Pues aquel llevará, seguramente,
A otros consigo, por la vía insana,
Y el arrancarlos ¡ay! de la pendiente
Es obra muy difícil, sobrehumana.

Aunque salvara a uno, no podría
Salvar a otros que llevó consigo;
Es fatal en su ley la picardía:
El mundo entero de ello me es testigo.

Acuérdate también, mi pequeñuelo,
Que para ser de vida victoriosa
Has de apartarte con inmenso celo
De toda compañía peligrosa.

Se alejó el tío, y Juan quedó admirado
Pensando en la lección de los ladrillos,
Y en su interior, muy bien determinado
A aprovechar ejemplos tan sencillos.

ÉL.

(Del inglés.)

En la Sión antigua cierto día
Un jóven de doce años se dió cuenta
De que pensar debía por sí mismo
Y efectuar por sí mismo sus empresas.

No le inspiraba la pasión mundana,
Ni de ambición la idea turbulenta;
Por eso en su taller, junto a sus padres,
Amaba ya a la humanidad entera.

Aborrecía el mal y la injusticia
Y toda forma de crueldad funesta;
Consolaba a los huérfanos, al triste,
Y daba sanidad al alma enferma.

Compartía su pan con el hambriento,
Y a los débiles daba fortaleza;
Era el mejor amigo de los niños
Y llamaba a que todos le siguieran.

El mar amaba, y desde sus orillas,
Contemplando los campos y las siembras,
Hablaba en sus parábolas de un reino
Que se debía conquistar por fuerza.

En la persecución era valiente,
Humilde en el sufrir, firme en las pruebas,
Puro de corazón, dulce y amable,
Cual otro no ha existido aquí en la tierra.

Millones de almas que jamás le han visto
Le aman, y por él sus vidas dieran;
Y aunque no escribió un libro, sus palabras
Siglos de siglos vivirán eternas.

Murió desamparado y sin amigos;
Pero su nacimiento se celebra
Por todo el Universo con el gozo
Inexplicable de una paz suprema.

La antigua historia de su corta vida
En todos los idiomas está impresa;
En ella se inspiraron y se inspiran
Sus mártires, discípulos, profetas.

El mundo está cubierto con los templos
Do se le rinde adoración excelsa,

Y oraciones se elevan en su nombre
Por todas las naciones de la tierra.

El nunca abandonó su humilde patria;
Amor, vida, deber, consagró a ella:
Imitad, niños, jóvenes, ancianos
Esa noble y purísima existencia.

AMOR MUTUO.

El pensamiento primero
Del niño que pensar sabe
Debe ser un pensamiento
De amor para con sus padres.
Su corazón, sí, le guía
Naturalmente a su madre:
Es ella quien desde luego
Cuída a su pequeño ángel;
Es ella la que vigila
Sus pasitos vacilantes
Y provee cariñosa
A sus mil necesidades.
Sin su madre ¿qué podría
Hacer aquel pobre infante?
¡Ay! moriría muy pronto
Si abandonado quedase.
Amad, amad con el alma,
Hijitos, a vuestra madre.
Agradeced al buen Dios,
Niños, porque teneis padres
Tan buenos y cariñosos
Que no hay quien los sobrepase.
De sustentaros la vida

Tiene el cargo vuestro padre,
Y ella, vuestra madre, os cuída
Con amor incomparable.
Sin ellos, cuán desgraciados
Seríais, pobres rapaces:
Nadie podría en el mundo
Amaros cual vuestros padres
Os aman—¡misterio santo
Que hace la vida admirable!

LA MADRE.

La madre quiere a su hijito
Y en sus rodillas lo mece,
Sustenta su cuerpecito
Y su espíritu enriquece.

Si está enfermo, le prodiga
Sin cesar tierno cuidado,
Y vela, y no se fatiga
De día y noche a su lado.

Ella le enseña a ser bueno,
Y se goza cada día
De que crece, al mal ageno,
En vigor y lozanía.

Mas ¿quién es el bienhechor
De la madre cariñosa?
¿Quién la nutre y da vigor
Para su obra gloriosa?

¿Quién con el amor más tierno
Por ella a su turno vela,

Y qué protector eterno
La defiende y la consuela?

Es Dios, el Padre bendito
De toda la humanidad,
Que en la madre y el hijito
Ejerce su caridad.

EL DESASEO.

Le preguntaban a Berta:
"¿Por qué no vas con tu prima
A la escuela, y respondió:
"Porque ¿qué diré? no es limpia;
No se peina ni se lava,
Pues con el agua está en riña;
De ordinario va *chascona*
Y le anda por la crisma
Algo que no son ideas
Y ni cosa parecida.
Su cara parece mono
Y mas bien provoca a risa;
Sus dedos y sus cuadernos
Se ven manchados de tinta;
Nadie se atreve a tocar
Las cosas de esa chiquilla
Y aún menos sus vestidos,
Tan sucia es y mal traída."
Al muchacho desaseado
Nadie respeta ni pizca.



LA PALMA.

Imperturbable la Palma
Vé los siglos transcurrir,—
Imágen de mi existir,
De la eternidad de mi alma.


CARITAS

LA CARIDAD.

(Del francés.)

"Yo soy la amiga Caridad
"Que se despierta con la aurora,
"Cuando aún duerme la ciudad
"Y Dios me dice: Ya es la hora.

"Yo vengo a visitar la choza
"Cuando ha pasado ya el verano,
"Y con plegaria fervorosa
"El corazón traigo en la mano.

"Yo ruego siempre, nunca ordeno,
"Y así de todos soy amada;
"Dejo mi gozo al dador bueno;
"Lo llevo al alma atribulada."

Figura augusta y candorosa
En que el Señor quiso poner
Lo que al ángel más endiosa,
Lo que es más dulce en la mujer!

Ante el enfermo y moribundo
Va a inclinar su frente pura;
¡Nada hay más bello en este mundo;
Nada hay más grande allá en la altura!

En la mansión de la indigencia
Al pobre deja consolado:
¡Es tan hermosa su presencia!
¡Es tanto amor el que ella ha dado!

Busca después allá, perdidos
En la miseria y el dolor,

A esos pequeños desvalidos
Que el mundo mira sin amor.

¡Ah! esos son los que más ama,
Seres que llevan en sus frentes
Triple diadema—así la llama—
Pobres, pequeños, inocentes!

¡Tantos ¡ay! que padecen los rigores
De una existencia de martirios llena;
Pequeños inocentes, tiernas flores,
Víctimas son de la maldad agena!

Y si es que acaso con la frente altiva
Un rico pasa por allí a esa hora,
Del borde de su vestidura esquiva
La Caridad le tira sin demora.

"¡Oh! dadme para dar"—ella le dice,
"A las aves desnudas de mis nidos;
"Dad, buenos: el Señor así os bendice;
"Dad, malos que ya estáis arrepentidos!"

¡Oh, Caridad! del cielo mensajera,
Ven, ven ahora a nuestros corazones,
Y enséñanos la ciencia verdadera
De poseer tus celestiales dones.

COMPLACIENTES Y SERVICIALES.

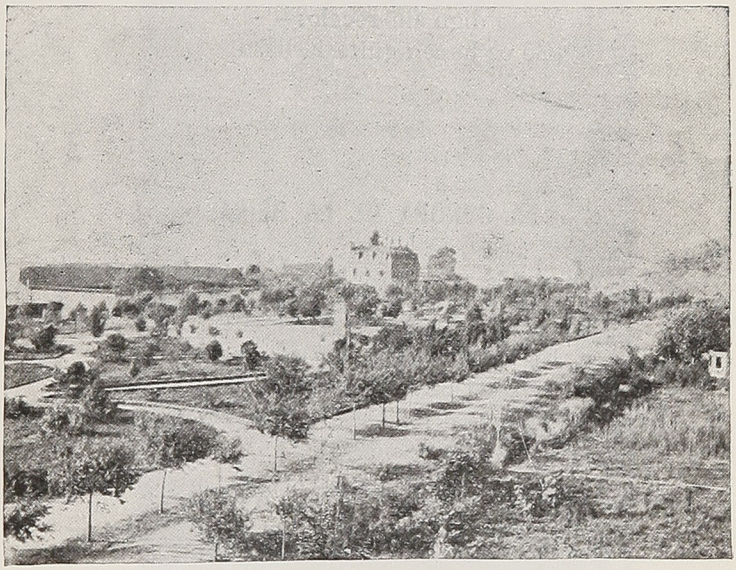
Hijitos, en este mundo
Lleno de necesidades
Necesitamos los unos
De los otros, indudable.

Prestarnos ayuda mutua
Debemos a cada instante
Como un medio poderoso
De hacer la vida agradable.
Los hijos del molinero,
Nuestro vecino, así hacen;
Para ellos es un deber
Ser útiles, serviciales
Entre sí y con los extraños:
¡Oh, qué niños tan amables!
En las horas de recreo,
Cuando van a solazarse,
Si alguno propone un juego
Es aceptado al instante
Por los otros hermanitos,
Y la alegría es unánime;
Y se prestan sus juguetes
Con un cariño hermanable.
Son listos en complacerse
Entre ellos, chicos y grandes,
Y en ayudar como pueden
A su padre y a su madre.
Con sus compañeros siempre
Se muestran buenos y afables
Y hácia las demás personas
Muestran un respeto grande.
Así que todos los niños
De la aldea se complacen
En buscar la compañía
De unos niños tan amables,
Y con ellos al molino
Acuden a solazarse.
Alaba toda la gente
De esos niños el carácter
Y no se olvida jamás
Cada ocasión de agradarles,
Pues ¡quién no ama a los niños
Complacientes, serviciales!

EL ÓRDEN Y LA LIMPIEZA.

La madre de Susanita
Decía a ésta con frecuencia:
"El órden ha de marchar
Unido con la limpieza,
Y las jovencitas deben
Ser más cuidadosas de ésta
Que los mozos, de seguro,
Y ser limpias como estrellas!
Así es que la Susanita
Conservaba en toda regla
Sus vestidos, sus juguetes
Y todo cuanto era de ella;
Jamás se le había visto
Ni una manchita siquiera.
Una noche ella acudió
En lágrimas ¡ay! deshecha
A su mamá, que asustada
Preguntóle:—¿Qué hay, mi nena?
—¡Ah! mamá, que no me riñas:
¡Mi desgracia es muy tremenda!
Yo examinaba de nuevo
El lindo bolsón de escuela
Que papá me ha regalado,
Y no sé de qué manera
Se cayó la palmatoria,
Y esta malhadada vela
Me le ha echado a mi bolsón
Una gran mancha de esperma.
Te ruego que no te enojes,
Mamá, ¡tengo tanta pena!
—Anda a buscar tu bolsón,
Dice la madre, algo séria,
Y yo quitaré la mancha
Que te trae tan inquieta.

El bolsón trajo Susana,
Y la madre, con destreza,
Con una plancha caliente
Y a más un papel de seda
Quitó del todo la mancha
Tan intolerable y fea.
Susanita, transportada
De gozo, a su madre besa,
Y fué más que nunca amiga
Del órden y la limpieza



EL COLMO DE LA DICHA.

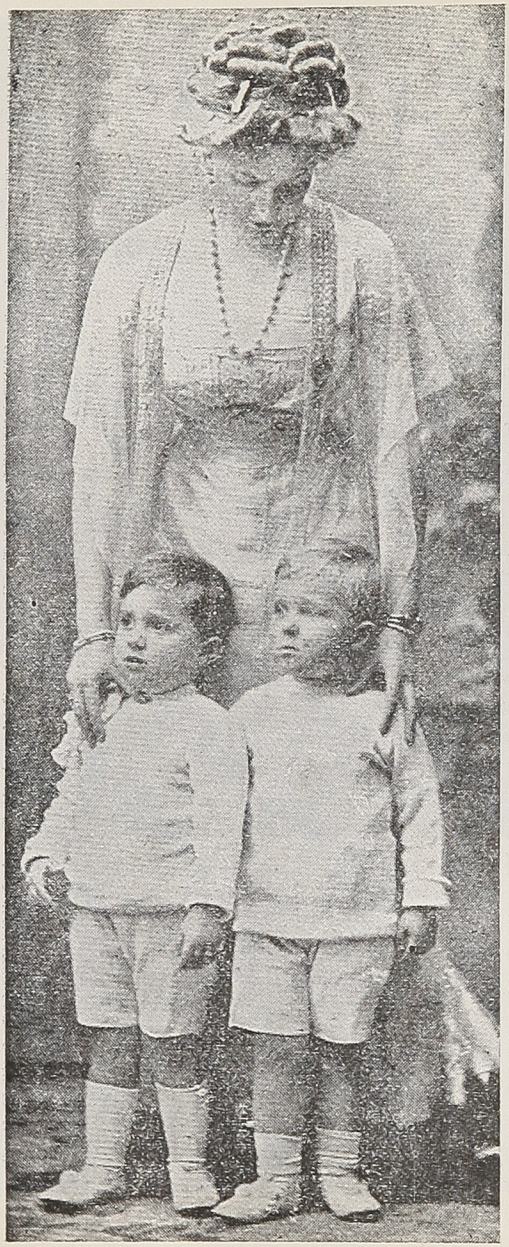
Amigos, ¿veis mi morada?
Niño más feliz que yo
No lo hallaréis jamás, nó,
Ni mansión más encantada.

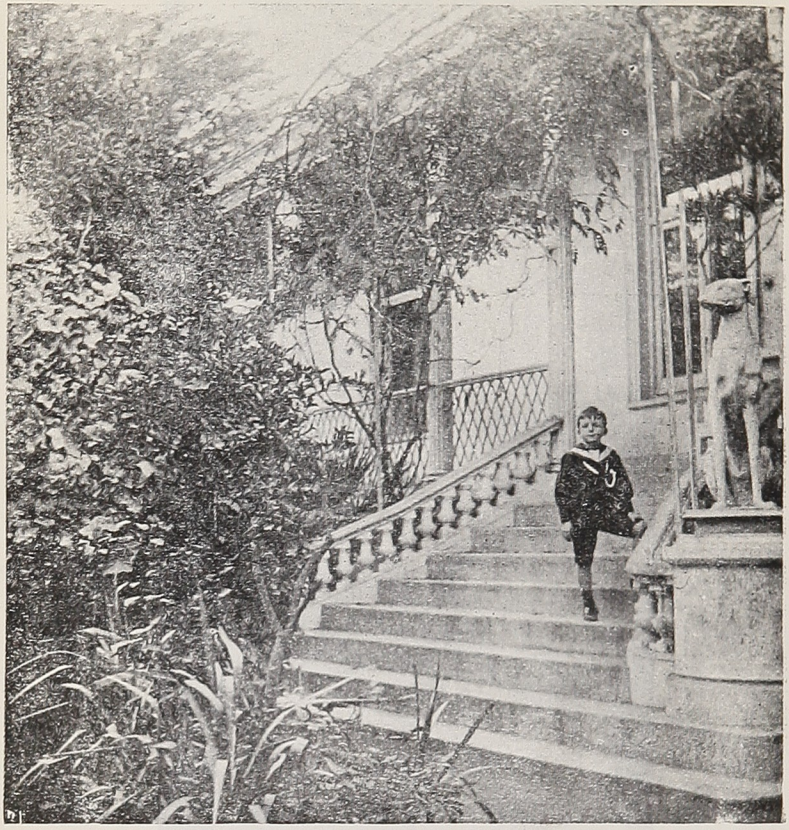
Al borde de un lindo lago
Y rodeada de jardínes,
Donde hasta los querubines
Encontrarían su halago.

¿Mi dicha os parece poca?
Pues, yo estoy como en el cielo!
Y—lo digo sin recelo:—
¡Se os hace agüita la boca!

LA CORONA DE LA REINA.

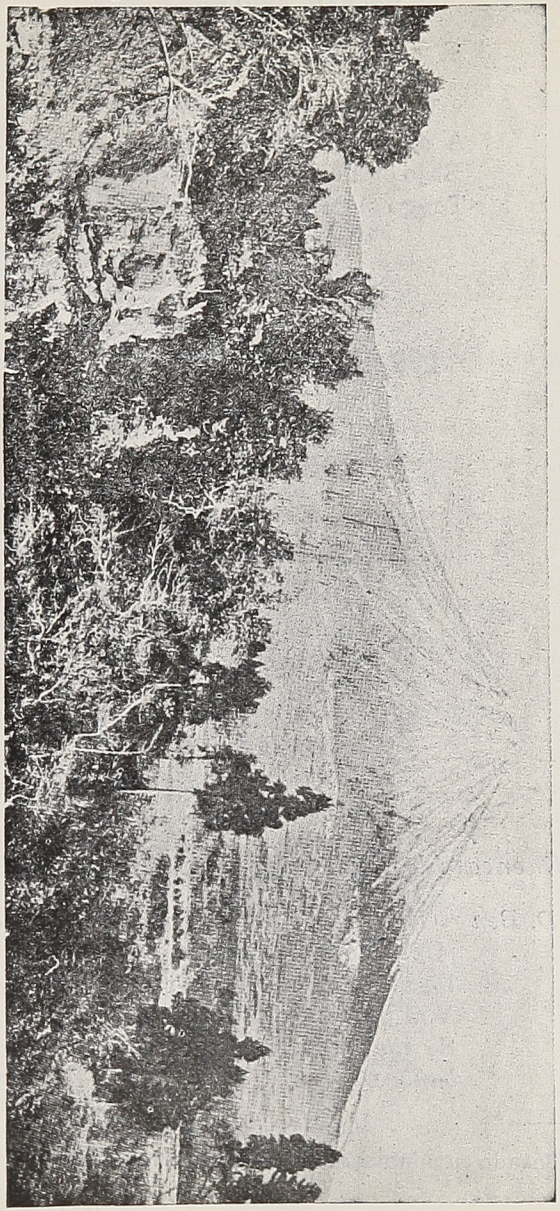
De la Monarquía Hispana
Es reina Eugenia Victoria;
Pero es mayor soberana
Con sus hijos así ufana,
Con su corona de gloria!





DESAFÍO.

"Al campo, papá, me voy,
"Donde probaros espero
"Que si vos sois caballero,
"Yo boy-scout también soy!"



VOLCÁN NEVADO.

Volcán nevado, tu suerte
A mi suerte es parecida:
Bajo el hielo de la muerte
Tengo el fuego de la vida.



LOS TRES CONEJOS. *

ENTREMÉS.

Personas:

Don Benito.
Simplicio.
Marconí.
Mozo.

ACTO I.

ESCENA ÚNICA.

(*Jardín en casa de Don Benito.—Don Benito, Simplicio.*)

D. Ben. (*En traje de caza, con un morral lleno.*)
¡Uf! Vengo que no respiro
De mi partida de caza;
Y ni perdiz ni torcaza
Se me pusieron a tiro. (*Se echa en un banco.*)

(*) Basado en una narración escrita en francés.

¡Simplicio!

Simp. (*Acudiendo.*) ¿Señor?

D. Ben. Aquí
Ves tres conejos.

Simp. Sí, tres.

D. Ben. Los llevarás de una vez
A mi amigo Marconí.
El va a celebrar sin tasa
Mi magnífico regalo.

Simp. ¡Pues no son bocado malo
Las avecitas de caza!
(*Echa los conejos en una canasta, que tapa.*)

D. Ben Para cazar este lote
He andado a salto de mata.

Simp. (*Aparte.*) Sí, cuando la *mansa guata*
No lo deja dar ni un trote.

D Ben. Pero ¡qué espléndido tino!
¡Ni un tirito les erré!
(*Escribe en su cartera*).

Simp. (*Aparte.*) Y yo apostaría que
Los compró por el camino.

D. Ben. Márchate al punto, simplón,
Y esa carta le darás
A mi amigo, y volverás
Aquí al toque de oración.

Simp. El camino es largo y rudo
Y el canasto no es de lana...

D. Ben. ¡Ah! te entiendo, tarambana:
Quieres echarle al embudo....
(*Le pasa dos chauchas.*)
Ahí tienes; pero cuidado
Con embriagarte...

Simp. ¡Patrón,
Tan grave suposición
Me pone muy agraviado!
Yo soy un hombre muy noble...

Lo sabe toda la casa..
Si bebo, bebo con tasa...
(*Al público.*)
Y a veces también con doble!
(*Señala la medida con las manos.*)
Y para servir a usté
Que es tan bueno, Don Benito,
Voy a trotar tupidito
Y a buena hora volveré.
(*Se echa la canasta al hombro y sale.*)

ACTO II

(*Comedor de una posada.*)

Escena Primera.

(*Entra Simplicio, jadeante, con el canasto.*)

Simp. Como una legua he trotado
Con los mentados conejos:
Por dar gusto a un par de viejos
Vengo todo derrengado.
(*Se quita la chupalla para enjugarse el sudor.*)
Con tanto trotas que trotas
Como caballo de vara,
La cosa me sale cara:
¡No me van quedando ojotas!
(*Se quita una, rota, y la muestra.*)
A la *Posá del Pequén*—
Porque ya de hambre no veo—
Paso en busca de *causeo*
Y un trago de *ten-con-ten.*
El patrón me dió permiso
Para beber algo; ¡es claro!
Pero yo no soy tan *traro*
Que beba y no coma un guiso.

Dos chauchas... (*Las saca.*) ¿Qué voy a hacer?
Tengo para una botella...
¡Esta sí que es cosa bella!
¿Y me quedo sin comer?
¡Ah, conejitos! ¡Llegó
La hora del banqueteo!
Son tres... Uno me *causeo*
Asado... y san se acabó.
Le quedan dos al paisano,
Que es ya sin dientes de viejo,
Y come poco.... ¡Y yo dejo
Mi canasto más liviano!
¡Hola, mozo! De carrera
Trae un litro del añejo,
Y en seguida este pellejo
Llevas a la cocinera.
Que lo ponga al asador,
Y blandito como papa
Me lo traiga... ¡A ver si escapa
De mis dientes al furor!
(*Se queda pensativo, con cara compungida.*)
Pero siento que me da
Aquí como un cosquilleo...
(*Señala al pecho.*)
Es la *concencia*, lo creo,
Que de esto me acusará!
La sombra de ese conejo
Que ya están asando allí,
¡Ay, desgraciado de mí!
Me perseguirá hasta viejo.
(*Hace que llora.*)
Sí, la razón se extravía
Cuando uno busca su gusto
Sin atender a lo justo...
¡Qué porra!... Esto es niñería!

Ya estoy oyendo chirriar
Al bicho en el asador.
¡Oh, qué delicioso olor
En mi nariz viene a dar!
Aunque haga ¡tilin! ¡tilin!
Por aquí, y rabien los viejos,
¡Son tan ricos los conejos!
¡Ea! ¡Vamos hasta el fin!
(*El mozo sirve; Simplicio come y bebe*).
Solo un costillar.... ¡ah, leso!
Pues el resto en un paquete
Me lo entregas.

Mozo. ¡Qué coñete!
¡No se te *atorara* un hueso!

Simp. ¡A la salud del patrón!
(*Bebe otra vez.*)
¡A la de aquel otro viejo!
(*Bebe otra vez.*)
¡A la salud del conejo!
Más sabroso que un ratón!
Ah! nó, nó, nó: que un pichón!

Escena Segunda.

(*Simplicio, Marconí, de huaso; grandes espuelas. Al ver a éste, Simplicio mastica a toda prisa haciendo visajes para tragar, a la vez que esconde detrás un hueso que está royendo, y recula hasta la puerta de la cocina, por donde lo arroja.*)

Mar. Simplicio, ¿tú en este punto?

Simp. Sí, señor Don Marconí.
(*Aparte.*) Casi me pilla ¡ay de mí!
Con los huesos del difunto.
Yo iba, señor, a su casa,
Mandado por el patrón,
Y llega en buena ocasión

Para entregarle... (*Le dá el canasto y la carta.*)

Mar. A ver, pasa.
Aquí me dice Benito
Que tres conejos me envía.
Simp. Tres conejos. (*Se hace el leso.*)
Mar. Sí, a fé mía;
Y hay dos no más, amiguito.
Simp. ¡Dos conejos!
Mar. Mas ¿por qué
Tres me anuncia?
Simp. ¡Tres conejos!
Mar. ¡Solo hay dos animalejos!
(*Enojándose.*)
Simp. ¡Dos conejos!
Mar. ¡Mire usté!...
¿No comprendes? ¿eres bobo?
¡Dos conejos hay aquí!
Simp. ¡Dos conejos!
Mar. ¡Pero si
Debe haber tres, si no hay robo!
Simp. Tres conejos!
Mar. ¡En mi vida
He visto un tonto como éste!
¡Paciencia! Y aunque me cueste,
Le daré otra arremetida.
¡Mira! ¡Dos conejos solo!
(*Señala al canasto.*)
Simp. ¡Dos conejos!
Mar. Y mi amigo
Me manda tres, y yo digo...
Simp. ¡Tres conejos!
Mar. ¡Calla, bolo!
¡Vete, burro fastidioso!
¡No tienes de seso un gramo...!
Esta carta es para tu amo...
¡Lárgate, pues, presuroso!

Si cacúmen se vendiera
En la botica, yo un tarro
Te compraría, zamarro,
Para curar tu tontera.

Simp. (*Al público.*) Sí, soy tonto, no haya miedo,
Y *vos sois* viejo cachudo;
Mas yo me comí el peludo
Y *vos* te *chupais* el dedo!
(*Ademán de chuparse el dedo.*
Entra el mozo con un envoltorio.)

Mozo. *Ño* Simplicio, tome el...

Simp. ¡Chito!
(*Lo esconde bajo la manta.*)

Mar. ¿Qué hay?

Simp. ¡Pago lo merendado!

Mozo. ¿Y el cuero? (*Muestra el del conejo.*
Simplicio se lo arrebata y lo oculta
bajo la manta.)

Simp. ¡De buey sobado
Las ojotas necesito!
(*Levanta el pié; y en seguida entra en la*
cocina atisbando a Marconí.)

ACTO III.

Escena única.

(*La misma decoración del acto primero.*)

Don Benito; Simplicio.

D. Ben. Simplicio, ¿qué es lo que pasa?
¿No te mandé al Olivar
Tres conejos a dejar?

Simp. Tres conejos.

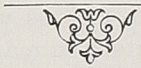
D. Ben. ¡Pues, cachaza!
Marconí solo me acusa
Recibo de dos... No acierto...

Simp. ¡Dos conejos!
D. Ben. Tú, por cierto,
Tres le diste... ¡No hay excusa!
Simp. Tres conejos.
D. Ben. Pues, muchacho,
Te repito: Marconí
Me dice: "Yo recibí
Dos de un criado mamarracho."
El caso es que te dí tres
Yo para él...
Simp. Tres conejos.
D. Ben. ¿O son pillullos añejos
Con que vienes otra vez?
¡Te comiste uno, embustero!
Simp. ¡Jé, jé, jé! Nó, mi patrón!
¡Si ese pícaro ratón
Se metió por este *aujero!*
(*Se mete el dedo en la boca.*)
¿Y quería su *mercé*
Que de aquí me lo sacara?
(*Se golpea la barriga.*)
D. Ben. (*Furioso.*) ¡Tienes de tonto la cara!
Pero de pillo el *tupé!*
Simp. (*Al público.*) Tontos son el par de viejos,
Porque no saben sumar,
Ni mucho ménos restar
Entre tres y dos conejos!
(*Señala con los dedos.—Telón.*)

Tercera Parte.



Poemas Patrióticos.



LA EMANCIPACIÓN DE CHILE.

Yo canto las grandezas de Chile, patria mía,
Los rasgos más brillantes de su emancipación;
Su industria y su progreso, su honor y valentía,
La gloria prepotente de su feliz misión.

Casi trescientos años ¡ay! oprimió su cuello
De la ambición extraña tiránico dogal;
De esclavitud llevaba vilipendioso sello
Bajo el obscuro nombre de Chile colonial.

Pero llegó aquel día glorioso en que sus hijos
Sintieron en sus venas el patriotismo arder,
Y por su honor lucharon, celosos y prolijos,
Mostrando al mundo entero su mágico poder.

Los afamados criollos mostraron gran potencia
En la contienda heróica, de Chile gloria y prez,
Y firmes proclamando la augusta Independencia
En la Historia escribieron: *¡Mil Ochocientos Diez!*

Es éste el grande ejemplo que de tu hermosa infancia
¡Oh Patria! nos ofreces con noble majestad;
Ejemplo de los bravos que, genios de constancia,
Legaron a tus hijos la santa libertad.

El Chile conquistado desconoció las leyes
Del ciego despotismo, del odio contumaz,
Que ¡ay triste! le imponían los orgullosos reyes,
Y al mundo de los libres mostró su noble faz.

La Patria tomó el cetro, la Patria bendecida,
Donde antes imperaba la férrea opresión, —
Y fuiste desde entonces ¡oh tierra esclarecida!
Estrella refulgente del mundo de Colón.

¡Dieziocho de Septiembre! ¡Gloriosa Independencia!
Eterna es tu memoria! ¡tu nombre es inmortal!
Por eso es que hoy tus hijos, loando tu potencia,
Entonan, Patria mia, un cántico triunfal.

DIEZIOCHO DE SEPTIEMBRE.

¡Salve, Chile! Hoy en la Historia
Luce tu aurora inmortal,
Óigase un himno triunfal
En este día de gloria.

¡Chilenos! Este es el día
De nuestra emancipación;
Que rebose el corazón
De gratitud y alegría.

Tributad honra y loores
A esa gigantesca lid,
Y los nombres bendecid
De nuestros libertadores.

O'Higgins, Freire, Carrera,
Rodriguez y San Martín:
Hoy el bélico clarin
Os glorifica doquiera.

¡Oh! cuán sagrada es la herencia
Que con su sangre adquirieron;

Ellos su vida rindieron
Por darnos Independencia.

Y el chileno, raza fuerte
Por el cielo bendecida,
Guarda esta herencia querida:
¡La libertad o la muerte!

¡Oh Patria! Nuestro vivir
A tu gloria consagramos
Y ante tu altar hoy juramos
Por tí vencer o morir!

LA ESTRELLA DE CHILE.

Aprende a amar a tu Patria
Y a mirar su pura estrella
Como símbolo de gloria
Y como de honor emblema.

No empañes con tus acciones
El resplandor que ella ostenta;
El buen patriota es honrado
Para honrar a su bandera.

Trabaja por conservar
Libertad e independencia,
Esos dones que el Eterno
Al hombre dióle en la tierra.

Pero ante todo quebranta
De los vicios la cadena,
Para que honres a tu Patria
Y des más brillo a su estrella.

AL SOL DE SEPTIEMBRE.

¡Sol de Septiembre! luminoso faro,
Álzate sin temor, brilla sereno
La libertad augusta saludando
De nuestro caro suelo.

¡Astro de paz! ¡levántate radioso
Y escucha de los libres el acento!
¡Reanima con tus rayos bendecidos
Las glorias del chileno!

¡Alienta, bello sol, con tu alegría,
Del heróico pasado los recuerdos,
Únelos al presente, y que ellos sean
De Chile noble ejemplo!

¡Padres de nuestra Patria idolatrada!
La historia sin igual de vuestros hechos
Escrita la llevamos en el alma.
Como en letras de fuego.

Dignos hemos de ser de vuestra gloria;
Y el majestuoso tricolor chileno
Siempre ondeará sobre una tierra libre
Y sobre un noble pueblo.

¡Sol de Septiembre! luminoso faro,
Alzate sin temor, brilla sereno
La libertad augusta saludando
De nuestro caro suelo.

DIEZIOCHO DE SEPTIEMBRE.

(Himno.)

¡Dieziocho de Septiembre!
¡Mil Ochocientos Diez!
Resuenen ya tus ecos
De Chile en honra y prez!

I.

En honra de la Patria
Cantemos con amor
Y digamos en coro:
¡A Chile gloria, honor!

Coro:

Dieziocho de Septiembre, etc.

II.

Los dias de la Patria
Nos hacen recordar
A los que nos legaron
La augusta Libertad.

Coro:

Dieziocho de Septiembre, etc.

III.

Cantemos, y que se oiga
Unísona la voz,
Que unísono en los pechos
Palpita el corazón.

Coro:

Dieziocho de Septiembre, etc.

IV.

Gozosos saludemos
Al esplendente sol,
Y en coro repitamos:
¡A Chile gloria, honor!

Coro:

Dieziocho de Septiembre, etc.

V.

¡Oh Patria tan querida!
Tus hijos vienen hoy
A ofrendarte la vida,
El alma, el corazón.

Coro:

Dieziocho de Septiembre, etc.

JÓVEN CHILENO.

(Himno.)

I.

Jóven chileno,
Tu patria es bella;
Siempre sus campos
Verdes están;
Sobre los Andes
El sol destella
Y la embellece
Inmenso mar.

¿Dí, no sientes en tu pecho
Resonar su voz querida?

Allí naciste a la vida,
Allí está tu dulce hogar.

Coro:

¡Por tu Patria adorada
Ven, aprende a morir!
Ante todo la Patria,
Y para ella es el vivir!

II.

Jóven chileno,
Tu Patria es grande
Con la grandeza
De su poder;
Sus nobles hijos
Son su baluarte
Y hacen su gloria
Resplandecer.

¿Dí, no sientes en tu alma
Un ardiente patriotismo?
Jóven, aprende tú mismo
A tu Patria a bendecir!

Coro:

¡Por tu Patria adorada
Ven, aprende a morir!
Ante todo la Patria,
Y para ella es el vivir!

ALONSO DE ERCILLA.

(EN LA INAUGURACIÓN DE SU ESTATUA.)

Una corona de laurel y palma
Ciñe la frente del ilustre Ercilla:
Es el tributo del amor del alma;
Es la ofrenda de Chile y de Castilla.

El libró la contienda más grandiosa
En araucano suelo, cual soldado;
Y como trovador cantó la hermosa
Epopeya de Arauco no domado.

Insigne caballero, noble hispano,
Tú desciendes del Cid por la bravura,
Y de Cervantes, genio soberano,
Brilla el genio en tu frente con luz pura.

Bajo tu inspiración épica y grande
Se alza ante nuestra alma estremecida
La raza heróica que cobija el Ande,
¡Jamás por tus legiones sometida!

Ercilla, en tí honramos a la España,
A la madre que goza del derecho
De ser honrada,—porque nunca empaña
El ser noble y cumplido, un noble pecho.

España, tierra de heroísmos grandes;
Muéstralo aquí la estatua del guerrero:
¡Miradle! saludado por los Andes,
De los conquistadores el primero!

La lengua más hermosa de la tierra
Nos diste,—tu hidalguía y tu bravura,

Y lo más grande que el chileno encierra:
Un corazón henchido de ternura.

Son las bodas de Chile, de cien años,
Con su gran libertad, su Independencia;
Mas siempre somos hijos, nunca extraños:
¡Si la sangre española es nuestra herencia!

Has renacido, España, al dar la vida
A las naciones de este Nuevo Mundo;
Y al celebrar su libertad querida
América te da su amor profundo!

FIN.





ÍNDICE.

PRIMERA PARTE.

POEMAS INFANTILES.

Maternidad 7
Cositas Nuevas..... 8
El Sueño de la Inocencia..... 9
Ángeles que Vienen y Ángeles que Van..... 10
Felicidad Infantil 13
El Día de Inocentes de Ruth..... 14
Margarita..... 17
Las Plumas de la Abuelita 19
Primavera 20
Idilio de Inocencia 23
Libia y su Muñeca 26
Caballito Colorado..... 28
Las Avecitas del Cielo 30
Los Animales en la Casa..... 32
Primavera 33
¡Amor! 35
Los Niños Hermanos 37
Música del Alma 40
Los Boy-Scouts..... 42
La Corona de la Vida..... 46
La Modestia Recompensada..... 47
Dios está en el Principio..... 48
Las Manzanas y el Niño..... 50
Tarde de Estío..... 50

Zorzalito Cantor 52
La Guirnalda del Niño 52
Bonito Octubre 53
Feliz Edad 54
El Hombre y los Animales 55
El Corderito 56
Marcha de los Boy-Scouts 57
Amarrado al Delantal de su Madre 60
El Niño y la Mariposa 63
Sembrar para Cosechar 64
Viene Entrando el Año Nuevo 66
Deberes hácia los Padres 69
La Niña Dócil 70
Nunca Contento 71
Los Dos Maestritos 73
La Razón de Elenita 76
El Último Recurso 78
Sentimientos Humanitarios 79
El Reloj Descompuesto 79
Complacencia 80
El Trabajo 81
Beneficios del Trabajo 82
Cortesía 82
Amor al Trabajo 84
¡Buu-buu-bu! 84
Automóvil sin Bencina 85
El Alcón y el Gallo 85
Ejemplo 86
Un Bofetón Oportuno 89
Japonesitos de Pega 94
La Canción del Segador 95
La Niñita Cuidadosa 96
Otoño 98
Más Allá 99

TRADUCCIONES.

El Centenario 100
Por el Camino 101
El Mendigo y el Ave 102
Los Corderitos Perdidos 104
El Torno de la Abuela 107
El Nido de Zorzal 110
La Abeja 112
El Beso de una Madre 112
El Chiquito 113
Los Sauces y el Riachuelo 113

La Inocencia y el Arrepentimiento..... 115
Amad a los Animales..... 116
Cultura 117
El Pago del Egoismo..... 118
Hermano y Hermana..... 119
La Niñita y el Sabio..... 120
Tragador de Hombres..... 121
El Hermano Guardián..... 122
Orgullo y Pereza..... 123
¡Arrorró!..... 126
El Conquistador y el Anciano..... 128
El Gorrión y la Paloma..... 130
Un Niño a su Hermano..... 131
La Huérfana..... 132
A las Guaguas..... 133
Tiempo Viejo..... 135
Para Alcanzar lo Bueno..... 136
La Abeja y la Hormiga..... 137
El Primer Pesar..... 138
A los Niños..... 140
Las Tres Rosas..... 141
El Pequeño Mentiroso..... 144
De una Avecilla..... 147
La Abuela..... 147
La Violeta Agradecida..... 149
La Vuelta del Saboyano..... 151
La Vieja Cántara..... 153
Si Yo fuera Rico..... 154
Su Ansia por Pescar es Mucha..... 155
Que no se Moja la Ropa..... 156
El Jardín de Luisa..... 158
Perillán..... 159
Las Verdades De Don Pero Grullo..... 161
Violetita..... 163
Agosto..... 167
El Ruiseñor y la Rana..... 169
La Curruca..... 170
La Conciencia..... 171
Los Dos Pinzones..... 172
La Escuela de Aldea..... 174
La Pobre Viuda Enferma..... 176
Huerfanita..... 178
El Cordero Sublevado..... 180
La Liebre y la Tortuga..... 181
El Humo y la Llama..... 182
El Adulón..... 182
Lección..... 183
La Vid y el Viñatero..... 185
El Rincón del Abuelo..... 186
La Iglesia de Aldea..... 188
Las Aves..... 189
El Perro..... 190
Mi Buen Caballo Tordillo..... 191

La Novedad 194
Si las Bestias Pudieran Hablar! 194
El Niño Reprendido 196
La Madre al Dar un Reloj a su Hijo 197
El Domingo de Aldea 198
Mi Fogón 200
Las Cerezas 201
El Palomo Blanco 202
¡Si yo fuera una Avecita! 203
Tennis y Foot-Ball 206
Soldaditos en Marcha 208
El Cumple-años de una Madre 209
Los Niños 210
El Diamante 211
La Almohadita de una Niña 213
¿Cuál vale Más? 214
Tú tienes la Culpa 215
Las Espigas 216
El Labrador y su Hijo 217
Los Dos Arados 218
El Burro Filósofo 219
El Grumete 221
La Tempestad 225
La Olla 226
La Venganza 228
El Animal más Razonable 230
La Madrecita 231
La Plantita 232
Los Dos Pollitos 233
Ni Palabra 234
La Niñita y su Gato 234
El Galguito y la Tórtola 235
Simplicidad Infantil 239
El Niño y las Cerezas 239
Hombre Tranquilo 242
El Asno Recobrado 242
El Rayo de Sol 243
El Ladronzuelo 245
Justicia de Perros y Gatos 246
Los Espigadores 249
El Pájaro Mosca 250
El Nido 250
El Niño Ciego 252
La Vuelta a la Aldea 253
En la Cuna de un Niño 254

SEGUNDA PARTE.

NUEVOS POEMAS INFANTILES.

La Promesa de Juanito 259
Apólogo 262
Las Gafas de mi Abuelita 263
Las Gracias de Dios 265
Diente por Diente 268
Los Niños Descuidados 269
La Caza de Petirrojos 276
La Lección de los Ladrillos 281
Él 286
Amor Mutuo 288
La Madre 289
El Desaseo 290
La Palma 291
La Caridad 293
Complacientes y Serviciales 294
El Órden y la Limpieza 296
El Colmo de la Dicha 298
La Corona de la Reina 298
Desafío 302
Volcán Nevado 302
Los Tres Conejos (Entremés) 302

TERCERA PARTE.

POEMAS PATRIÓTICOS.

La Emancipación de Chile 312
Dieziocho de Septiembre 313
La Estrella de Chile 314
El Sol de Septiembre 315
Dieziocho de Septiembre 316
Jóven Chileno 317
Alonso de Ercilla 319

Imp. MODERNA, Moneda 2015, Stgo.

BIBLIOGRAFIA
DE CHILE

